ALEJANDRO PEREZ LUGIN

CYRRITO DE LA CRUZ

NOVELA

TOMO I

OCTAVA EDICIÓN

Librería y Editorial RIVADENEYRA, Avenida del Conde de Peñalver, 8, Madrid

CURRITO DE LA CRUZ
PRIMERA PARTE

En un tentadero, Curro le hace un oportuno quite al maestro, y como muestra importantes aptitudes para el toreo, Carmona decide ayudarle en su carrera. Poco a poco, Curro va enamorándose de Rocío, pero ella solo tiene ojos para la actual figura, un apuesto Romerita. Como su padre no acepta la relación, Rocío huye con Romerita, que la abandonaría poco después, cuando se queda embarazada. Ella no se atreve a volver a casa con su bebé, pero Curro acoge a Rocío en casa de unos amigos suyos.

©1921, Perez Lugin Alejandro
©1922, Rivadeneyra
UUID: afb8449e-6534-47d5-bf86-cec72c21022b
Generado con: QualityEbook v0.87
Generado por: Ramón Hortelano, 07/05/2020

PASEILLO

AQUI, LE PRESENTO A 'USTÉ,...

Capítulo I

¡OOO…LÉ!

AL HACER los clarines la señal para la salida del tercer toro, Copita dio un nervioso tirón de las solapas de la cazadora y, dirigiéndose al chavalillo que, serio y abstraído, sentábase a su lado en aquella achicharrada contrabarrera, le animó a lanzarse al ruedo.

—¡Vamo a ver los hombresitos, Curro!

Y como el llamado Curro no se moviera ni contestara, Copita le apremió:

—¿Qué dises, niñio, que paese que t'han dao cañaso?

—Ná—respondió secamente el interpelado.

—No pué ser menos. Dios te conserve la locuensia. ¡Ni que fueras inglés!

Y, malhumorado y desdeñoso, púsose a atender a la lidia, que, a pesar de ser aquélla la más sonada de las corridas de la famosa feria sevillana de Abril, no ofrecía interés, como si estuviesen de acuerdo una vez más para aburrir a la paciente "Afisión" el toro, que era de la pavorosa divisa de Miura, y los toreros, que aquel día llevaban por tal la prudencia, y "no querían ni verlos", como observaba con unánime disgusto el gentío que llenaba la plaza.

Al arrastrar las mulillas al toro que acababa de mqtar de mala manera el Lunares, Copita se puso serio e interpeló nuevamente al chaval que tenía a su vera.

—¿Y ahora, va a ser u no va ser? Porque digo yo que no esperarás a que te echen er toro de San Lucas, cogío de un cuerno po er conoseó de la ganae- ría… ¡Digo yo!… ¿Qué dises tú?… ¡Responde, arma mía!

—¡Déjame usté ya en pá, señó Joaquín!

—¡Pues por mí, dejaoi—replicó en voz baja, ra- biosete, Copitav~. ¡Dejao! Pero ya sabes er fina: que a la salía tomamos er artomovi de los pinreles, y, jala, jala, jala, te condusco otra vez ar asilo, donde tiene usté su casa, pa lo que guste mandar, y le digo a la madre 3uperiora que te perdone y que no te pegue mucho, que no lo vorverás a jaser más, porque tá visto que tú no sirves pa esto… Pero, ¡asín me coman los mengues! que ésta me la tenía yo tra- gá dende que te vi en Tablaíya dando vuertas ar se- rrao sin encontrar entre tanto toro corría de tu gusto. Los morubes, esmirriaos; los colomas, chique- tiyos; los parladés, fulastres… Y er Sí Campeaó que tengo a mi vera se fué a fijar en los únicos toros que ayí había de respeto: ¡en ios miuras! ¡Lagarto, lagarto, y mala pórvora los queme a toos! Y Joaquín Gonsales, Copita, el imbesi de Joaquín er Copita, con toa su sabensia de toros y der mundo, se la jamó, se dejó equivocar po er chavá y se gastó los tres úrtimos baros que queaban en mi casa pa mí y pa mi viejesita, sin esperansa de más, en cambiar los dos artos de solana que me dió er Lunares por estas segundas de barrera, que es localiá de canónigo, pa que er mosito vea a su saitisfaisión la corría y aluego mu divertío se marche por donde haiga vo- nío… ¡Mardita sea! ¡Bien te la lias dejao dar, Copita, y bien que te está! ¡En mita la yema! ¡Mardita sea!…

Y por ahí siguió despotricando bajito al mozalbete, hasta que éste, cansado de oirle, le interrumpió enojado:

—Pero ¿se quiere cayá usté ya?

—Y ensima que te cayes, Copita. Pos, jea!, cayao. Y no me voy ahora mismito pa que no se afigure Manué Carmona que me marcho como aburrió de verle con tanto aperreo con ese buey pregonao, que si le hubieran puesto treinta de pórvora envenena no yevaba la mita de lo que merese. ¡Señores, qué corría de bandoleros!… Y hay por aquí afisionaíyo que desía que ésta era la única corría desente de la feria! ¡Toma miuriya, valeroso! Cuando er pae prior juega asín, tú verás cómo andarán los probesitos frailes… Y Manué Carmona es er pae prior y cr papa sumu de toa la toromaquia. Lo digo yo, Joaquín Censales, Copita, que chanelo poco de arrimarme, pero de afisionao, la mar y las Antillas, manque no quiera er publiquito que está sirbando… ¿Qué quodrán, señor?

Nadie prestaba atención al monólogo del verboso Copüa. Hervía la plaza en apasionadas disputas, en injuriosas voces, en estentóreos silbidos y denuestos contra el Sumo Pontífice de la tauromaquia. Intentaban algunos vanamente una débil defensa del torero más grande de la torería, que en aquella aperreada hora estaba pasando las de Caín y toda su dilatada parentela, en cuyo árbol genealógico debía de tener algún entronque el avieso miureño, pero eran arrollados violentamente por la iracunda turba, que aprovechaba el desgraciado momento para vengarse de todas las veces que se veía obligada a aplaudir al gran lidiador.

En los toros, como' en los corrillos literarios, no se perdona el gravísimo pecado del triunfo, y la multitud que aplaude ebria de entusiasmo y admiración entrégase, a minuto seguido, al perverso placer de derribar y pisotear el ídolo que acaba de levantar hasta los mismos cielos poniéndole de pedestal las nubes. Acaso los toreros, estos grandes dominadores de multitudes, tienen en esta versatilidad de Ja más temible de las fieras con que luchan su mayor fuerza, el firme asiento de su imperio, porque,

satisfechos con unos silbidos y unos insultos sus pujos de independencia y hecha esta débil afirmación de su aparente superioridad sobre el domador, la histérica muchedumbre vuelve pronto a entregarse mansamente a su despótico dueño.

Apenas si aquí y allá algún buen amigo de Carmo- na se atrevía a levantar su voz en defensa del aperreado torero. Los demás camionistas, tan galleado- res otras veces, permanecían ahora quietos y mudos en sus asientos, acobardados por el ensordecedor griterío que atronaba el ámbito de la plaza, y los espectadores más piadosos se limitaban a hacer constar, con secreta complacencia, que Cannona estaba sudando una porción de materias extrañas, insospechadas por la ciencia en el cuerpo humano por muy torero que éste sea. Afirmaban unos que Manuel transpiraba betún, sostenían otros que tinta, y algunos que pez, descubriendo en los poros del torero los más absurdos humores, todos, ignoramos por qué, de aplicación a la industria zapateril.

Un pelotón de mareantes capoteadores rodeaba al espada y descomponía más y más al soliviantado toro, que, apencado en la barrera, a la defensiva, no dejaba arrimarse a nadie, aunque ninguno tampoco lo intentaba, limitándose los más decididos a enseñarle desde lejos el capote, cobardía que exasperaba aún más a los indignados espectadores.

—¡Hay que llegarle! ¡Hay que llegarle a la cara!—gritaban los del tendido, con la facilidad que hay para ejecutar desde allí todas las sueltes.

—¡A ver, un cañón!—vociferaba un anticarmo- nísta puesto en pie en su barrera, cercana al sitio donde Carmona luchaba, empleando mil cautelosas precauciones, con su difícil enemiga—.]Un cañón para que ese torero tan grande mate el toro!

—¡Mira tú si pudiera ser eso verdad!...—le oyeron sus banderilleros decir a Carmona, que era acaso el único que allí se conservaba sereno.

—¡Qué cañón!—comentó otro anticarmonista— Y ni con cañón se atreve ése!

—¡Señore, que hay que ver lo flamenquiyo que está er Miura! ,

—¡Y que Carmonita está por la ópera italiana y r.o quiere ná con los flamencos!

—Pero ¿qué queréis ustedes?—clamaba Copita—. ¿Qué queréis ustedes que jaga un torero con estos animalitos, si su dueño los echa de comer siviles con la bayoneta calá, er tricornio ladeao y cr bigote tieso?

La señal del primer aviso alboi'otó aún más a la gente. Muchos pidieron que sin más trámites se llevasen los mansos el toro al corral, mientras otros, cansados de gritar, se pusieron a arrojar airados cuanto tenían a mano al desafortunado torero. Un furioso chaparrón de naranjas, almohadillas y botellas cayó al redondel.

—Manué, que t'han dao un aviso—advirtió a Car- mona uno de sus banderilleros.

—Pues asujetarme er toro por delante, que le vi a entrá a la media vuerta pa no darles er gusto de que me se quede vivo.

Y, entre la cada vez mayor indignación de la multitud, Manuel, convencido de que no había otro modo de derribar al Miura, acabó con el toro de un golletazo traicionero.

No quedó rama en el árbol genealógico de Carmo- na que no fuese violentamente zarandeada en los tendidos, ni parte del cuerpo del lidiador sin su correspondiente maldición. Lo menos diez copiosas ediciones del voluminoso diccionario de denuestos quedaron agotadas en el breve tiempo que empleó Manuel en trasladarse desde el lugar del suceso a "I03 capotes".

El torero, sereno siempre, y satisfecho por haberse salvado de todos los riesgos que acababa de correr, lavóse prolijamente las manos en el chorro del botijo que sobre ellas vertió el mozo de espadas, y, luego de secarlas con una blanquísima toalla, sentóse en el estribo, diciendo tranquilamente a sus peones, que miraban de soslayo a los conocidos de la barrera inflando los carrillos, soplando fuertemente y moviendo la cabeza con un gesto de inteligencia:

—¡Cuár gritan esos marditos!

—¡Qué humor tiene usté, Manué!—le dijo desazonado Carita, el otro espada que iba a entrar en turno.

—¡Calla, tonto!—le respondió Carmona—. ¡Si pa ti s'han puesto las cosas de lo mejor! ¿No ves que te los he dejao roneos?

Carita elevó al graderío una mirada medrosa. ¡Sí, roncos! Cada vez chillaban con más fuerza. ¿De qué tendría los pulmones aquella gente*? Ya vería, ya vería el fachendoso Carmona la ronquera en cuanto saliese a hacer el primer quite.

El propio Carmona, aunque aparentando una desdeñosa indiferencia, pensaba lo mismo que su compañero. La bronca era de las de fiesta solemne, y el gran torero esperaba con disgusto y preocupación el desagradable momento de ponerse delante del "pájaro" que iba a salir.

Pero, ¡bah!, Manuel sabía experimentalmente que, pasada la efervescencia y nerviosidad de este momento, a lo largo de los días, los mismos que ahora silbaban y le increpaban con desatada violencia recordarían el lance riendo en sus tertulias de aficionados, con comentarios encomiásticos de la presencia de ánimo y habilidad del lidiador para deshacerse del peligroso y difícil enemigo. Podían chillar ahora lo que quisieran… Aunque si a él le dejaran… ¡No se iba a dar poco gusto apretando gargantas!…

—Porque que se metan con er persona der torero, güeno; ¡pero que los grandísimos sinvergonsones y toos los demás ones le mienten a uno er familiar porque no haiga tenío suerte!…

Y como si dialogase con él, adivinándole los pensamicntos, la plaza entera siguió metiéndose con su personal y con el de sus antepasados. Por las trazas, aquello iba a durar todo lo que faltaba de corrida. Porque esperar que Carita o Lunares entusiasmaran o distrajeran al indignado público era soñar lo imposible. Y Carmona daría algo por que así fuese. Nadie sabe lo que duran dos toros "aguantando la mecha de un broncazo".

Unicamente Copita y Currito permanecían ajenos al suceso. Al doldar el toro, Currito se había vuelto a Copita y le dijo en voz baja:

—Dame usté eso.

—¿Ahora, niño?—interrogó sorprendido y atemorizado Copita.

—Ahora, sí, señó—contestó el otro sencillamente,

—¡Pero, chiquiyo, si ahora toca er chorreao!

—Pues por eso—replicó Currito muy tranquilo.

—Pues vaya, que sea, y que Jesús der Gran Poer t'acompañe. Las cosas en gordo—concluyó Joaquín, entregándose a un cauteloso y precipitado cambio de objetos, que llevaba escondidos, con el chaval, aunque sin tenerlas todas consigo, porque desde que apareció con sus compañeros en Tabladilla el toro chorreao de Miura que iba a salir de los chiqueros fué el pasto de todas las conversaciones y la preocupación pavorosa de todos los toreros, hasta de los que no tomaban parte en la corrida—. Er chavá os un torero de non, un torero de escándalo; pero hay que ver la clase de toro que va a salir ahora—pensaba Copita acobardado, recordando cuánto había hecho temblar el chorreao aquellos días a la Sevilla taurina, y las "ducas" que el propio Copita había pasado con otros bichos

semejantes las pocas veces que se había decidido a “arrimarse”.

De Triana a San Bernardo y de las Delicias a la Alameda de Hércules, en los casinos, en los aperitivos y betunerías, en los corrillos y cafés de las Sierpes y la Campana, en los colmados, en todas partes, el chorreao no se caía de las bocas, con tales ponderaciones de su tamaño y sus ideas que, al nombrarle, los ojos dirigíanse temerosos hacia la puerta y luego se volvían al mostrador, midiendo la seguridad de aquel posible refugio en un caso apurado.

Ya había dado el terrible huésped de Tabladilla ocasión a más de una alarma. La víspbra, sin ir más lejos, una vaca mansa de toda mansedumbre, cual corresponde a una pacífica y aburguesada suiza fabricante de leche, se presentó inopinadamente en el café de la Perla, en la Plaza Nueva, a la hora en que mayor era la concurrencia. Aparecer en la puerta la inofensiva cabeza de recogidos cuernos mirando cuidosamente a todas partes, estillar el café en un alarido de miedo y trepidar la casa con el pánico de la huida fué todo une.

—¡Er chorreao!—gritó a una voz la concurrencia, lanzándose en tropel a las ventanas y a la otra puerta, con horrísono estrépito de cristalería rota y de rodar de mesas y sillas.

Algunos mozos gatearon por las escurridizas columnas, como por un árbol. Casi todos los parroquianos huyeron, llevándose una de las botellas de agua en la mano; ¿para qué, Dios mío? Otros, más serenos, imitaban al partho, aunque ninguno había leído Historia, arrojando al huir el agua de la botella hacia el sitio donde la vaca, quieta y admirada, los contemplaba… Y una hora después, restablecida la calma y restituida sin dificultad la cornúpeta, que era por cierto berrenda en negro, al establo de donde se había escapado ansiosa de curiosear la ciudad en fiesta, fué preciso extraer casi a viva fuerza de la gran

tina del agua al cocinero, que daba allí tremendos tiritones, más que de frío, de miedo.

En mayor o menor medida, nadie podía vanagloriarse aquellos días en Sevilla de hallarse libre de la preocupación del chorreao.

—¿Has visto qué guaza tiene don Eduai*do? ¡Mira que manda ese toro!

—Una malaj osería.

—¿T'has fijao en lo largo que es?

—Un ferrocarrí.

—¡Y sin cuernos!… Como de aquí a Lima.

—¡Y acaramelaos!

—Pos ¿y pescueso? ¡Osú! ¿Ustedes se habéis fijao cómo estira y encoge aquer acordeón?

—¿Qué acordeón? ¡Eso e una orquesta! ¡Un pescueso lértrico! ¡Va servio con er regalito er que le toque ese premio gordo!

En el sorteo estuvieron a punto de venir a las manos aquella mañana los banderilleros y picadores a quienes los respectivos jefes encomendaron la ardua tarea de arreglar los lotes.

Temerosos de que pudiera tocarles a ellos, ni infantes ni jinetes encontraban modo de colocar al chorreao. Ni a los demás, porque pasado el miedo de uno entrábales el de otro, y cuando, al cabo de dos horas de discutir pesos, tamaño y longitud de los cuernos, se hizo el sorteo y su mala suerte le deparó a Carita el chorreao, sus peones pusieron gesto de vinagre y los otros toreros dejaron escapar un leve suspiro de alivio, contenido por la temerosa contemplación de los "regalitos" que les correspondían.

—No sé por qué os ponéis así—les dijo al concluir el empresario, sin hacer caso de las miradas asesinas que le dirigían—por un toro que no tiene nada de particular, cuando de ése a los otros no hay una cuartilla de diferencia. Y puede que no sea el de más peso. Luego lo veréis.

—¡Un millón daba yo por que fuese ya!—murmuró el Sauce, un picador de Carita, a quien ya le empezaban a doler las costillas.

—Tiene usté mucha rasón—exclamó otro torero, sintiendo aumentar las dimensiones de sus toros... y su miedo—. Si m’apuráis, y aunque no m’apuréis, er negro bragao de nosotros es más toro.

—Y er colorao mío.

—Pos se lo cambio a ustés, si queréis—replicó vivamente el picador de Carita.

—Yo no, porque la suerte es!a suerte y no hay que tocarla, que da mala pata; pero que te coste que er negro es más toro, más regordío, más largo y más escandaloso de pitones.

—¡Chavó, si va a resuitá que er chorreao lo han jecho las movijitas e San Leandro!

Al salir increparon todos al conocedor.

—Dale memorias ar “aratoso” e tu amo.

—¡Qué guasa tié tu amo!

—¡Me jago la tá y la cuá en esto y lo otro!—salió diciendo el picador de Carita, barajando irreverente todo el santoral.

El cual Carita ya podéis figuraros la que puso al enterarse del “orsequio” que le había deparado su suerte, y la que le fueron componiendo los amigos, que hasta la hora de la corrida estuvieron yendo a su casa a visitarle, entrando todos, cual si obedeciesen a una consigna, con la misma asustada pregunta en los labios, por vía de saludo:

—¿Pero es cierto que te ha tocado el chorreao? ¡Sí que tienes tú una suertesita!...

Con esto puede el lector curioso y paciente imaginarse la expectación, el interés, la emoción que produjo en toda la atestada plaza la salida del pavoroso toro.

Un prolongado "¡Aauh'” de admiración y de susto saludó la presencia del hermoso bruto, que en el ruedo parecía

aún mayor que en los corrales de Ta- bladilla.

—Es qi.e estos mardesío3 toros s’alargan jasta er sinfinito der sécula—comentaron I03 toreros que había en el tendido, no menos medrosos que los del redondel, que, prudentemente acogidos a las cercanías de la barrera, no hicieron más que flamear de lejos los capotillos y, antes de que el Miura se les arrancase, saltaron precipitadamente la valla, resguardándose en el seguro del callejón.

Silbó reciamente la irritada multitud. “¡Cobardes!” “¡Carsonasos!” Y en cuanto vió saltar al ruedo a Manuel Carmona volvió contra él sus iras, como si también fuese suya la culpa del nnedo de los otros, y nuevamente descargó sobre el to 'ero. con mayor violencia que antes, el chaparrón de sus insultos.

—¡Ajóla, y s’ajogaran!

Fué entonces cuando brotó en el ruedo, provisto de una muletilla, un “capitalista”, un chavalillo, que corría tras el toro, al que huían todos los toreros, llamándole con una vocecita aniñada para que se volviese a él.

Era un mozuelo desmedrado, canijo y mal vestido, que se presentaba resuelto a jugarse la vi-la. Los es- pect lores, viéndole tan poquita cosa, tan “senifican- te”, sintieron miedo e increparon a los toreros, a los “guindillas” del callejón y a sus colegas del Orden público, “los disgustaos”, para que impidiesen el suicidio de aquella criatura peí- seguidora del toro mientras éste correteaba por la plaza barriéndolo todo, antes que furioso, feliz de verse en libertad y a la luz tras tantas horas de estrecho encierro en la obscuridad del chiquero.

—¿Pero no veis que es un chavalillo, una criatura? ¿Que lo va a jasé porvo?—gritaban compasivos los del tendido a los “guindillas”, que no se atrevían a mayor heroicidad que asomar una cobarde pierna por la barrera, sin decidirse a mentar en ésta, ni mucho menos a dar el salto, que pod.a ser mortal.

Unicamente se arrojó a encastillarse tras un burladero Tragúete, un “guindilla” quinteriano, rechoncho, apoplético y popularísimo, con un bigotillo recortado “de na” y una nariz arremolachada de mucho, que ostentaba el brazal de intérprete con el emblema esperantista.

—¡Vamos, Tragúete, tú que eres valiente!—le animaban los del tendido.

—¿Pero no veis ustedes le buró, mesiesss?—contestaba, encogiéndose tras el burladero.

Sólo Cepita, protestaba indignado contra la compasiva actitud del público.

—¡Cayarse ya, Madalenas!

—¿Pero no vuócé que es un chavaliyo?

—¡Pos si er c'iavaliyo tiene voluntá de atoreá, dejarlo que atoree!

¡Vaya si tenía voluntad de torear el chiquillo! De prisa y decidido dirigióse al tercio de toriles, a la querencia de los cuales, cansado de su correría por el redondel, se había acogido el chorreao para reponerse y enterarse de lo que ocurría en la plaza. Mas antes de que Currito, burlando la persecución de monos y toreros, llegase al toro le cortó el viaje uno de los peones de Canta.

—¿Onde vas, criatura?

Currito esquivó con un ágil regate la mano del’ banderillero que pretendía sujetarle, y extrayendo de los pliegues de la muletilla, donde lo llevaba escondido, un enorme y brillante cuchillo, ¿qué digo cuchillo?, un tremendo, un asustante machete, amenazó airado y resuelto al torero.

—¡No t’aserques, que te doy!

Quedó la plaza suspensa y el peón parado. ¡Vaya un chaval con redaños!

—Ese va desidío por la vortereta. Es un valiente. ¡Que Dios lo ampare!

El chiquillo no perdió el tiempo; aprovechó la libertad en que le dejaban y se fué derecho al toro, con la muleta plegada en la mano izquierda y el enorme cuchillo, a manera de estoque, en la derecha, y cuando llegó a terreno conveniente se detuvo un momento frente al elefante de Miura.

No respiraba nadie.

—¡Vaya—dijo el muchacho gritando con una vo- cecita aniñada y tranquila, que resonó impresionante en el profundo y emocionado silencio de la plaza—po er señó Manué Cannona, que es er torero más grande de España!

Y en seguida, irguiendo, desafiante, su flébil figurilla, llamó la atención de su enemigo.

—¡Je! ¡Toro!

—¡Ole ahí mi niño valiente!—se oyó gritar a Copita.

El niño valiente, en vista de que ei toro no se movía, avanzó reposadamente un paso y, alegrándola con un saltito pinturero, desafió de nuevo a la fiera, que se encampanó al notar el atrevimiento de aquella cosa minúscula.

—¡Je! ¡Toro!

Se hizo en la plaza un silencio aún mayor, un silencio de miedo, en el que resonó por tercera vez, escalofriante, la tranquila vocecilta del chaval provocando al pavoroso miureño, que recelaba abandonar su defensa.

—¡Je! ¡Toro! ¡Toro!

Un alarido de espanto se escapó de los horrorizados pechos al ver cómo, de pronto, el miureño arrancaba imponente, con todo su ímpetu contra el atrevido chavalillo. Con movimiento instintivo los espectadores echáronse atrás en sus asientos, apoyándose, amparándose en el vecino inmediato; chillaron compasivas y asustadas las mujeres, tapándose la cara con el abanico o las manos,

—¡Lo mata!—exclamaron todos.

Mas antes de que pudieran concluir la frase un grito de alegría, un suspiro de tranquilidad, un rugido de

admiración y de triunfo salió de todas las bocas y fué llevando por todo el ámbito de la plaza el tableteo de un trueno de asombro y entusiasmo,

—¡¡¡Ooo…leü!

El chavalillo había esperado serenamente el impetuoso ataque de la fiera y, al llegar ésta a su jurisdicción, burló graciosamente la embestida con un preciso quiebro, marcando ai toro la salida por su derecha con la muletilla plegada, que sacó por la cola del miureño.

A Copita, que sólo había llorado una vez en su vida, cuando vió morir a ‘‘su mataor” tendido sobre la mesa de una rosquillera, entre médicos azorados, en la cuadra enfermería de la plaza de un pueblo en fiestas, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Juy, mi torerillo!

De nuevo reinó en la plaza el silencio de las grandes expectaciones. La curiosidad y el interés tenían en suspenso a todos. Currito, indiferente al grade- río, seguro de sí y atento a su juego, como un esgrimidor que vuelve al ataque después de una parada, buscó al toro en el terreno propicio en que, merced al pase anterior, se había colocado, y con el aplomo y el dominio de un torero viejo, dando a su figurilla, que de desmedrada y enteca tornóse airosa, un ritmo y una gracia singulares, ofreció la roja tela al bruto y lentamente, como si lo llevara prendido en ella, se lo pasó todo por delante y muy cerca de su cuerpo, con ese lance tan clásico, tan emocionante y tan bello que técnicamente se llama pase natural. Y no habían concluido los espectadores de asombrarse y jalear al torerillo con nuevos y más atronadores ‘'¡oles!”, aplausos y vítores a la pajolera familia del repajolero niño, cuando éste les hizo saltar otra vez en sus asientos con un pase en redondo, suave, templado, llevando despaciosamente al toro en la muleta, de modo que, más que embistiéndola, parecía ir amarrado en ella,

perdida momentáneamente su fiereza, por donde le placía guiarle a su imperioso conductor.

—¡Párese que ha hirnotisao ar toro!

Prodújose entonces ese fenómeno de espejismo que acompaña a los grandes momentos del toreo: se movió la plaza. Se la vió moverse. El vaivén de los nerviosos espectadores dió la sensación de que la plaza se bamboleaba. Nadie podía estarse quieto ni callado. Todos aplaudían y alborotaban. Las mujeres con más entusiasmo que los hombres.

—¡Ole tu mare, saiao!—le gritaban con los ojos llameantes.

Cayeron a la arena, cerca y lejos del muchacho, los sombreros de paja y cordobeses y los abanicos femeninos de las grandes faenas.

—¡Vaya un chavalillo!

—¡Ole el chavalillo!

Y Joaquín González, Copita, agarrado, echado sobre los cables de la barrera, que sacudía fuertemente, furiosamente, perdido el sombrero, caída hacia el cogote la despeinada coleta, con los ojos saltones, saltones, que parecía que iban a escapársele, y congestionada la cara, gritaba loco, desaforado, hasta en- ronquecer:

—¡Mi torero! ¡Mi torero! ¡Juy qué toreraso más grande! —Y se abofeteaba de gozo, se mordía las manos y saltaba violentamente a cada nuevo lance del chiquillo, en el paroxismo del entusiasmo y la alegría—. ¡Toreraso! ¡Toreraso! ¡Er Banco España yeva en esas manos! ¡Eres er primer afisionao der mundo, Copita!—Y encarándose con la Giralda, que a lo lejos se recortaba erguida y gentil, en el limpio azul de aquella tarde primaveral, la llamó, apremiante:—¡Baja a verlo, presiosa!

Y entretanto, el chavalillo, como le llamaba la plaza entera que se había opuesto con actitud resuelta e inapelable a que le quitasen el toro, seguía sereno,

reposado y sonriente jugando con la fiera y con la vida, con admiración hasta de los mismos toreros, a quienes tenía paralizados el valor y el arte del muchacho, que no perdió la serenidad ni cuando el codicioso miureño, al ser despegado del cuerpo que ya creía suyo con un emocionante pase de pecho, se llevó en un cuerno, como trofeo, uno de los delanteros de la vieja chaquetilla de dril del rapaz.

—¡Viva la Alamea Vieja!—gritaron entonces en un lado.

—¡Ole, Triana!—exclamaron al mismo tiempo en otro.

Y obedeciendo al orgullo localista y al deseo de asignar al respectivo barrio la gloria de ser cuna del nuevo astro taurino, se alzaron otras voces vitoreaudo al barrio de San Bernardo, a la Puerta del

Osario y a la Macarena, y como las ciudades griegas por el natalicio de Homero, las españolas en disputa de la partida bautismal de Cervantes, o Pontevedra y Génova por la cuna de Colón, riñeron en los tendidos los aficionados sevillanos, aunque ninguno conocía al muchacho, en defensa de la verdad histórica, geográfica y genealógica que cada cual convencidamente sustentaba.

—¡Ese tié que ser de Triana, como Antonio Montes y Juaniyo Bermonte!

—¿De Triana ese toreraso? Ese es de la Alamea, como los Gayos, Carita ancha y Fuentes. ¡Asín no atorea más que er que haiga bebió en la pila er Pato!

Y por si la Alameda o Triana, la Carne o Santa Cruz, se armó una de palos y botellazos en los altos del 7, en los centros del 5 y hasta a poco más en el "cementerio de Casariehe”, la sesuda grada donde se sienta lo más serio de la afición sevillana, que en nada estuvo que se proclamara la ley marcial e interviniesen fuerzas del Ejército para calmar el tumulto que no conseguían apaciguar los ‘'guindillas”.

—Venirse ya pa la “casiya” y no se sofoquéis ustedes más, que ése es de la Carne, como er difunto José Claros, Pepete—ordenó un municipal a dos que reñían en el sol.

—¿De la Carne dise usté, guardia, y me acaba de desí er arma mía de su compañero que es de la Alamea?

—¡Qué sabe ése!—contestó el “guindilla”.

—¡Más que tú!—le replicó su compañero—. Ese ha bebió en la pila der Pato.

—¡Ese es de la Carne, porque tiene cuatro paree de riñones!

Tuvo que intervenir un cabo, gordo y bonachón, que impuso silencio a sus subordinados, ordenándoles que condujeran a los beligerantes a la “casilla”, y sentenciando urbi et orbe, para resolver todas las dudas, que el chavaliílo era de Triana, como le c>n taba a éJL

—¿A usté?

—Sí, señó; ¡como que le he visto naser!

—¡Nos ha aplastao! Ancla, Manué, obedese aclú a la comadrona y vámonos pa la “easiya”.

Currito, sin enterarse de nada de cuanto en el rápido transcurso de la emocionante escena, desarrollada en dos o tres minutos y contada en tanta:! páginas, ocurría a su alrededor, continuaba toreando alegre y valiente, de pie y de rodillas, tan metido en ello, que dijérase que, olvidado de todo, atendía más a satnfacer su gusto que a demostrar sus condiciones de torero, como se había propuesto al echarse al ruedo.

Sólo consiguió distraerle un apasionado grito de mujer que se oyó distintamente en la plaza, y, al hacer separar al chavaliílo la atención del toro, dió la espiada ocasión a los peones de Carita para quitárselo, llevándole al tercio opuesto.

—¡Olé! ¡Viva tu madre!

Al oirlo, el chavaliílo paróse un momento, ae volvió hacia el lugar donde el grito había sonado y una sonrisa triste se

dibujó en su boca; lo cual, con la vehemencia y rotundidez con que se establecen y definen los sentimientos en la plaza, fué interpretado como señal de cortesía y modestia, aumentando con ello el estruendo de los aplausos.

Pero entonces se le presentó a Currito otro peligro más temible que el toro: los “guindillas”. Los "guindillas”, que, así que vieron lejos al Miara, lanzáronse denodados al ruedo, sable en mano, dispuestos a todo para apoderarse del torerillo y su machete y llevarse aquél a la “casilla”, donde, con arreglo a la costumbre, si no llegaba a tiempo alguien que se interesase por él, le serían cortados al rape los alborotados pelos de la incipiente coletilla.

Currito en cuanto los vió huyó, conforme prescribe el manual del perfecto “capitalista”, en dirección al sitio donde estaba el toro disponiéndose a pelear con los jinetes; mas no le valió, porque, conocedores también los “guindillas” del código del espontáneo, anticipándose a su movimiento, le cortaron el paso y le sujetaron.

—¡Trae pa acá esa arma!—le exigieron corajudamente en cuanto le tuvieron cogido.

—¡Si no pincha ni ná!—contestó el chavaliilo, entregándoles de buen grado la tremenda faca, atento a defender la olvidada muleta de las despiadadas manos de los “guindillas”—. ¡Si es de engañifa!

—¡Pos es verdá!—dijo corrido Tragúete, que fué quien valerosamente, mientras su compañero sujetaba por detrás al mozo, se apoderó del arma.

Y ofendido por el ridículo que había cprrido, amenazó airadamente- al chaval con el cuchillo, como si le fuera a atravesar de parte a parte.

—¡Te lo jincaba en er roío corasón!

La plaza entera, que vociferaba que soltasen al chavaliilo, se levantó impetuosa otra vez, obedeciendo unánime a un impulso de indignación. ¡Cómo! ¿Un mísero “guindilla” se atrevía a atentar contra el héroe? Y diez mil

destempladas voces pidieron imponentes la cabeza de Tragúete. No; por muy popular, muy bebedor y muy esperantista que fuese un municipal, no había derecho a aquello. “¡A la cár- sel! ¡A la jorca!”, como pedían que se hiciese con los malos picadores.

Tragúete, para conjurar el nublado y desviar el rayo, rompió en las rodillas el cuchillo y mostró a la muchedumbre dos pedazos de madera forrados con papel de plata.

Una carcajada homérica retumbó en la plaza.

—¡Grasiooooso!

¿De manera que, además do tan buen torero y tan valiente, la criatura era un guasón con ángel? ¿Para qué quería más la impresionable a fisión? “Consa- grao”. Y cuando el chavaliilo llegó con sus aprehensores cerca de la barrera un señorito rumboso le tiró cinco relucientes duros.

—Toma, valiente, pa que te merques una casa- dora.

No hay entusiasmo más contagioso que el de los toros. Los espectadores inmediatos imitaron el ejemplo del señorito y arrojaron también monedas al to- rerillo. Los de más allá hicieron lo propio en seguida, y Currito, llamado de todas partes, comenzó, seguido siempre de los municipales, a dar la vuelta al ruedo, recogiendo, no sólo el gloiñoso humo de las palmas, sino una prosaica pero provechosa lluvia de oro… en monedas de plata y calderilla, envueltas en papeles, y hasta algún “pápiro" de cinco "baros”.

Y era tan copioso el chaparrón que, no dando abasto el muchacho a recoger la cosecha, creyéronse en el caso de ayudarle los dos “guindillas”—lo cortés no quita a lo municipal—, y utilizando los quepis para recoger las monedas, como antiguamente los peones las monteras cuando habla puros para los toreros afortunados, fueron acompañando al chavalillo en su vuelta triunfal.

—¡Vaya cuadrilla!—gritaban los guasones del tendido.

—¡Tragúete, estás mu propio asina! Tienes un pa- resío loco con Lagartijo. No te farta ma que jablá… en esperanto.

Sin hacerles caso, y muy ufano con su papel, Tra- guete, cuando ya no cupieron las monedas en la gorra, cogió la muletilla por un extremo y dándole el otro a Currito fueron>echando allí el dinero que de todas partes, hasta de los altos de sol, caía al ruedo.

—¡Bien, Tragúete! Ahora de guante, como en las capeas.

Finalizada la colecta, Currito llegóse con sus “guindillas" ante el palco presidencial, y descubierto y con las manos en alto, después de haber entregado a su peón de confianza el abrumador peso de la muleta, demandó perdón.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Indurtao!—decretó la plaza.

Y el presidente y los dos enchisterados concejales que le acompañaban contestaron arrojando al chava- li lio cuatro o cinco duros.

Nueva ovación y nuevas señales de gratitud del mozuelo.

—Toma y vete ya pa tu sitio—le dijo el cajero entregándole la muleta con sus caudales.

Currito respondió gallardamente metiendo mano a la caja y ofreciendo generoso a Jos “guindillas” un puñado de monedas, que Tragúete rechazó aparatosamente, con gesto altivo y digno, al par que le decía entre dientes:

—¡Aquí, no, niño; aquí, no! Aluego, solos, nos bebemos unos chatos… y lo que tú quieras, torero.

Cuando el chavalillo, camino de su localidad, pasó cerca del sitio donde, arrimado a la barrera, mientras muleteaba Carita, estaba Manuel Carmona, le llamó el gran torero.

—Oye, niño. Pásate luego por mi casa, que te quiero agradesé er brindi. Has estao mu güeno… y me has jecho un buen quite,

Y alargándole la mano estrechó la suya en un apretón fuerte y cordial, al que Curríto, gozoso y azorado, correspondió en silencio.

Copita le recibió con tal abrazo que a poco le ahoga. En un buen rato las lágrimas no dejaron hablar al veterano banderillero.

—¿Vé usté, señó Joaquín?—díjole Currito. Y lue- £0, satisfecho de sí mismo:—¿Se m’ha dao bien, verdá?

—¡Como los ángeles, c'hiquiyo! ¡Como Dió!—contestó gozoso Copita. Y volviéndose a los espectado- i 's que, obsequiosos y curiosones, les rodeaban, exclamó, convencido y orgulloso de sus dotes adivinatorias:—¡Señores, soy er primer afisionao der mundo y sus cuatrosientas provincias!

Un alarido de la muchedumbre distrajo la versátil atención taurina hacía otro suceso. El toro había enganchado por una pierna a Carita al entrarle a matar “con muchos riñenes y mucha vergüenza torera”, según afirmaba el sabio tendido, y luego de voltearle aparatosamente buscábale en el suelo, aunque sin poder herirle, por estarlo ya él de muerte con la certera estocada que le dió el matador.

En brazos de sus peones fue trasladado Carita a la enfermería con la taleguilla destrozada y llena de sangre, entre una atronadora ovación, mientras el ehorreao rodaba muerto.

Pronto se supo por los que salieron de la enfermería que la realidad del daño no respondía a lo aparatoso de la cogida.

—Ná. Un puntaso envainao. Pero pudo matarle. La corría de mañana, la der domingo en Matírí y las de Jeré, perdías.

Entonces un aficionado viejo, un señor de bigote blanco y quemado, sombrero cordobés, grandes gafas y hablar lento y gangoso, que metía miedo de serio, acercóse solemne a Currito y, después de estrecharlo la mano, le dijo sentenciosamente, echando las palabras por la nariz:

—Chavosito, acabas de meté en la enfermería a un fantasioso… ¡Como los buenos! ¡Ole!

Una fragata de cuatro palos no navega con más viento que el feliz Copita, a la salida de esta corrida memorable, entre el mar de sombreros anchos que inundó “calle Aureola”, se extendió por las inmediatas e hizo remanso en las mesillas al aire libre de las tabernas de “calle Adriano”.

Pisaba fuerte e imperioso el veterano banderillero, contoneándose al andar, más jacarandoso que cuando lleno de ilusiones salió por vez primera con traje de luces a la fácil conquista del mundo, sintiéndose rodeado de la curiosidad pública e iluminado por los reflejos de la aureola gloriosa con que ia admiración de los aficionados nimbaba a Currito.

Sus enemigos y los envidiosos, que en todas partes, hasta en “calle- Aureola”, brotan pronto, como la hierba ruin, le miraban con ojos torvos, murmurando despectivos, al pasar el banderillero taconeante y orgulloso:

—¡Jumea la chimenea y en la lumbre no hay comía 1

Copita no les oyó, o desdeñosa y cuerdamente fingió no oirles. ¿Quién podía disputarle a su vanidad de “buen aficionado”, que él ponía por cima de su castigado orgullo profesional, el certero golpe de vista con que sus ojos zahoríes habían sabido adivinar, entre ¡a turba de ilusos de una mala corrida, aquel valioso diamante que iba a brillar muy pronto deslumbrador, como se manifestara esta tarde, conmoviendo y asombrando al mundo taurino?

Además, como razón utilitaria y de positivo peso, el triunfo de Currito significaba para Copita la seguridad del porvenir, el modesto bienestar atropellada e inútilmente perseguido durante muchos años, rodando de una corrida mala a otra peor, en cuadrillas ínfimas, a las órdenes de matadores de última fila o más atrás y de novilleros recién salidos del cascarón, llenos de humo, despctic#s, presumidos e ingratos, peleando en todas partes con toros sin casta, viejos, enormes, duros y mal intencionados, a puro mansos, que ningún torero, por mínima que fuese su

nombradla, se prestaba, con razón, a torear; toros de esos que “salen a por el dinero de la temporá”, y que sólo el hambre, más grave que “un cornalón de caballo”, puede admitir.

Pero ahora iba a ser otra cosa. Copita, que, perdida la esperanza de brillar e imponerse por cuenta propia, había encaminado toda su actividad a descubrir y modelar un torero, procurando asegurarse con la necesidad de sus consejos la realización de las modestas ambiciones no logradas toreando, estaba seguro de haber encontrado al fin lo que tan afanosamente buscaba.

De algo había de servirle su experiencia de los hombres… y de los toreiOs. Copita aprendiera mucho en su baqueteado rodar por plazas y pueblos, y sabía que aquel “hombresito”, gran torero y gran corazón, no se portaría con él tan malitamente como tantos otros “farítasiosos desagradesíos” que, por no haberle hecho caso, caminaban por ahí perdidos y dando tumbos.

¡El porvenir era de Copita!

Y al pasar ante las talabarterías de la calle de Adriano, llenas de marchantes regateando arreos nuevos para las caballerías compradas en la feria, exclamó, señalando a Currito los caballos disecados, que con rumbosos jaeces se ostentan de muestra a la puerta de estas tiendas:

—¡Porquería asina van a ser tus jacas!… Home, si no lleváramos priesa entraba ya mismo a encargar los arreos de tu coche pa la feria der año que viene …

Caminaba Currito a su lado, contento pero modesto, como si con él no fuese la embobada admiración del grupo de papanatas que los cercaba y seguía, el detenerse los aficionados a su paso, contemplándole con ojos de asombro; el señalársele unos a otros los parroquianos de los colmados, apuntándole con un dedazo sucio, y el piropearle los más exaltados, punto menos, y a veces punto más,

porque el entusiasmo taurófilo no tiene medida, que si de una mujer guapa se tratase.

—¡Ole los tnreritos finos!

—¡Viva tu madre!

—¡Ahí los hombresitos con dos pares de riñones!

—¡Asujetarse la trensa, fenómenos, que ha salió un barbero con unas tijeras mu grandes!

Pero el de las tijeras atendía más a la animada conversación en que iba. metido con otro mozuelo de sus años y pelaje, que ios esporaba a la salida, y en cuanto los vi ó abrazó extremoso a Currito, interrogándole impaciente:

—ISuperió!, ¿verdá? ¡Han sío pa ti las parmas!, ¿verdá? ¡Que no jasían ruío!… ¡Un tirremoto!

—¡Gasusiya!—contestó Currito, jubiloso, correspondiendo ifusivo al pechugón del otro—. ¡Pa mí lian sío! Me s’ha dao superió, ¿verdá usté?

—¡Colosalísimo! ¡Fenomená!—corroboró, no menos alegremente, Copita—. Ya no quean parmas en Seviya pa nadie. Y que no te s’orvíe, Gasusa. Hoy emprensipia una nueva época der toreo: er pogeo de la toromaquia. Lo digo yo, Joaquín Gonsales, Copita, er primer afisionao der mundo y dies leguas a la reonda, que en esto tengo dos pares de riñones.

Y acompañó sus palabras trazando en el aire los garabatos enrevesados y rotundos de una orgullosa firma responsable.

Gazuza no aguardó a oir más y, volviéndose al grupo de chavales que le acompañaba, les comunicó orgulloso: .

—¿Lo veis ustedes? No ha estao más que c osalí- simo. ¡Lo que nunca s’ha visto en Seviya! Er público s’ha tirao ar reondé y lo ha paseao en hombro.

Buena nueva que los otros, sin esperar tampoco mayores ampliaciones, se apresuraron a esparcir por Sevilla, saliendo disparados como locos, cual si corriesen en apurada Remanda de un médico o en el asunto les fuera

algo, para ser los primeros en comunicar la fausta noticia a sus respectivos barrios.

—¡Ha salió un fenómeno nuevo! Un chiquiyo e la Alamea que ha arrrtao er escándalo. S’ha tirao a la plasa cuando tóos estaban con un insurto de mieo y l’han dao la oreja. S’ha jinchao de atoreé. Ha matao un toro superió, y si no es por él, Carita se yeva una comá grande. Le jiso un quite colosá, y Carmona le quería da ya mismo la alternativa.

—Más de dies mir duros—testimoniaban luego en las tabernas los asistentes a la corrida—l’han tirao en onsas de oro y biyetes de los grandes. Uno de a quinientas le eché yo…

Gazuza, luego de haber dado, magnánimo, a sus compañeros de "tendido" la noticia del triunfo de Currito, pidió a éste detalles del suceso, con un diluvio de impacientes preguntas que no daban espacio a la respuesta.

—¿Le diste er natura? t er cambio? ¿Y er molinete? ¿Te jincaste en roíyas? Fué er chorreao, ¿verdá? ¿Le cogiste er pitón? ¿Le diste arguno de pecho?

—Con er chorreao fué. ¡Y lo jise tóo, chiquiyo!

•—Jasta er codo shan gastao las manos tocándole las par mas—corroboró Copita. Y aprovechando la compañía de Gazuza, entregó a éste el extremo de la pesada muleta que llevaba con Currito:—Toma, has favo, home, que pesa.

Todos los amigos y conocidos de Copita, hasta los que otras veces no se molestaban en verle, saludábanle cariñosos esta tarde.

—Noragüena, Joaquín.

—Grasias—contestaba Copita digno y serio, alzando hasta el sombrero la mano tiesa, como en la plaza cuando suenan “palmitas".

Algunos banderilleros y picadores, veteranos con.o él en ¡as malandanzas toreriles, se le encomendaban necesitados y zalameros, evocando los trabajos pasados en compañía.

—Joaquín, que no m’orvíes. Que yo he sío siempre tu amigo, y tú vas a ser ahora er amo.

—S’hará lo que se puea—contestaba Copita sin comprometerse.

Otros aficionados, de la innumerable clase de noveleros, emparejaron con ellos, deseosos de amistar con el naciente astro taurino, intentando entablar conversación, que Copita, atento a su juego, cortó pronta, hábil y diplomáticamente, cuidando de no molestar a ninguno, porque no era cosa de indisponerse con nadie cuando le iban a hacer falta todos.

Y con asegurarles que lo que el chavalillo acababa de hacer era “ná” para las maravillas que le verían ejecutar con capote y muleta, que manejaba “como Dioe”, de cuya suficiencia taurina tenía Joaquín, por lo visto, noticias auténticas; que él, Copita, era el primer aficionado del mundo, “con dos pares de riñones en eso”, y que Currito iba a poner por los suelos el pelo de coleta de fenómeno, el banderillero sacudióse muy gentilmente los moscones y siguió su camino, sin hacer caso ¡por primera vez en su vida! de las obsequiosas invitaciones que brindándole unos gratos chatitos le hacían desde las puertas y mesiUas de las tabernas.

—Ahora. Esperarse ustedes, que de seguía venimos.

Copita iba a lo suyo y no estaba para perder el tiempo. Con su cumplida experiencia de estas cosas, él sabía que el toreo del torero en la plaza ha de ser ayudado por el de sus amigos y el suyo en la calle, y se disponía a “meter el capote” con la prontitud que el caso requería.

—Ahora—le había dicho al chavalillo al salir de la plaza—me toca atorear a mí. Er torero, desia don Luis Masantini, dos horas en la plasa y vintidós en la caye. Vas tú a ver.

Y al llegar a la esquina de las calles de García Vi- nuesa y Atarfe, en cuanto sus ojos de águila escudriñaron lo que le interesaba, se entró resueltamente por aquella vía, hasta

pasar ante el ancho portal de El Liberal, donde, según costumbre, presenciaban el desfile de los asistentes a la corrida el director y algunos redactores y operarios del popular periódico.

—Güeñas tardes, don José y la compaña—saludó Copita, sin detenerse, descubriéndose muy cumplido ante el director.

Y de pronto, como si allí mismo, repentinamente, le acometiese la idea que traía bien madurada, volvió súbito sobre sus pasos y se dirigió a Laguillo, señalando la muleta que llevaban los chavales.

—Home, don José, ¿no podría usté sé favó de cambiarnos estos caudales, que pesan más que un Miura saború, por otra moneíta más pastueña?

—Supongo que sí—contestó Laguillo—. Vengan ustedes. —Y llamando al administrador—\ Martines!—, subió con todos a la redacción, sobre una de cuyas mesas, prestamente limpia de los periódicos que la cubrían, vaciaron los torerillos su caja de caudales.

—¡Osú y la de infundios que habrá ahí!—exclamó Cespita, confianzudo y chistoso para hacerse querer, señalando al montón de papel impreso.

Mientras el administrador y otro empleado contaban el dinero, y ios chavales, cohibidos y mudos, miraban absortos los retratos de artistas que cubren las paredes de la redacción, el gran periodista, sacerdote fervoroso de la diosa actualidad, abrumó a Copita a preguntas, que el astuto banderillero contestó hábilmente, según su conveniencia.

El chavalillo era sevillano y huérfano. Canelita fina. Un torero de non. Mejor que todos. Copita sabía muy bien estas cosas; no se engañaba, no se había engañado nunca; como aficionado, lo sabía todo el mundo, “tenía dos pares de riñones”.

—Ya veréis ustedes. Er sipusutra der toreo.

El non plus ultra quería decir; sólo que a Copita le sonaba mejor el sí que el no.

—Aquí, Antoñito Reyes, le pué desí a usté la clase de afisionao que soy yo y cómo estoy de vista pa estas cosas—agregó, todo mieles, viendo entrar en la redacción al esperado Don Criterio, el popular revistero del periódico, gordito, coloradito, risueño, impecable de manchas y arrugas el traje, verde y chico el sombrero flexible, refulgentes las botas y forrado el cuello de la camisa, para defenderle del sudor, con un blanco pañuelo.

—Oye. Joaquín, ¿éste es el chaval aquel?—preguntó Don Griterío, dejando sobre la mesa un puñado de pruebas, que. recogió prestamente un chico de la imprenta.

—¡Er mismo, don .-vutonio! ¿Hay o no hay roía esensia de torero?

—Sí que tiene hechuras. Si lo hasc así vestido de luses…

—¿Asín? ¡Mucho mejor! Usté sabe que yo chanelo de esto; que tengo dos pares de riñones como afisio- nao; bueno, pues yo le digo a usté que éste és er Papa sumu de íóos los pontifisies de la toromaquia. ¿No hay una cosa no se onde que le disen er pasmo de no se que? Pues este niño va a sé er pasmo d" Seviya.— Y cambiando de pronto el tono jactancioso, rogó apremiante y humilde al revistero:—Por lo que usté más quiera, don Antoñito, trátamelo usté como un amigo. Ná más con que usté quiera esto chiquiyo tiene mañana la selebriá. Cuatro palabritas de usté con repajolera grasia son una orden pa la impresa.

—¿Pero también los afisionaíllos van a comer.sar pid endo árnica y bembo? ¡Bueno está el toreo! Los niños nasen ahora sabiendo lo que los viejos no.

—Es que éste—protestó ofendido Copita—no es un afisionaíyo, sino un toreraso mu grande. Lo digo yo…

—Que tienes dos pares de riñüLes, como afisionao. Lo sé.

—Sí, señor. Dos… que paresen cuatro.

Habían concluido de contar el dinero. Setecientas cincuenta y tres pesetas, seis “gordas” y un duro falso.

—¡Mirusté qué grasioso!—exclamó indignado el banderillero—. ¡Er postín que er grandísimo sinvergonsonaso s’habrá dao en er tendió con ese duro fulastre! Dámelo usté—apoderándose de la moneda—, se le vaya escapar en una cuenta y se perjudique arguien… Ya sé yo quién se lo va a yevar esta noche mismito.

Despidiéronse.

—¿Cómo te llamas, muchacho?—preguntó el director al chavalillo.

—Currito de la Crus.

—¿De qué barrio eres?

—¿De onde quiere usté que sea con esas jochuras?—apresuróse a contestar Copita—. ¡De la Ala- mea Vieja! ¡Como los buenos! Ya me pediréis ustedes su retrato pa ponerlo con tóos esos que tenéis clavaos en la pader.

Y al trasponer la puerta tornó a suplicar a Lagui- 11o y a Don Criterio:

—¡Darle ustedes un toquesito con sarsa a la impresa! Después de lo de esta tarde es un entradón de vendé toas las papeletas. Quearse con Dios, señores.

Y todavía insistió al final de la breve escalera:

—¡Don José!… ¡Si ustedes quisieran!…

—Güeñas tardes—dijo sencillamente Currito al salir.

—¡Y recuerdos!—saludó Gazuza.

—Muy reconocido a su favor en nombre de los recordados—le contestó ceremoniosamente Laguillo—. ¿Pero usted quién es?

—¿Yo? [Nadie! Na má que er banderillero de confiama de éste. Ponga usté que yo las pongo muy bien ar cambio.

—Se pondrá. ¡No faltaba más!

Copita llevó de prisa a los chavales a uno de esos bazares de ropas hechas tan frecuentados por los to-

rerillos, que compran en ellos desde el primer capote de muselina para las capeas hasta el primer traje decente, y adquirió para Currito una chaquetilla de dril, en sustitución de la que le había destrozado el chorreao. El traje que el mozo necesitaba para presentarse con arreglo a su nueva categoría se compraría después. Ahora les quedaban muchas cosas que hacer.

—Hay que comé—apuntó Gazuza, justificando su mote.

—Tenemos que dir casa Manué Cmmona—recordó Currito.

—Luego; cuando s'haigan dio los "je!eras"—contestó Copita—. Y eso que hoy, como s'ha dao tan ma- litamente la cosa, no habrá ayí nadie. Así son los amigos der torero. ¿Está en arto? Miyones. Cuando pintan bastos, nadie. ¡Y luego disen que si sernos u no sernos! ¿Qué quedrán?

Desviándose un poco de su camino, Copita, siempre a lo suyo, pasó al chavaüllo por los sitios donde se reúnen los aficionados de postín; pero a medida que la plaza y la corrida iban estando más lejos la atención de la gente separábase más y más del aburrido suceso taurino. Así, al cruzar por delante de la "Borrachería" de "calle Tetuán", apenas mereció Joaquín algún distraído saludo de los señoritos que, ocupando con sus sillas la estrecha acera, piropeaban a las mujeres y discutían de caballos, de liebres'y de gallos de pelea con otros dos o tres toreros veteranos y arrumbados, como Copita, de esos que se arriman al señorío un poco por tradición y otro mucho para ver si de él sacan lo que de los toros no. En la Campana aún recogió menos, pues no logró ni una mirada de los fachendosos toreros de menor cuantía que la pintaban a la puerta del café de París ni de los aficionados de la clase popular que les hacían la corte. En cuanto a los señorones sentados detrás de las lunas de la aristocrática "Fiambrera", y los toreros empingorotados que hacían

tertulia en la vecina cervecería Inglesa, ni se enteraron de su paso por el mundo.

—¡Saboríos!—murmuró malhumorado Copita—. ¡Lo que vais a tardar ustedes en hablarme con er sombrerito en la mano!… ¡Arsa pa casa, chaveas!

Y a buen paso se los llevó hacia la Alameda de Hércules, en cuyas cercanías, en la calle del Hombre de piedra, tenían Copita y Currito su morada: una mísera habitación en un corral de vecinos, según oficiosamente declaraba, en el dintel de la cancela que separaba el patio del empedrado zaguán, un borroso letrero: “Casa de Vecinos de San Antonio bendito”.

Las paredes del portal y las de la fachada, a$_e$ambos lados de la puerta, estaban llenas de rótulos, válvula de la indignación de la vecindad contra el casero. “Aquí tamos aso Siaos”, “Bibá la sosiedá de Besinos”, “Muera la casera y su perro”, “Queremos el sincuenta de baja”, “Qe se baila la Casera”, “Y el perro”.

El “corral”, como llaman allí a las casas de vecindad, era un gran patio rodeado de puertas de viviendas de gente pobre, como manifestaba lo que de ellas permitían ver las cortinas de vieja esterilla o de rameada y desvaída cretona que pretendían defender de miradas curiosas el interior.

Había en el centro un jardinillo, con su par de pomposos plátanos y todo, formado con macetas aportadas por la vecindad a este acervo común de alegría. En el fondo, una fuente cantarína dejaba caer el agua en un pilón azul y blanco, de brillantes azulejos. Colgadas en las paredes, junto a todas las puertas, había también macetas, es decir, cacharros desportillados de todas clases, formas y usos, poetizados y ennoblecidos por las floridas plantas que sustentaban. Alternando con las macetas, había en algunas partes jaulas de caña con pájaros gorjeado- res, a los cuales nunca, ni en los días más ‘*retor- síos” para sus dueños, les faltaba la pitanza; con lo que el corral tenía un aire jubiloso

y feliz, contrastante con el aperreo y la miseria de las vidas, todo deseos y necesidades, que en aquellos cuartuchos se guarecían, cual si sus moradores quisiesen olvidar, con la alegría de fuera, las tristezas de dentro apenas pusieran el pie en la puerta.

De vuelta del trabajo o ajetreadas con el trajín casero entraban y salían en las habitaciones hombres cansados y mujeres enflaquecidas, mal vestidas, pero limpias, y todas, jóvenes y viejas, con una flor en el moño. Algunos de aquellos sujetos, sin entrar en sus casas, sentábanse con aire cansado en el escalón de la puerta; otros sacaban al patio una silla desvencijada, desplomábanse en ella, sin hacer caso del gemido que se le escapaba, y se dejaban caer contra la pared. No sonaban cánticos ni risas. En algunas viviendas oíanse voces agrias de disputa: mujeres que se peleaban con sus desastrados maridos.

—¡Borracho, sinvergonsón! ¡Mar júas! ¡Si no te lo hubieras bebió en la mardesía lata (taberna), que ajolá y se quemasen toas!…

Copita entró faroleando en el patio con los dos chavales, sin que nadie, ¡ay!, diese importancia a su presencia.

—¡Agüela!—llamó Joaquín, levantando la cortina de estera de una de aquellas habitaciones y dejando ver un interior pobrísimo, pero limpio, sin otros muebles que una mesa de muy fregoteado pino, tres sillas desvencijadas, de anea, y una viejísima y despintada cómoda, sobre la cual, como en un altar, descansaba una gran estampa de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, encerrada en un pobre marco y alumbrada por una débil mariposa que ardía en una jicara desportillada, junto a un ramito de frescas y olorosas flores en un vaso quebrado da vidrio. Unos cuantos retratos, casi borrados por la acción inexorable del tiempo y las ofensas de las moscas, y una fotografía de la Virgen de la Esperanza de San Gil, la Macarena, completaban el exorno del cuarto.

De un zaquizamí que, con esta sala y la reducida y obscura cocinita, constituía la planta de aquel palacio salió, a la voz del banderillero, una viejecita muy arrugada, pobre y limpio el traje, y también con un clavelillo enhiesto en el moño blanco y ralo.

—¡Agüela!—repitió gocoso Copita, dándole palmadlas cariñosas en los brazos—. ¡Tóo s'ha dao muy bien! ¡De primerísima! ¡Un escandalaso como no e'ha visto otro en Seviya! ¡Vatnos a ser ricos! ¿No se lo desía yo a usté, madre? Como una reina en su ¡trono la vi a poner a usté.

—Bendito sea er Señó der Gran Poer, hiho, que bien se lo he rogao. ¿No t'ha pasao ná, Currito? M'alegro; de veritas que m'alegro. Y si traéis ustedes pa comé, más.

—¿Que si traemos? ¡Escucha! Un miyón pa que coma usté lo que se l'antoje. Tome usté—dáuioie aparatosamente un par de duros.

—Trae pa acá, hiho. Te estaba esperando como ve- sita der méico; que me da cá crujió er estómago que tengo mieo se me vaya dir, aburrió de no jaser ná.

—Ya eso s'acabó.

—Dios te oiga; pero estoy tan desconfiá der marde- sío toreo…

—No blasfemie usté, madre.

—Dale usté más dineros pa que se merque lo que quiera; un vestío de sea, unos sarsiyos de oro…—propuso Cnrrito.

—Despasito, niño—atajó el experimentado torero—, que la prosesión es larga y la velita corta. Tóo s'andará, que aún quea camino. Ahora, madre, arréglenos de seguía la comía. Tráigase usté cuatro reales de pescao frito, d'ahí, de la Uropa; una mijita de jamón serrano y una boteyita de la hoja. Po el aire, que tenemos priesa.

—Po el aire voy, hiho, que yo tengo más que priesa: dibiliá.

Para esperar la cena al fresco, y porque las emociones de la tarde les pedían más aire que el que se podía respirar

en la ahogada estrechez del zaquizamí, Copita y los chavales sacaron las tres cillas al patio y se sentaron.

Comenzaba a extenderse por el corral un picante olor a fritanga que estimulaba el apetito. Algunas mujeres asomábanse impacientes a sus puertas, con el aventador en la mano, en espera de alguien que no acababa de llegar, o salían hasta la de la calle y aun se acercaban a la esquina, desde donde procuraban descubrir si entre los parroquianos de la taberna de “allí junto” estaba su hombre.

Entró la noche, una noche sevillana, primaveral, clara, tibia, perfumada de rosas, azahares y acacias en flor. En la calleja sonó un silbido estridente, y un muchacho se paró ante el corral. De uno do los cuartos salió a toda prisa una mocita flaca y negrucha, toda su cara ojos negros brillando poderosamente en la obscuridad de la noche. Una voz cascada de mujer la llamó de dentro.

—¡Acaba come, niña!

—No tengo más gaitas, mare.

Y arrimada al quicio de la puerta se puso a Apelar la pava" con el mozo que había silbado, comiéndosele con los ojos y bebiendo sus palabras, el mejor alimento, néctar y ambrosía, para sus diez y seis abriles.

Indiferentes nuestros amigos a todo lo que no fuese lo suyo, como el corral con ellos, mientra'· esperaban la cena sentados al fresco, y luego en tanto que la despachaban, Copita refirió a los embobados chavales, por centésima vez, la conocida historia de aquel Manuel Carmona, cumbre del toreo e ídolo popular, cuyas poderosas manos podían abrir a Currito de par pn par las puertas del toreo.

—Un torero muy grande y un home muy cabá— resumió Copita, al levantarse de la mesa, por vía de conclusión' de la sabida historia—. Pero muy difisi de entender, que equivoca ar susun se arcuerda—agregó, bebiendo un último trago y

limpiándose los labios con el revés de la mano, que luego restregó prolijamente en el paño que servía de mantel.

—¡/rsa, chaveas! Hasta luego, madre.

—¿Pa onde vamos, señor Joaquín?—preguntó Cu- rrito.

—Casa Manué Carmona.

—Dale memorias a Teresa—encargó la “abuela”.

Trepidaba Sevilla con el brioso pisar y el alegre cascabeleo de las fogosas jacas, lujosamente enjaezadas a la andaluza, que conducían los coches, llenos de mujeres, flores, risas, pañolones, alegría y juventud a la felicidad de la feria. Apresuradamente, paso allí desusado, caminaban los infantes en demanda de los tranvías que habían de llevarlos al mismo sitio. Las mujeres que podían darse este gusto iban orgullosa- mente envueltas en sus mantones de Manila. Los padres se miraban en las mocitas, que llevaban el vistoso pañolón graciosamente ceñido a la sevillana, o se tocaban con la bonitísima mantilla española, los claveles de pedestal de las altas peinetas, impacientes en las manos los palillos dispuestos para el repiqueteo de las “siguirillas” y los oídos llenos del grato homenaje de los piropos.

A las puertas del teatro del Duque se apelotonaban los “catetos” en espera de la próxima sección, ahogando a los que tomaban café en las mesillas de fuera e impidiendo el transito, sin que los moviese el desesperado tocar de las campanas del tranvía. Cafés y colmados veíanse llenos de gente y de bullicio. Algunos patios muy iluminados regalaban la vista con la poesía de sus flores, y en todas partes hacía explosión en el ambiente, llenándolo todo, la alegría, alma de Sevilla.

En las esquinas, las vendedoras pregonaban perezosamente con voz cansada los periódicos de la noche, que algunos artesanos mal trajeados leían trabajosamente en corro a la luz de los escaparates.

—¡Libera! ¡Correo! ¡Noticiero! ¡Unión! ¡Revista toros! ¡Bronca a Manué Carmona!

En un indignado arranque de idolátrica admiración propuso Currito a Joaquín la compra de todos los periódicos para que cesase el irreverente vocear. El banderillero se echó a reir.

—Déjalos que griten, chavá, que no le quitan ná de su corona. Mañana vosean “evasión y oreja”, y en pá. Los teros dan y quitan, y er torero con ali- quindoy—poniendo el índice bajo el ojo—no hase caso de lo que chivan y disen… más que cuando le conviene. Ya te irás habiendo.

Y, a buen paso, caminaron en demanda del barrio tranquilo, pintoresco y señoril donde la pluma inmortal del maestro Palacio Valdés, que muchos años viva, puso la moiada de la feliz protagonista de una de las más hermosas novelas contemporáneas, que perdurará en La admiración dé los siglo3 mientras haya en el mundo libros, y ojos y gusto y corazón para leerlos.

En una de estas calles—la de Placentines—, que están pidiendo a voces una lápida conmemorativa con los nombres gloriosos de La Hermana San Sul- picio y su repajolero padre, vivía Carmona, en una casa sevillana, casi un palacio. Fachada rabiosamente enjalbegada, con alto zócalo pintado de “calamo- cha”, rejas en el piso bajo, y el clásico “cierro” o mirador de cristales sobre la ancha puerta claveteada con grandes y antiguos clavos ennegrecidos por el tiempo. El amplio zaguán con pavimento en tablero de damas de cuadrados de guijarrillos y losetas de Tarifa; zócalo de azulejos de reflejos metálicos con motivos heráldicos en el centro; labrada cancela al fondo; junto a ella, en el rincón y en lo alto, una ventanuca con reja de artística forja, y al lado, bajo un airoso tejadillo, una imagen de la Virgen del Rocío, en azulejos de Triana, alumbrada por un débil farolillo de aceite.

La altivez de Carmona, juntamente con su inclinación al señorío y su nativo buen gusto le llevaron a afincarse en este barrio aristocrático, huyendo desdeñosamente de las

populacheras barriadas toreriles. El era torero porque sí, porque lo valía, y no necesitaba de hermandades callejeras para imponerse en la plaza.

—Yo, con er toro—era su orgullosa divisa.

Cuando Currito se vió en este imponente portal, ante el que tantas veces se había detenido tímido, humilde y vagamente nostálgico, sintióse extrañamente conmovido, y su corazón, tan animoso y tranquilo aquella tarde en la pieza, latió con apresuramiento al sonar en la quietud de la casa el grave y lejano llamador.

Una criada vieja, con su flor en el moño, les franqueó la cancela y, mientras subía a anunciarlos, les dejó solos en el patio de insultante blancura, sin más muebles, aun no llegado el estío, que un «"·»*» macetón de cerámica trianera, con una gran palmera, en el centro.

Desde una ventana de la galería que circundaba el primer piso les llamó la fámula.

—Que subáis ustedes. Sé favo serrá la cansóla.

—Tú, espéranos fuera—ordenó Copita a Gazuza, comenzando a subir la escalera.

Pero Gazuza hizo una burlona y descarada mueca de píllete, y subió tras el banderillero, alisándose los tufos, sin quitarse la gorra, cuidadoso de la buena presentación de su persona.

—Descubrirse, home, que van a pensar que no tenéis ustedes edocasión—les apremió Copita, por lo bajo, cuando los vió junto a sí en el primer corredor de la galería.

Y, para enseñarles a conducirse en sociedad, cuando estuvo en el corredor del fondo, donde Carmona hacía tertulia con algunos amigos, saludó muy finamente, alzando hasta la cara el sombrero que llevaba en la mano.

—Güeñas noches y la compaña.

Capítulo II

UNA PALABRA, UNA MIRADA...

ERA MUY pintoresco el aspecto de esta galería, en la que se miraba orgulloso Carmona, paseando por sus corredores la íntima satisfacción de su bienestar .las contadas veces que la pegajosería de los amigos del torero le concedía la rara ventura de unos minutos de soledad.

En la más fraternal e irreverente de las confusiones mezclábanse allí, como las clases sociales en la visita al héroe taurino, las manifestaciones artísticas y las más deplorables muestras del mal gusto. Un magnífico arcén tallado, obscurecido por la pátina de su venerable antigüedad, hacía juego.a uno de esos crispadores negritos brasileños que, repantigado en su silla, leía un periódico a un risueño cabo de Orden público cabalgante en su asiento; “esculturas” que Carmona tenía casi en el mismo aprecio, y no en más por tratarse de su persona, que la estatua en bronce, orgullo de su despacho, en la que el cincel de Julio Antonio le había esculpido en el característico remate de aquel bello lance “suyo” corona de un quite entusiasmador. Alternaban en las paredes planas en colores de periódicos taurinos reproduciendo momentos afortunados del gran

torero, encerradas en ricos marcos, escenas tórenles de Roberto Domingo, grandes cromos de bazar, paneles de dibujos de Ricardo Marín, pinturas borrosas de asuntos religiosos sobre los dinteles de las puertas defendiendo las habitaciones del enemigo malo, carteles de Bertodano, Domingo y Ruano Llcpis, y cabezas de toros, con doradas placas debajo explicativas de la cédula de vecindad del cornúpeta y de las felices circunstancias de su muerte—Felices pa)a Car- mona, que para el toro…—Pendiente del techo, un farolón de artística forja, tal vez obra de aquel Conde que hizo la famosa cruz de Cerrajería, alumbr ,a el arranque de la escalera, como debió de alumbrar, siglos atrás, los pasos de alguna cofradía o las parsimoniosas andanzas nocturnas de tal grave señorón o vigilante corregidor por las tortuosas calles de la ciudad. Venerables sillones frailunos al lado de frágiles sillas modernistas; plantas de salón en los rincones, y en el corredor del fondo, cubierto por un magnífico mantón de Manila, el piano de las alegres noches veraniegas del patio sevillano.

Nada de ello vió Cumio, emocionado y sobrecogido de respeto como si a deshora entrase en un templo. Allí estaba el torero, el héroe, el ídolo, el dios, en confianzudo y nada solemne traje de casa, en zapatillas y. camiseta mal cubierta por una fina guayabera de hilo, imponente, arrellanado en un sillón de junco, como los señorones detrás de las lunas en los casinos de calle Sierpes, cruzada la una pierna sobre el otro muslo, acariciándose la canilla—rascándosela—por cima del calcetín, y a veces por debajo, y envuelto, cual corresponde a un dios, aunque sea del Olimpo taurino, en nubes de humo que arrancaba al veguero que tenía en la boca.

Si los dos chavales no cayeron de rodillas allí mismo y se pusieron a rezar a Carmona fué porque tuvieron que sentarse en el corredor inmediato, adonde los confinó el seco mandato del torero, quien, según' su costumbre,

apenas contestó con un áspero gruñido al saludo de visitantes de tan poca consideración, y sin hacer, por el pronto, más caso de ellos siguió la charla en que estaba muy metido con sus contertulios.

A la memoria de Currito acudió la historia, tantas veces oída y comentada con infantil asombro, de aquel hombro extraordinario:

Manoliyo o “er niño der conoseó”, como le llame ban en sus primeros tiempos de torero, era hijo único, y huérfano de madre, del mayoral, o conocedor, de la famosa vacada del marqués de Zahira.

Soñaba el padre con que el hijo le sucediese en el cargo, como él había sucedido al abuelo, porque en aquel destierro no podía pensar en enseñar al chico otro oficio ni Manoliyo podía aspirar a mejor acomodo, y desde sus primeros años le hizo pastor de reses bravas.

Los padres proponen y el sino de las criaturas dispone. Carmona había nacido para lo que era, afirmaba Copita con fatalismo inconsciente y arraigado.

—Er toreo es una cosa que le ha nasío con él.

Todo efectivamente parecía dispuesto en favor de su destino taurómaco por las hadas benéficas que presidieron su natalicio. A no estar tan remotos los campos helénicos en que Pan y las ninfas se afanaban en el cuidado de Dafnis, el pastor de C.ce, y Copita más lejano aún de la Mitología, dijera el sagaz banderillero que las viejas deidades habían elegido, en un nuevo avatara, la bravia cortijada del marqués de Zahira para dirigir y allanar los pasos de este otro Dafnis rabiosamente moreno tirando a negro * zaino, camisa desabotonada, sucia y rota, calzón roto y sucio, y zahones destrozados y brillantes por el uso de tres generaciones.

La visión deslumbradora de los toreros, que asistían frecuentemente a las tientas y faenas de campo en el cortijo, fué poderoso acicate de la innata afición de

Manoliyo. Y como vivía en la universidad, como quien dice, tenía a su disposición los libros de texto para aprender en ellos largamente y era muy aplicado, desde niño dedicóse a estudiar con ahinco,

Λ espaldas de su padre y de los otros criados, en los becerros encomendados a su custodia, primero, y luego, siempre que se presentaba ocasión, en los toros hechos, sin que le arredrasen el tamaño ni los cuernos.. Los “pitones" y el “tipo” de que, más tarde, en el apogeo de su gloria, habían de acusarle de huir sus enemigos y detractores.

Por entonces notaron con extrañeza aficionados y toreros que las condiciones de los toros de Zahira cambiaban y, de fáciles y “pastueños”, tornábanse reservones, avisados y de mala intención.

—Paresen chaqueteaos—decían los toreros, rechazándolos siempre que podían en los contralos.

El marqués so atufó, y si no llegó a despedir a Pedro, e) conocedor, íué en consideración a sus muchos y leales años de servicio en la casa. Pero le riñó ásperamente y no le dejó marchar sin asustarle con terribles amenazas.

—Que te lo digo yo, Pedro. Que allí van aficionados.

—¿Pero qué toreriyos quiere vusensia que vayan ayf, señó marqué de mi arma, si estamos a dos mí leguas de Seviya y a tres:enta de poblao?

—¡Pues van, Pedro, van! ¡Y un día hay allí una hecatombe, Pedro! ¡Te digo que hay una hecatombe!

—Pos yo le digo a vusensia que por ayí no s ha .visto nunca ningún “catóme” de esos que vusensia dise. ¡Por éstas I—y se mordió rabioso la cruz de sus dedos, que esgrimió en un último y convincente argumento.

Lo que no le impidió prevenir airado a todos los vaqueros, en cuanto llegó al cortijo:

—Aquí viene un rnío “catóme” a atorrarme los toros, y si no me lo cogéis de seguía se vais ustedes a tené que buscá otro acomóo.

A pesar de lo cual, el “catóme” continuó sin parecer. Pero un día asoció Mavoliyo a sus empresas, como modesto peón de brega, a otro mozuelo, también criado del cortijo, quien so entusiasmó tanto con sus éxitos en las corridas toreadas a!a luz de la luna, mientras dormían todos, que, dominado por la picara afición, comenzó a llamar de día la atención de los toros, imitando grotescamente las pintureras posturas de Manoliyo, sin preocuparse de que podían verle, como sucedió, los otros criados, que fueron corriendo con el cuento al señor Pedro.

—¡Grasia a Dió! ¡Ya sabemos quién es er roío "catóme” que m’atorea los toros!—exclamó el mayoral acariciando vengativo un pavoroso garrote.

Y a la noche, cuando más entusiasmados estaban Manoliyo y su cuadrilla toreando unos becerros—“Córremele pa ayá", “Dale uno y sarte”..., “¡Ole mis riñones!”—, ¡zas!, en vez de las palmas de la afición entendida, la violencia de una furiosa lluvia de palos, que el conocedor los administró sin cansancio ni compasión, barbotando de ira al encontrarse con que los “catomes" eran dos y uno de ellos nada menos que su propio hijo.

—¡Toma, “catóme", granuha, ¡adronaso, mardesío, que no respetas ni er ganao de la casa! ¡Y er más “catóme” es este ladrón sinvergüensa, que m’ha en- visiao ar descastao e mi niño!... ¡Toma, roío “catóme”, más que “catóme”, que asín premita Dió que la paja e tu cama te se giierva pitones de punta!

Un toro celoso no acomete con más furia. Sabe Dios lo que allí hubiese ocurrido a no tener Manoliyo y su compinche tan buenas piernas, y aprovechar prestamente el primer resquicio que se les ofreció para zafarse de las iracundas e incansables manos del conocedor, huyendo velozmente, sin volver la vista atrás, hasta que estuvieron muy lejos del cortijo.

—¡Mardita sea!...—exclamó compungido, en cuanto pudieron tomar aliento, el peón de Manoliyo, má3 dolido que de los golpes del remoquete con que el mayoral acompañó cada garrotazo—. Ná má quisiera sabe por qué m'ha dicho a mí eso de "catóme". ¡Pos yo no soy "catóme", ea!

Y por lo mismo, en fuerza de afirmar muy preocupado que él no era eso, y de preguntar a todo el mundo lo que quería decir "catóme", en Catóme se quedó de por vida, y por Catóme le conoció la gente- desde que por primera vez le señalaron cuál era su nombre en un cartel.

Los dos chavales huyeron muy lejos, tan lejos, que allí estaba Carmona cargado de millones y consideración, admirado por todos, hasta por los que lo disimulaban, y amo y señor indiscutible del toreo, frondoso árbol en el que no se movía una hoja sin su permiso.

Era Carmona varonilmente bello. La estatura procer, fuerte el aspecto sin mengua de las proporciones, moreno el color, nariz aquilina, expresión enérgica, andar desenvuelto y airoso, y tenía elegancia natural, esa cualidad, tan reñida con la bastedad de su origen y la rudeza de sus principios, que es el sello de los grandes toreros.

Orgulloso de su valer, sobre todas las cosas, tenía el más alto concepto de sí mismo y el mayor desdén para sus compañeros, de quienes hablaba siempre con juicios despectivos y palabras molestas, envueltas en alguna grosería. Bueno y recto en el fondo, obscurecía estas cualidades su desatada soberbia.

Hombre metódico, formal y calculista, estaba muy lejos del tipo clásico y ya casi borrado del torero imprevisor, y, tanto como sus facultades con una vida higiénica y arreglada, cuidaba con una celosa administración los caudales ganados con tan expuesto trabajo.

Los maldicientes y despechados pretendían retratarle en este aspecto con su muletilla contestando al anuncio de una visita:

—¿Qué trae?

Al revés que su mujer, quien preguntaba en tales casos “¿Qué quiere?”, cual correspondía a la administradora de la caridad en la casa, que Teresa hacia pronta, callada y generosamente, sin que su marido le pusiese limites, aunque de vez en cuando, y por hacer ostentación de su autoridad, fingiese descontento con algunos gruñidos, de los cuales, sabiendo a qué atenerse, Teresa no hacía caso.

La boda de Carmona había sido otra de sus “cosas”. Cuando hubiera podido casarse con cualquier señorita, dando una] rueba de buen sentido y del excelente corazón que escondía bajo su aspereza, prefirió a una mujer de su clase, a Teresa, su primera novia.

Teresa era hija de otro vaquero de Zahira, buena como el pan y bonita y sencilla como una flor campestre. Manoliyo había jugado con ella de niño a los novios y le pidió formalmente la conversación poco antes de huir del cortijo. Teresa, enamorada y melancólica, no tuvo en su soledad más noticias de su moreno que las que los criados que iban a llevar las corridas de Zahira traían de sus ruidosos triunfos de novillero, con las que se arrugaba más el fruncido ceño del conocedor y se alegraba y entristecía a un tiempo la olvidada novia del tomillo.

El cual una buena, ".na magnífica mañana se presentó inesperadamente en el cortijo, en un runfiante automóvil, acompañado del Catóme, vestidos ambos lujosamente de corto, y con una de pedrería en las bordadas pecheras, unas ostentosas cadenas de oro tan gordas, con pesados colgantes del mismo metal, y unos relojes también de oro y también abultados, que ellos cuidaron de sacar al apearse, que era imposible mirarlos fijamente sin riesgo de cegar.

—¡Pare!—gritó alegremente Manoliyo apenas se detuvo el carruaje—. jSacusté ese garrote gordo pa dá otro palisón a este mar torero!

El mayoral acudió presuroso a abrazar a su hijo, llorando a moco tendido y cayéndosele la baba al verle tan juncal.

—¡Hiho! Creí que t'habías orvidao e tu viejo.

—jEn jamás! Pero me lemí que toavía le durase a usté er sofoco… Y tampoco quería vení hasta que nadie pudiera desirme que yo era· un fantesioso. Ahora soy un hombre y vengo a quitarle a usté de pasa íaitigas. Disen que ví a sé er mejó torero der mun-· do; y si no lo dijeran, lo diría yo. i Voy pa miyonario!

¡Se vasté a dá la primera vía, pare!

Y en cuanto se soltó de los brazos del conocedor, mientras el banderillero abrazaba a su vez al viejo, en un cordial pechugón de olvido, preguntándole apremiante: "Giieno; ¿me quiere usté desí ya qué saborisión es esa de "catóme", Manotiyo metióse por el corral donde estaban las yiviendas, llamando a gritos:

—¡Teresa! ¡Teresiya!

Y cuando la muchacha salió, encendida y emocionada, a su puerta, la cogió nerviosamente ambas manos y le cantó al oído esta música, más bonita que todas las que luego, en sus años de felicidad conyuga!, le regaló el aparatoso gramófono de su casa:

—¡Qué bonita estás! Chiquiya, hase dos días que he tomao en Madrf la alternativa: ¿te quieres casá de seguía conmigo? Ya m'lia dicho er señó marqués que será padrino.

Y antes de que pudiera contestar la feliz muchacha, Carmona, resolviéndolo todo prontamente a medida de su deseo, le gritó al mayoral, entre risotadas de alegría:

—¡Pare! Dígale usté ar Chopera que me quiero casá con su hija. Que me la dé u me la tomo yo.

Casado, fué Carmona un admirable ejemplo de amor a la familia y de fidelidad conyugal, mucho por lo que quería a la

buena esposa que le cupo en suerte, y mucho también porque, como él decía, jugando el vocablo:

—Er torero pa ser giieno tié que ser giieno.

La costumbre de ver frecuentemente en el cortijo señores que iban a presenciar las pintorescas faenas de campo, la predilección que, por su buen tipo, su aire avispado y resuelto y su buena disposición para el toreo, le mostraban todos, y ese ansia de elevarse que domina a les hombres inteligentes, inspiró a Manoliyo aquella devota inclinación al señorío, tan afeada por sus enemigos, su afición al trato con la aristocracia y a las tertulias de los señores con preferencia a las chabacanas reuniones taurinas, su inscripción en la cofradía señoril de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, y su alejamiento de los barrios populares, aunque sin renegar, ni menos avergonzarse, de su clase. Antes al contrario, conservador por instinto, fiel a las tradiciones de la tierra y orgulloso de su oficio, vestía siempre de corto, manifestando vivo desprecio a los toreros "cúrsiles" que, creyendo que el señorío es cosa de la ropa, usaban corbata y gabán con trabilla., llevaban diez mil reales de tela "armidoná" en la tirilla y los puños, iban a la ópera y al casino de San Sebastián, "vestios con esa casadora tipática que le disen silipín", y con todo esto, que había cambiado el pintoresco y característico tipo del torero en el de un criado de casa rica, decían "dir", "molocotones por malacatones" y "ar miedo lo llaman norastenia".

—Y ensima no s'arriman ni se ponen un vestío co- lorao por ná der mundo, pa que no se les arrime er toro. Totá: que ya no queamos en Seviya más que tres andaluses chipén: don Eduardo Miura, Juan Antonio Jacobo y acá. Cuando nosotros nos vayamos s'acabó er vestir de corto… ¡Mar tiro le peguen a los cursilones!

El demonio que entendiese a aquel hombre. Era desconcertante. Nunca se le podía saber el pensamiento.

Tan señor en la aspiración, tan pagado de sí mismo, tan orgulloso, tan soberbio, sorprendía con las “salidas” de su buen sentido. Así ocurrió con la boda de la mayor de sus dos niñas. Cuando, por sus tendencias señoriles, su caudal y la educación aseño- ritada que daba a sus hijas, podía creerse que las destinaba a algún señorito de encopetada familia, admiró a todos casando a la mayor con un buen muchacho sin otro patrimonio que su laboriosidad y su honradez.

Había sido una cosa de gracia, según Copita.

Una noche de invierno, en que Carraona abandonó más temprano que de ordinario su peña del Círculo de Labradores, vió un hombre pegado a una de las rejas de su casa, charlando tan animadamente con la persona que tras aquélla estaba, que ni el de fuera ni la de dentro se percataron de su presencia.

A la mañana siguiente llamó Carmona a su hija mayor.

—Anoche—le dijo—había un hombre a la reja de esta casa. Como aquí no hay más mosita en edá de hablá por la reja que tú, tenía que estar por ti. Supongo qu^ será un hombre desente, como te corresponde, y que vendrá por derecho. ¿Quién e.s?

—¡Papá!…

—A mí me se dise la verdá de,too. ¿Quién es?

—Un muchacho muy bueno, muy desente, muy trabajador y muy honrado, que me quiere mucho…

—Bueno; ¿quién es?

—No le conoces.

—¿Quién es?

—Se llama Femando Herce, y es tenedor de libros de la casa de banca de Ruiz hermanos.

—Güeno.

Y la despidió sin hablar más. A prima noche tornó a llamarla.

—Oye: m’han dao güenos informes de ése; pero te arvierto que no tiene ná.

—Pero yo le quiero, papá. Y él a mí.

—Es que te arvierto que si se casáis ustedes yo no les voy á dar a ustedes ná.

—Ni hemos pensado tal cosa. El no me quiere por el interés; lo sé, estoy segura; y yo le quiero… porque le quiero, y si tú nos das tu permiso, en cuanto él pueda nos casamos.

—¿Lo has pensao bien?

—Sí, papá. Le quiero.

—Pues dile que si él te quiere a ti de verdá qué venga a hablá conmigo, mañana, y si no no hay más reja.

—El no se atrevía, porque como no tiene toda la posición que quiere… Pero es muy bueno. Y muy guapo. Ya verás.

—Eso allá tú. Dile que venga.

Cuando al día siguiente el muchacho se presentó muy digno a Carmona, mientras ella encerrada en | su cuarto rezaba, llena de miedos y esperanzas, haciendo promesas a la Virgen y al santo casamentero, Manoliyo espetó al rapaz por vía de saludo:

—¿Usté pa qué le habla a mi hija?

—Porque la quiero con toda mi alma y sueño en casarme con ella, en cuanto le pueda ofrecer una posición mejor que la que hoy tengo.

Y larga y cálidamente expuso su situación y sus esperanzas, enumerando sus ocupaciones y las que esperaba para muy pronto.

—¿Cuánto gana usté con too eso?

—Trescientas setenta y cinco pesetas mensuales, y dentro de dos meses…

—Güeno; ese mismo suerdo tendrá mi hija si se casáis ustedes. Yo no quiero prínsipes regios pa mis hijas, que no pertenesen a la listocrasía y no tinen nesesiá de que ningún

señorito les eche en cara si son u no son. Yo quiero pa ellas un hombre hon- rao, como su padre, güeno y trabajaor, que sepa ganarse la vía. Si se casáis ustedes, lo mismo que usté gane ganará ella. ¿Que le suben a usté er suerdo? Pues yo hago lo mismo con er de mi hija. Tampoco le consiento a usté que me diga que no quiere ná— reprimiendo un expresivo gesto del muchacho—. Mis hijas no van a mangá casa de sus maríos. Pero no espere usté más de mí, y ya vusté que estoy joven y fuerte y que no me pienso morí en muchos años, ni dejá que me mate un toro, porque a mí, como no me tire un cuerno.., Y ni aun así, que lo sé coge en er aire.

—¡Hombre!…

—Se lo digo a usté por si acaso; las cosas, claras. Ya sabe usté: lo que usté gane gana mi hija. Si no le conviene a usté, déjala usté en pá.

Poco tiempo después de efectuado el casamiento, como al yerno le saliese una ventajosa colocación en la Argentina, Carmona, con sorpresa de todos, dejó marchar al matrimonio.

—Me duele separarme de mi hija; pero que vayan a deprendí* k> que cuesta de ganá er dinero. Cuando lo sepan, ya tienen hecha la mita de la carrera de ricos… Ya tú sabes, Fernando; lo mismo que tú ganes gana mi hija. Irse con Dió.

Y ni las lágrimas de su mujer pudieron vencer su inflexibilidad.

—Un torero mu grande y un nomo, mu cabá—se repitió por final Currito, recordando lleno de admiración las palabras de 'Copita.

Y en los oídos del chavalillo sonó con aparato olímpico la voz de Carmona discutiendo en el corredor inmediato con los amigos que le hacían la tertulia.

Como noche de día aciago, eran éstos muy pocos, "los cabales”, según cuidaba de hacer constar frecuentemente

para que no se olvidase, uno de ellos, hombre cincuentón, gordo y charlatán, que consolaba a Carmona del desastre de la tarde, recordándole otras triunfales con todo género de detalles, sin olvidar ninguno: fecha, lugar, color del traje y de los cabos, capote, pelo del toro, hora, minutos y segundos del suceso, tercio donde ocurrió, particularidades de la plaza e historia de los vecinos de localidad.

Con este pintoresco sujeto, corredor de fincas y de mantecadas de Astorga, estaban un empresario provinciano, muy recargado de chillonas alhajas; un individuo, oficial de relatoría en la Audiencia, de cara adusta, barba de echo días y poca? y sentenciosas palabras; el marqués de Zahira; un pollito tímido, que nu«acertaba a hablar nada y sólo se atrevía á reírlo todo, feliz de encontrarse allí, en la que él imaginaba intimidad del gran torero; un señor, a quien quiso recordar Currito, de grave, simpático y distinguido aspecto, pelo gris, cara completamente rasurada, traje negro, y chalina de igual color y amplia lazada a lo Moret, y el Catóme, que continuaba en la cuadrilla de Manoliyo de peón de confianza y “amigo chipén” de Carmona, muy a gusto de éste y del público, que le estimaba mucho por su valor para “llagarles” a todos los toros, y la decisión y prontitud con que dejaba enhiestos los palos en lo aito del morrillo, ayudándose de un característico grito—

¡Aaauuh!—, que coreaba la plaza entera, ayudándole también con otro “¡Aaauuh!”, inicial de segura y cariñosa ovación.

Dolíale Carmona de la volubilidad e injusticia de la tornadiza afición,, empeñada irreductiblemente en no tomar en cuenta las condiciones del toro para juzgar al "artista”, y en aplaudir sólo lo que hay de más efectismo y mayor facilidad en el toreo, y le hacían coro sus cortesanos.

El público no sabía “ná”, ni entendía jeta de toros, afirmaba convencido el corredor de fincas y mantecadas;

únicamente estimaba el toreo fácil de “pin- güí” y “remanguillé”, hecho con los toros pastueños, que lo mismo torearía cualquiera que se tirase del tendido. Don Enrique, como toda la afición partidista, calificaba con esas voces cameláncicas y gitanas el toreo de los demás toreros que no eran el suyo, así toreasen mejor que la incansable legión taurina de la corte celestial, traída de continuo a cuento por los irreverentes aficionados.

—Sacarle sustansia, ¿oyes tú?, a la faena inteligente hecha con un toro difísil, sernos mu poquitos los afisionaos con paladá pa saborearla—decía el corredor, dándose tono con la inmodestia característica de los taurómacos—. Como que pa vendé las papeletas de los toros, ¿oyes tú?, debían desaminá antes de afisionao al comprador, y al que no fuera bueno, pa atrás. “Usté no sirve pa ver esto.”

—Entonse nunca te iban dejá a ti ver ninguna corría, "¿oyes tú?”—le interrumpió el Catóme, que se complacía en hacerle rabiar.

>-¡Ji, jil ¡Ji. ji I—rió el pollito, contenido en el acto por una mirada piilverizadora del corredor.

—¡Qué grasioso!—replicó don Enrique—. A mí no me desanimaría nadie, porque yo sería uno de los que desanimasen. ¡Y que no iba a echar pa atrás, antes de haser el paseíllo, banderilleros presumios!…

—¡Y que te iban a agradesé poco er favo los banderilleros!…—le contestó el Catóme sin alterarse.

Carmona no estaba conforme con esa supuesta falta de inteligencia del público. El público, afirmaba recordando los aplausos de otros días, sabía mucho más, aunque a veces no lo demostrase, de lo que presumen los aficionados que se creen únicos. La herida viva y sangrante del torero la causaba la falta de consideración de los que así olvidaban una gloriosa historia de méritos y triunfos.

—Porque uno no es un borracho que s’ha tirao de una talanquera der só, a quien una ves le han salió bien las

cosas de causaliá, sino un torero giieno, que ha Jecho muchas cosas güeñas.

—Verdad—corroboró el de Zahira—; pero el público en la plaza es muy olvidadizo y no se acuerda, no digo yo de historias, sino de lo que se ha hecho en el otro toro.

—Pues eso habían de tenerlo en cuenta los públicos, marqués—contestó Carmona a su antiguo amo—. Yo no digo que me tengan que tocá siempre las parmas. Los toreros unas veses queamos bien y otras mal, según manda er toro; pero, ¡me caso en mi vía!, cuando uno está más veses, ¡muchas más ve3es!, bien que mal, y se sabe que siempre sale con gana de complasé y dispuesto a trabajó, no hay motivo pa que le abronquen a uno de ese móo porque una ves sarga un rolo toro que puea más que uno. ¿Es que quieren verme la sangre? Pos eso no va a ser, porque eso no es de güen torero.

—Yo creo, Manuel—terció, parsimonioso y solemne, el de la relatoría—, que te apesadumbras sin fundamento. Es verdad que has tenido un instante adverso; pero de él, pese a todas las alharacas de tus enemigos, has salido completamente impoluto.

„—¿Eh? ¿Cómo has dicho, tú?—preguntó el Catóme, frunciendo el ceño y abriendo mucho la boca, como para aspirar la palabra, que no entendía.

—Impoluto, incólume.

—¡Gachó! ¡Sabéis ca palabra en la Audiensia!…

—¿Y usté, no me dise ná, don Ismaé?—saltó Car- mona, dirigiéndose al grave señor que se columpiaba silencioso en una mecedora.

De todas las opiniones de sus amigos ninguna pesaba tanto en el ánimo del torero como la de don Ismael, no sólo por su lealtad y sinceridad, sino también por el conjunto de circunstancias que en el callado señor concurrían para do él hacer e) mejor amigo y consejero de Carmona, fuera del orden taurino donde no admitía el torero consejos de nadie.

Era el grave señor nada menos que el muy ilustre y significado canónigo dignidad de la Santa Apostólica Metropolitana y Patriarcal Iglesia Catedral de Sevilla don Ismael Sánchez Marquina, o don “Ismael Almanzor”, como, por su pronta y atropclladora resolución para decidir y ejecutar, le pusieron sus compañeros de cabildo, y le llamó luego todo el mundo, así que trascendió a la calle el bien puesto mote, con que don Ismael, complacido por lo que tenía de elogioso y eufónico, se dejaba llamar por sus íntimos.

—Es—le explicaba tosca y certeramente Carmona—como cuando a Lagartijo le desían Arderramán; que era otro tío tremendo.

Hombre de grande y bien cultivado entendimiento, querido de muchos y estimado por todos, hasta por sus adversarios de cab.ldo, su consejo pesaba, lo mismo que en casa de Carmona, en muchas familias aristocráticas y en no pocos hogares pobres, y más que en parte alguna, en el palacio arzobispal, donde sentían por el teólogo, el humanista y el hombre de acción singular y dilecta amistad.

Orador sagrado de grandes vuelos, su palabra persuasiva y elegante, como de quien se educó en el gustoso cultivo de los clásicos griegos y latinos, manifestábase con emocionante elocuencia cantando su fervorosa devoción a la Santísima Virgen en maravillosas oraciones de tanta unción, tan cálido y hondo sentimiento, fácilmente comunicado al auditorio, que Bossuet, fray Luis de Granada y Lacordaire hubieran firmado orgullosos cualquiera de los sermones mariánicos que “Almanzor”, con práctica y bien entendida coquetería de artista, prodigaba poco.

Pues este hombre estudioso, este humanista con sus puntas y ribetes de poeta clásico y elegante, este teólogo profundo y sutil, este sacerdote de intachable conducta, tan popular entre los pobres como considerado entre los ricos;

esto místico… era uno de los más exaltados entusiastas de la fiesta de toros, inclinación que él disculpaba con el conocido elogio del circo, de San Pablo, y dentro de la “afisión”, en la que tenía mucha y bien cimentada importancia de "buen aficionado”, era uno de los más fervorosos, si no el mayor partidario, de Carmona; admiración demostrada en aquella magnífica “Oda a Manoliyo”, escrita, al modo pindárico, en impecables exámetros en griego clásico, que corría manuscrita de mano en mano en la admiración de los eruditos, aunque no tanto como la revista en latín de una corrida de la que fué héroe Carmona:

Circus taurorum Hispalensis.

Magnus taurorum cursus… Pugnabuntur a solertissimis Manuel Carmona (a) Manoliyo…

Taurorum ai curaum den»® concurrite turbes!

Canelos exagitet vox heec diffusa per auras…

piezas que Carmona guardaba orgulloso, con tanta mayor estimación cuanto más griego y latín era aquello para él, en un cuaderno lujosamente empastado.

¡Cuántas veces Teresa, en tardes de las de mayor temor y angustia, encomendándose mejor al cielo con su ignorancia, leyó devota y trabajosamente en su oratorio aquellos latines, mientras su marido peligraba en la plaza, creyendo la revista una eficaz oración escrita para este caso por las paternales manos de aquel santo don Ismael, confesor y director espiritual y temporal de la familia… hasta donde eran posibles direcciones extrañas en casa de Carmona!

Se comprenderá, por tanto, el interés con que le interrogó el torero, y la satisfacción de Manoliyo al oir esta respuesta, tan halagüeña para su orgullo:

—Las grandes broncas son para los grandes toreros, Manuel. Cierto que has estado mal y que te han tratado por ello con la mayor dureza y crueldad; mas peor fuera que te

hubiesen tratado como a ese pobre Lunares, a quien apenas si le dieron cuatro silbidos, después de haber estado cien veces peor que tú estuviste.

—¡Y con dos avisos, ¿oyes tú?

—¡Eso, no!—contestó arrogante Carmona, irguiéndose magnífico de soberbia—. ¡No! ¡Tóo antes que ese dispresio! ¡Sirbíos, insurtos, bronca, jasta la- drillaso! ¡Fero dispresio, no! Tiene usté rasón; si un día me jisieran a mí eso… ¡me cortaba er pelo aquella misma tarde!

—¿Lo ves?

—Tiene razón don Ismael—dijo el marqués de Zahira, levantándose para marcharse—. No hay que preocuparse, Manuel. Los toros dan y quitan; pero a ti te dan muchísimo más que se te llevan.

—¡Ole, olej—aprobó el corredor.

—Adiós, Manuel—se despidió el marqués, alargando igualitariamente la mano a su antiguo criado.

—Con Dió, marqués—contestó Manoliyo, estrechando la mano a su antiguo amo, sin moverse de su asiento.

—Don Ismael, adiós. Adiós, señores.

Carmona volvió a su tema; mas don Enrique le impuso silencio, atento a la voz conocida que sonaba en el corredor saludando al de Zahira.

—Callarse ahora con eso y poner la carita alegre. Reirse conmigo—y detonó eu carcajadas—. ¡Ja, ja! ¡Qué grasioso es este Carmona! ¡Ja, ja, ja!

Y aunque nadie le imitó, él continuó riendo como si le hiciesen cosquillas, hasta que se presentó en la galería un señorito, cuya3 circunstancias salientes eran: su breve estatura, su rechonchez, su atildamiento en el vestir, el incómodo bastón de extravagante puño que llevaba, loo ojos saltones y el hablar con una voz bronca y fuerte, que él esforzaba para que pareciese más gruesa. Por lo demás, buena persena, rico y sin otras ocupaciones ni

preocupaciones que los toros y el deporte—tenía un sinfín de campeonatos, hasta el de galgos—. Ua hombre feliz.

AI verle, los contertulios de Carmona torcieron el gesto, y Manoliyo hizo un mohín de desagrado, que no se cuidó de ocultar. Todos adoptaron una actitud de desdeñosa indiferencia, que hubiera parecido grosería si los absurdos de las reuniones taurinas fueran a medirse por los mismos razonables y respetuosos términos que regulan las relaciones de los hombres en el resto de la sociedad.

El recién llegado saludó desenvuelto a todos, sin mostrarse lastimado por la actitud de la asamblea. ¡Si precisamente él iba allí a eso: a verles poner mala cara y rabiar!... El era anticarmonista y partidario de Jarosa, un torero pelele, según el dicho despectivo con que Carmona contestaba a los que se lo ponían enfrente, e iba a casa del torero en desgracia para gozar con la derrota de éste y el disgusto de sus amigos. ¡No se divertiría poco, luego, refiriendo, entre grandes risotadas, en las tertulias jarosistas, donde ya le estaban esperando, lo que había dicho, visto y oído en casa de Manoliyo.

—Buenas noches, señores. ¡Hola, Manuel! Pasaba por ahí, camino de mi casa, y no he querido hacerlo de largo. En estos días es cuando se ven y se cuentan los amigos chipén de los toreros.

—Pues mire usted, don Periquito—saltó, sin poderse contener, el corredor de mantecadas—, de si * tiene u no tiene éste amigos no hay ni que hablar; pero que le coste a usté que aquí habernos venío esta noclie los cabales. ¿Oyes tú? Los cabales.

—Y no hacen falta más—terció reposadamente “Almanzor”—, porque éste no es un torero de amigos, que no los necesita para ser quien es y estar donde está. Su claque, su vocero y su defensor es el toro... “¿Oyes tú?”

—¡Ole!—comentó satisfecho Carmona.

—¡Que me alegro, Manuel!—replicó el campeón de galgos, sin darse a partido—. Ya sabes que yo soy tu amigo...

—¡Mucho!...—comentó irónicamente el torero.

—Y que siento de veras lo de esta tarde. Palabra que pasé un mal rato viendo al público tan duro contigo. Nunca le había visto así con nadie.

—¡Naturá!—saltó impetuoso Carmona—. Sagerao pa abroncarme y sagerao pa tocarme las parmas; ¿te enteras?

—Ya lo sé, ya lo sé; y por eso le dije a uno que tenía a mi lado, que se estaba quedando ronco de tanto chillarte para que le llegases al toro, que un torero como tú no puede exponerse a que le cojan.

—¡Y ná má! ¿Qué t'has figurao? ¿Qué dise er carté? ¿A qué sargo yo a la plasa? ¡A matá er toro, no a dejá que er toro me mate a mí!... Eso de jasé er pelele es pa los borrachos que se tiran de las talanqueras der só a atoreá sin sabé de eso. Er mejó torero, ¿te enteras?, ¡er mejó!, es er que atoreando más corrías güerve pa su casa siempre con la ropa limpia.

—Y con más parmas, ¿oyes tú?—añadió el corredor.

—Y más pitos; lo he oído.

—¡Sí, señó! ¡Y más pitos!—replicó magnifico Carmona, dando salida a toda su soberbia—. ¿Cómo es eso, don Ismaé? Pa los toreros chipen son los broncasos grandes… Y le dises a tu torero que siento mucho que esté jerío por segunda ves en lo poco que va de temporá, porque hubiera querío verle con un toro asín, ná má que por Ciros a vosotros luego.

—Por lo menos, le hubiera llegado y lo hubiese matado.

—Por le menos, hubiera jecho er pelele pa compla- seros, en vista de que seis tan giienos afisionaítos que no le encontráis emosión, como desís, a la hrrbeliá y er arte, sino ar daño de vuestro torero… ¡Qué afisión!

—Para lo que ahora se ve en la plaza, cree que basta…

—Fos si os dan lo que mereséis, ¿de qué se quejáis?

—Bueno, Manuel—contestó el de los galgo-, gozoso, poniendo fin a la visita, conseguido su objeto—, me esperan para comer. Ya sabes que lo siento—estrechando sin efusión la mano Hoja que, por compromiso y sin incorporarse siquiera, le dio Gamona—. Y ustedes—dirigiéndose a los contertulios del torero—no pongan esas caras tan largas, que mañana será otro día. Esta noche encierran una corridita muy buena—ya junto a la escalera, audazmente—, ¡terciada y sin pitones!…

—¡Brrr!…—hizo el corredor, acompañando un ademán fiero, como para comerse a don Periquito.

Mas se sobrepuso la cordura y le despreció.

—¿Pero qué se puede esperar, ¿oyes tú?, de un afi-slonao que va a los toros en motosiclcta?

Carmona hizo de veras un movimiento brusco para saltar sobre el insolente; pero también se contuvo y contestó con toda su calma:

—Anda con Dió…, ¡güeso! Y apriétate er sintu- rón, a vé si ajogas los gatos que yevas en esa barriga e tendero!

Con lo cual, lejos de molestar a don Periquito, le proporcionó un gran contento, porque no ha ' mayor satisfacción para un aficionado profesional de la clase de alborotadores que Le digan que “tiene gatos en el abdomen”. Nadie sabe la importancia que da en la afición tener por vientre una espuerta de mininos.

Hubo en!a galería un rato de malhumorado silencio, que rompió el de las alhajas chillonas, después de consultar impaciente un monumental reloj de oro, que extrajo de las profundidades insospechadas de un bolsillo del chaleco.

—Bueno, Manuel, ¿qué hacemos de nuestras corridas?

—¿De tus corrías?—rectificó Carmona con el acento desconfiado y hostil que se creía obligado a usar con los empresarios—. Vamos a hablá de eso.

Y le invitó a bajar a su despacho, donde él trataba rápidamente estas cuestiones, sin intervención del apoderado, a quien dejaba el formulismo y las negociaciones enojosas.

Los contertulios aprovecharon la ocasión para despedirse. El de la Audiencia, porque tenía que llevar a una caseta de la feria a su mujer y a sus hijas, que estarían renegando por su tardanza; pero la amistad es lo primero, y Carmona era para él antes que el mismísimo presidente del Supremo; el pollo silencioso, porque se le presentaba la deseada ocasión de largarse a recibir por su tardanza el sermón paterno, que cortaría la consideración del lugar casi sagrado de donde el niño salía, y el Catóme y el corredor, que salieron juntos, no dijeron adonde, aunque bien podía adivinarse en ciertos golosos paseos de la lengua sedienta por los labios secos. Sólo quedaron en la galería Copita, despierto y observador; los chavales, encogidos y mudos, y don Ismael Almanzor, columpiándose silencioso en su mecedora…

Por las ventanas, franqueadas al grato fresco de la noche, veíase el amplio despacho con todas las luces encendidas y la gran puerta abierta enseñando la escultura de Julio Antonio, toda gracia y movilidad, en un ángulo, sobre una columna de mármol cubierta con un lujoso capote de paseo; los sillones fraileros; la vitrina, que ocupaba el centro de la habitación, con la silla vaquera y los historiados arreos de lujo del caballo de Carmona; la gran mesa ministro, cobre la que sólo se veía la caja de una montera, sin más acompañamiento ni aparato de papeles, tintero, carpeta y demás chismes de escribir, y, frontera a la puerta, una magnífica librería de roble tallado, en cuyo cuerpo superior, colgados de doradas escarpias, en vez de libros, se ostentaban sabiamente tras los cristales los estoques del matador.

En el silencio del patio sonaba tan pronto confusa como claramente el murmullo da la conversación en que se debatía el interés del empresario con la conveniencia del torero.

—¿Qué toros vas a llevar?... ¿Y toreros?... ¿Quién da los caballos? ¿Y los carteles? ¿Y...?

Pero no les siguió mucho tiempo la atención de los de la galería, robada por un nuevo personaje, que al aparecer en escena la atrajo toda hacia sí irresistiblemente.

* * *

Fresca, pimpante, morenita, menudita y alegre, acababa de presentarse en la galería una jovencita, la hija de Carmona, casi una niña y casi una mujer, crisálida de una próxima y muy linda mariposa, que llenó todo el corredor de su persona, con ser ella tan minúscula.

Al pronto, Currito sólo vio unos fascinadores ojos negros, grandes y brillantes; luego, unos labios gor- dezuelos y rojos, que con unos dientecitos muy lindos pintaban una sensual y preciosa boquita; un mo- ñillo negro como la endrina, adornado con un clave- lón rojo, protestando contra los infantiles tirabuzones que caían coquetueios sobre la espalda; unos pies diminutos, que salían por debajo de la faldita corta, prisioneros en unos zapatit'os blancos, como las medias de transparente seda, "con tres cuartas de tacones”; un coquetón delantalito blanco; una blusilla blanca y, cuando hubo dejado en una mesita, que puso junto a don Ismael, la bandeja con un servicio de chocolate que llevaba en las manos, dos mariposas biancas que revoloteaban inquietas alegrando la galería.

Todo ello acompañado por la deliciosa música de unas carcajadas cristalinas y de una alegre charla, a la que prestaba encanto un gracioso ceceo.

—¡Josú, qué permasos! Creí que no se largaban nunca y que me iban a tené en ayuno perpetuo a mi curita regañón. Le Toamos a llamá a usté adentro; pero ya está aquí el chocolatito de su eminensia el señó cardená, con sus picatostes tielnos, su agüita helá, su panalito y su rasimita de uvas de cuelga pa abrí boca. ¡Mire usté que tomá el chocolate con uvas!…

—Asín—terció el avispado Copiia, cogiendo en el aire el cabo que vio pasar, deseoso de ganarse voluntades—lo toma también ese menistro que andan siempre con é a vuertas los papeles que si sí u que si no, que le disen Maura.

—Y mire usted—replicó el canónigo a la niña, después de haeerse cargo con una sonrisa cortés de la observación del banderillero—que una señorita bien educada que dice “cardená” y "tieíno”…—imitándola burlonamente—. ¡Tielno! ¡Una señorita que dice[1] tielno!

—¡Josú y qué re cargan tito está hoy el pae predi- caor!—respondió la niña, coloradita y enfurruñada—. ¡Bueno! Pues si digo tielno también digo “barreón”, y estamos en pá.

—Paz. Pazzz… Y Jesús.

—Bien. Passs… y ¡Jesússss qué cargantísimo, recargantísimo, se ha venido hoy el señorrr cura!… Ya no le digo a usté cardenalll. ¡θα! Y a ver si ensimlta me sa.e con que el chocolatito, que le han heobn estas manesitas, ha salió también mal, y tenemos la noche.

—Pues habiéndolo hecho mi niña rabiosa ya tiene el chocolate más de lo que necesita para saber a golosina celestial.

—Vaya, ¡grasias a Dios! ¡Ya era hora de que le paresiese bien algo mío!

—Si todo lo que tú haces me parece muy bien… La que no me parece tan buena eres tú.

—Pero como eso de la maldá me lo puede usté arreglé, o arrcglarrrrr, hasiendo en el aire el garabatito aquel con la

mano, pues me echa la solusión, y pa- gristi.

“Almanzor” que, burla burlando, se tomaba el trabajo de pulir a la niña de Carmona, por poco se ahoga con el picatoste que tenía en la boca.

—¡Abrenuncio! ¡Solusión y pagristi una señorita!…

—¿Pero es que se ha creído usté que la hija denm torero tiene que sabé ayuclá a misa como un mona- sillo?

—¡Que siempre habéis de estar ustedes como perro y gato!—dijo la mujer de Carmona, entrando en el corredor al mismo tiempo que el torero, quien acababa de despedirse del empresario—. ¿Tú ves esto, Manué?

—¡Anda con é, presiosa, que aquí está tu padre! 1A ver si cscomensamos ya mismo un degollaero e curas pa dar gusto a los republicanos der só!

Copita se puso en pie de un salto, con la cara iluminada de alegría. Todo “se le ponía de primera”.

—Güeñas noches, Teresa—saludó muy fino, hecho una jalea—. M’alegro verla a usté tan famosa.

—¡Hola, Joaquín!—contestó amablemente la esposa de Carmona—. ¡Dichosos los ojos! ¿Y su madre? Hase un siglo que no viene a verme. ¿Cómo está?

—¿Cómo quierusté que esté? Pasando fatigas, que por más que uno haga no lo pué impedir.

—Bueno, hombre, ya se acordará de usté Manué pa arguna corría. Y dígale usté a su madre que venga.

Carácter comunicativo, corazón abierto, el arlatana y bondadosa, gustaba Teresa mucho de hacer el bien y del trato social, como si auisiera desquitarse de los años de monótona soledad del cortijo, y poco amiga de salir de casa, por ese morisco atavismo de raza que paradójicamente se conserva en la mujer sevillana, modelo de mujeres cristianas, de mujeres de hogar, le placía que la visitaran y mimasen, sin parar mientes en la condición social de sus visitantes, gozando el placer de sentirse un poco reina en medio de su pequeña corte aduladora y pedigüeña.

Hacía el bien por gusto, por inclinación compasiva, en la creencia firmísima de que con ello forjaba una coraza celestial que libraba a Manuel de las cornadas, y ejercía la caridad con tan bondadosas maneras que sus pobres le agradecían el cómo mucho más que el cuánto.

—Que no es lo mejó la cariá que jase—decían—, sino er ángel con que la jase; que manque no diese ná ya iba uno socorrío.

Copita le agradeció con efusivas palabras su amable solicitud; pero después de hacer constar que, "como sabía muy bien Manuel”, él no era amigo de molestar a nadie, apresuróse a decir que no era eso lo que allí le llegaba en esta ocasión.

—¿Pues qué traes tú?—le preguntó Carmona.

—Yo vengo a traerle a usté ar chavá de esta tarde, que es como si fuese un hijo mío; un hijo taurino. Dise que l’ha mandao usté vení. Ven acá, Currito; ahí tienes a tu torero. De este chiquiyo le he hablao yo a usté arguna ves. Es muy torero. Ya sabe usté que yo no me equivoco de afisionao.

—Por lo que ha jecho esta tarde bien pué ser que asiertes. Sobre tóo, niño, a mí me has jecho un quite colosá; que me tenían acharao aqueyos hijos de la perra e su mare con resueyo pa siete años. Y además estuviste mu güeno y mu valiente con er brindi en aquella ocasión. Más valiente que con lo que' jisite con er toro, que estuvo superió, pa que aprendiese ese fantesioso der Carita, que, porque no ha conosío a su pare, se cree que es hijo de un duque o de un misló… Y te vi a corresponde como es de ley.

—Es que yo no le eché a usté er brindi pa q*e me corresponda, sino porque me salió de aentro—se atrevió a decir Currito, asombrado él mismo, tímido y callado siempre, de su- valor en esta ocasión.

—Rasón de más pa que yo te lo agraesca… Rosío: va su mersé a jaserme er favo de elegí entre los vestios que su pare de usté tiene en aqué almario—aquí un expresivo

guiño para que la niña no se confundiese con los trajes nuevos y en uso—un vestío que te gusto pa este moso crúo. Digo que te guste, porque estarle bien… ya va a tené tarea er sastre y a devor- verle tela pa las cornás.

—¿Ahora tengo que buscarle el vestío, papá?— preguntó la niña, apuntando un mohín de contrar riedad.

—Mujé, ahora… Tienes rasón. Tú querrás irte a dá una vuertesita a la feria, ¿verdá, muñequiya?

—No, señó, "señó Manué". Se equivoca su mersé. La muñequiya no va esta noche a la feria, porque también es de los “cabales”, como dise don Enrique, y se quea aquí, muy gustosa, acompañando a Manué Car- mona, Manoliyo, que es el torero más grande de España y de Sevilla—aquí un abrazo y un beso,

—Mira, asín fué er brindi de este chavaliyo cuando toa la plasa estaba en contra mía.

—Y tiene rasón y la tiene usté en desí que es muy bonito y que estuvo muy bien. A la feria iremos mañana, que habrán aplaudido mucho a mi papaíto, y me gusta a mí, cuando paseemos en el coche con mi mamaíta que ya estará libre de la pesadumbre de tantos días seguidos de toros, oirle desir a la gente: “Ahí va Carmona con su mujé y el muñequiyo de su hija”. Y dirán al pasar nosotros: “¡Ole!” Y el “señó Manué”, como es tan presumió, se creerá que va por él, y será por mí, por la muñequiya, ¡ea!… Y don Ismaé Armansó, que rae está echando esos ojasos tan fieros, porque he dicho muchoess disssparatesss, no estará allí para corregirme y yo iré muy conlenta—amenazando al canónigo con un terrible dedito tieso, capaz de hacer arrodillarse a todo el cabildo—. ¡Ay, si mi eurita regañón no quisiese tanto a mi pare y a la hija e mi pare y mi paresito a él!… Sí, señorrr… ¡Mi pare, mi pare! Mi pare, que está mejor, porque es mucho más durse que mi padrrre—nuevo beso y más apretado abrazo al embelesado torero,

—Muy bien, señorita. Todo eso está muy bien—respondióle “Almanzor”—, y yo me doy por vencido; pero con todo ello y, pese a la nueva papeleta que acaba de servirnos para el diccionario de la Academia, no veo la razón de que no cumpla usted esta noche el encargo de su “señó pare" y prive a este valiente del “vestío”, que, viniendo de esas manos, le va a parecer con más oro que el que tenga. Porque digo yo que será de Oro, ¿verdad?

—¡Pues claro, hombre! Y si yo he dicho que ahora no, es porque es mejor elegirlo de día—a Currito—: Viene usted mañana, a la hora que quiera, y yo se lo tendré preparado.

—Muchas grasias—contestaron a dúo Cepita y Currito que no cabía en sí de gozo.

—¿Y tú de ónde eres?—le preguntó Carmona—. De Seviya, claro, porque de Despeñaperros pa ayá toavía no ha salió uno. Ni sardrá, manque se empeñen.

—Sí, señó; soy de aquí.

—¿Tienes padres?—inquirió solícita la mujer del torero.

Currito bajó la cabeza y murmuró apenado:

—No, señora… Soy de la curia.

—¡De la cuna!—exclamó compasiva, con femenina ternura, Rocío—. ¡Pobresito!

Vea usted… La vida pende de una palabra; a veces de menos que eso: de un movimiento, de una mirada, de una de tantas cosas imperceptibles que no aparentan nada y lo son todo…

Hubo tal compasivo afecto, tanta ternura en las palabras de la niña, que el chavalillo se sintió dulcemente sobrecogido; sintió que algo se fe metía en el alma, se acomodaba en ella, se apoderaba de ella, se posesionaba de todo su ser. No se dió cuenta de. lo que le ocurría; pero todo é.' tembló, conmovido, dentro de sí. ¡Era aquello tan inesperado, tan nuevo, tan grato!…

Vaciló. Cerró los ojos para no caer. Instintivamente hizo fuerza para no extender las manos y agarrarse a algo, y se

mordió despiadadamente I03 labios para no llorar. Sintióse mal, y en el momento se sintió consolado por un confuso, inexplicable, dulcísimo goce; se iluminó su alma y resonó en ella nuevamente con celestiales armonías, más que las palabras, la amorosa música con que fueron dichas.

—iPobresito!… ¡De la cuna!… ¡Pobresito!

Otra vez, al querer explicarse lo que le pasaba, vaciló; pero ahora no cerró los ojos. Quiso ver, gozar el agrado de esta compasión por el pobre inclusero; recibir el inefable bien de su mirada, de aquella mirada tan afectuosa, tan suave, tan tierna, que Curri- to sintió vivas ansias de ir besando, besando el espacio que* recoma, hasta detenerse respetuoso al llegar a los dulces ojos, que eran para él como los benditos ojos de la Virgen Santísima, “la Mure de tóos los incluseros”, de que le hablaba con maternal cariño aquella monjit? del Hospicio tan buena, tan buena, que él quería tanto: sor María del Amor Hermoso.

Todo este tumulto en el brevísimo tiempo que medió desde la respuesta de la niña hasta el incorporarse, sorprendido, en su mecedora, don Ismael, medirle con una mirada de curiosidad y anonadar al infeliz con estas palabras:

—¿Conque de la cuna? ¿De manera que usted es el hospiciano Currito, el predilecto de aquella tonta de sobrina mía, que está como sin sombra desde que el caballerete huyó, por cuarta o quinta vez, de aquella bendita casa para lanzarse al vértigo de las capeas? ¡Bien, muy bien, admirablemente bienl ¿Qué dirá ahora la cándida de la Madre, que cree al desertor devorado por alguno de los infinitos dragones; que andan sueltos por el mundo merendándose hbspi- cianos inocentes con coleta, cuando jepa que el mozo, no sólo no se deja devorar, sino que ha toreado esta tarde a un miura imponente, \ como los propios ángeles!… ¡Jesús, María y José, cómo se contagia

uno del disparate en esta picara afición! Ellos me perdonen la irreverencia.

Currito se quedó de una pieza. El señor aquel era nada menos que den Ismael, el tío de la superiora, ue la Madre, como ellos la llamaban; el capellán, o lo que fuese, del Hospicio, adonde iba, en las fiestas “caseras”, a decirles, familiarmente sentado ante el altar de la capilla, pláticas bonitas como cuentos, hablándoles tierno y conmovedor de la Virgen y su Niño, de las estrellitas que los coronaban y de los angelitos del cielo, que por las noches, cuando los hospicianitos estaban dormidos, bajaban de parí j del Niño Dios a sentarse a la cabecera de los desvalidos, sus hermani- tos, y los cubrían con sus alas…

La verdad es que le estaban ocurriendo unas cosas a Currito en aquella casa…

Rápidamente se arrodilló a los pies de don “Ismael Almanzor”.

—¡No me pierda usté, por su salú!—le suplicó apremiante y medio lloroso—. No me cL-nunsie usté pa que me vuervan ar Hospisio. Yo iré a vé a la Madre. Dígala usté que no la he orvidao, ¡que es mentira, que no la he orvidao!, que m’arcuerdo siempre de ella… Pero que no me yeven ayí, ¡por Dió! ¡Que no me quiten de atoreá! ¡Que me dejen atoreá, que yo iré a ver- la y a pedirla que me perdone en cuantito que haiga salió en Seviya y sea un hombre!… ¡No me pierda usté, que yo quiero ser torero, y en er Hospisio no se pué ser na! ¡No me denunsie usté, que yo le brindaré a usté un toro!…

—Levántate, hombre, y tranquilízate, que no te perderemos, aunque no nos brindes nada, Y no llores, que eso no es de hombree ni de toreros.

Y “Almanzor”, sintiéndose dominado por el demonio de la protección a la torería, que tan fácil y prontamente se apodera de los hombres, de todos los hombres sin excepción, por alta que sea su categoría social y selecto su

espíritu, en cuanto se les pone delante un torero o aficionadillo a quien ayudar, tendió su mano tutelar sobre Currito y se dispuso a protegerle. Allí había madera de torero, ¡de gran torero! Se había visto aquella tarde, y él también, como Copita, presumía de buen catador taurino.

—¿De manera que tú estás decidido a ser torero? ¿Decidido, decidido?

—¡Naturá, señó!—contestó Carmena por el cha- valillo—. Sabe atoreá y le gusta er toreo, las parmas der toreo y er parné der toreo. Má que er rancho der Hospisio. Vamo a vé: ¿no has jecho tú ya cuenta con los biyetes, er artomovi y er cortijo?

Currito, casi tranquilizado, abrió unos ojos de asombre, que decían bien claro que nunca había parado mientes en aquello.

—Pero ven acá. ¿Tú no has pensao que atoreando te puedes jasé rico?…

Currito movió negativamente la cabeza, con expresión convincente de sinceridad.

—¿En tené un cortijo y un artomovi, y en que so vuervan locas por ti las gachís, que es lo primero que sueñan tóos los que van, o quieren ir, pa toreros en cnanto tiran er primer capotaso? ¿No has soñao con la locura e las parmas?

El chavalillo continuó negando con la cabeza.

—¿Pues entonse—tomó a preguntar desorientado Carmona—por qué y pa qué quieres atoreá tú?

—¡Por atoreá!… j Eso! ¡Porque me gusta!… ¡Eso!… Porque estoy muy contento atoreando.

Carmona se puso serio, se levantó, se acercó a Currito, le miró fijamente a los ojos y, profético y solemne, le dijo;

—Tú serás torero. Digo yo que tú serás torero.

—¡Claro que será torero!—corroboró entusiasmado y convencido “Almanzor"—. ¡Lo es, lo es! Ya se ha visto esta tarde. Hay que sacarle en seguida, Manuel.

—Despasito, despasito, que tóos ustedes se vorvéis locos en cuanto que veis un chavá nuevo. Este será torero; pero se tiene que jasé ér solito; no que le ja- gan sus priesas y las de los demás, pa echarlo a per- dé. En Seviya y en Madrí se tiene que salí cuajao. Les toreros que jasen los otros y no se jasen eyos no son nunca toreros, no son ná má que visiones. Y tú serás torero, chavá.

—¡Si tengo yo una pupila!—saltó Copita, sin poderse contener.

—Digo yo que tú serás torero. Rosío, ponle también un capctiyo.

—Un capote de torear y otro de paseo, ¿no, papá?

Manuel quedó üZ momento suspenso.

—Bueno. Lo dispone la niña y no hay más que ja- blá. Coste que er capote e lujo te lo regala eya.

—Muchas grasias… Yo le brindaré a usté un toro.

—¿Otro tero?

—Pues ya—pidió "Almanzor”—, completa el equipo con una muleta y un estoque.

—¡Y un par de banderiyas de fuego pa ustés! ¡Sí que estáis la niña y usté jechos unos sinvergonsones pidiendo! ¡Mangones!

—Todo se pondrá—resolvió bondadosa Teresa—. Mañana lo tendrá dispuesto.

—¡Sí!—concluyó Carmona fingiendo malhumor, entre burlas y veras—. ¡Y dirse pronto con Dió, que me vais ustedes a arruiná entre tóos!

—¿De qué color prefiere usté el vestío?—preguntó la niña al torerillo.

—Er que a usté le paresca será er más bonito— contestó el inclusero, madrigalesco sin darse cuenta»

—Con Dio, Manué y la compaña, y muchas gra- sias—dijo Copita despidiéndose—. Y que les coste a ustedes que no sembráis en tierra ingrata. Don Is- maé…, que no nos orvíe

usté en sus cortas orasiones. Teresa, saló y que veáis ustedes esa diviniá e chiquiya sentó en un trono e reina. ¡Hay que ve qué presiosiá e criatura! ¡Señores, una mujé que tiene más grandes los ojos que los pies!... ¡Viva María Santísima! ¡Ole!

—Oye, Cepita, no te conosía yo disiendo flores. Te vi a prohibí la entró en mi casa pa que no me namo- res la niña.

—Esa tié que ser pa un rey o pa un torero mu grande.

—Güeno está ya, Copita, Niño, no te desprendas de él nunca, que éste sabe anda solo jasta po er moro.

—¿No me dices nada para la Madre, Curríto?— preguntó don Ismael al chavalillo.

—Sí, señó; que la quiero como si fuese mi mare e veras... ¡No he tenío otra! Que no la orvío y que la reso por las noches.

—Anda con Dios, hombre. Se dirá todo. Y que irás a verla pronto. ¡Y a ver cómo seguimos arrimándonos como esta tarde!

—Seguirá. Usté no sabe quién es éste. Un mos- truo. Ea, quearse con Dió.

—Y recuerdos—se despidió Gazuza, a quien le pesaba tanto silencio.

—¡Y que digan de este hombre!—exclamó gozoso y agradecido Copita, cuando se vieron en la calle—. Hemos hecho nuestra suerte, chiquiyo. Ahora vendrá too seguío. S'acabaron las fatigas... Vamos a beber- nos unas cañitas, que tengo más sé que si hubiera es- tao comiendo bacalao tres días.

Hicieron rumbo, a buen paso, a la placeta que hay al final de la Alameda, frente a la tauromáquica "pila der Pato", en la confluencia de la calle "Siego" y las del Relator y Antonio gusillo, y entraron en un establecimiento que ostentaba sobre su puerta este letrero:

Comestibles y Bebidas.

Antigua tienda del Cristo, un poco alarmante para los parroquianos, si se les antojaba establecer relación entre la hiel y vinagre del Calvario y los líquidos que guardan aquellas aparatosas pipas, adornadas con chillonas pinturas de asuntos taurinos, grotescas caricaturas, pese a la intención del Orbaneja que las trazó muy en serio.

Copita y los chavales pasaron por este despacho sin detenerse a saludar a los consecuentes curdas que, ante las medias cañas—vasos de cuartillo—de vino de la hoja, servidas en el mostrador, monologaban con plácidos gruñidos, a veces parecidos a palabras, y se metieron en el cuartito contiguo, que venía a servir de casino a los "afisionaíllos" de la Alameda. Era una habitación más bien pequeña, con las paredes encaladas, alto zócalo negro, un letrero enfrento de la puerta:

«ay Menuo lo Do'ruingo»

unas cuantas mesillas de pino, pequeñitas para que cupiesen más en el reducido espacio; bastas sillas de basto esparto, y en un rincón, para comodidad de la clientela y seguridad del dueño, una pilita no bien oliente, que al par que evitaba a los parroquianos la molestia de salir a la calle para infringir las Ordenanzas municipales, cosa seria hasta en Sevilla, les privaba de todo pretexto para asomarse a la puerta sin haber saldado sus cuentas con el tabernero, que tenía que estar con ellos siempre en pie, "jecho un grullo".

Al entrar nuestros amigos, unos cuantos mozalbetes que se agrupaban en una de las mesillas alrededor de una media caña, pedida por el único de ellos que podía permitirse tal lujo, fueron alborotadamente hacia Currito, saludándole con extremadas demostraciones de júbilo.

—¡Superió, chiquiyo!

—¡Noragüena, Currito!

—¡Ole!

—¡Has armao er escándalo! ¿No te desía?

—¿M’habéis visto?—preguntó el chavalillo, ansioso del aplauso de los suyos, despertando un momento del sueño en que venía desde casa de Carmona.

—Yo, no—le respondieron a coro—; pero nos lo ha contao er Chiquili—señalando a uno de ellos, que no levantaba cuatro palmos del suelo.

—¿Estuviste tú?

—Yo, tampoco, que no tenía gorda y no me pi.de colá. Pero me lo dijo er Magano—por el opulento bebedor de la media caña.

—¡Pero si er Magano—saltó Gazuza—tampoco estuvo en la plasa; que no pasó de la puerta, y se lo conté yo!…

—¡Y tú tampoco estuvistes!…—terció Coaita, sentándose a una de las mesillas—. Sí que estáis ustedes unos güenos afisionaítos, que silabéis perdió la faena mostruo de la toromaquia.

Rieron todos y le apremiaron para que ce por be les contase el suceso, aunque ellos lo conocían en todos sus detalles: lo del presidente, tirando entusiasmado la castora a Currito y mandando a la cárcel a los “guindillas" que no querían dejarle torear; lo de los serenísimos señores infantes, llamándole al palco para felicitarle, darle mil duros y preguntarle si quería ir al “Palasio Reá” de profesor de toreo de los príncipes; lo de Manuel Carmona, quitándose la montera en mitad de la plaza delante de Currito y ofreciéndole “ya mismo” la alternativa… Todo, vaya.

—Argo hay de eso, argo hay de eso—afirmaba el astuto Cogita.

Nadie sea osado a jurar que discrepó mucho de esta versión el relato que de las hazañas de su pupilo hizo el veterano torero, mientras despachaban las media cahitas y sus correspondientes tapas, con que, procurándose ya su claque, obsequió rumbosamente a los afieionadillos, llamando con aparatosas voces al dependiente del colmado:

—¡Convía a esta gente, niñio!

Satisfecha la sed y las ganas de conversación, despidióse Copita y se fué con el chavalillo en busca del descanso, que imperiosamente reclamaban las emociones de aquel fecundo día. Hasta la puerta les ac»m- pañaron las felicitaciones y cumplidos hiperbólicos de los torerillos en agraz.

—¡Ole, Currito!

—¡Viva er fenómeno de la Alamea!

Pero Currito no se enteró; no había atendido a nada mientras estuvieron en la taberna; no oía nada; no iba con Copita; no estaba allí, sino lejos, muy lejos, donde sonaba, sólo para él, una música deliciosa, inefable, divina, que le iba arrullando dulcemente en la tibieza primaveral de aquella amorosa noche sevillana:

—iPobresito!… ¡Pobresito!… ¡Pobresitol

Capítulo III

LA ESCUFLA

RENDIDO al peso de su agitado día, cayó Currito sin decir palabra y, por supuesto, sin desnudarle en el p jergón exhausto que le prestaba la ilusión de no dormir sobre el santo suelo, y se quedó traspuesto, en ese estado intermedio de pensamientos confusos y figuras borrosas, entre el sueño y la vigilia, que en los días tumultuosos precede a aquel hasta que tiene a bien presentarse tardo, pesado y reparador.

Toda su miserable vida representábasele al conjuro de aquellas tiernas palabras, que tan dulcemente resonaban en su alma. El Hospicio, triste, con sus patios tristes, sus dormitorios tiistes y sus niño3 tristes. La escuela, donde perezosamente aprendían a mal leer y peor escribir, sin ilusión por la libertad, los gritos alegres y el gozoso corretear en la calle a la salida y los besos maternales en casa; los adustos talleres con sus maestros desganados y gruñones; todo el desconsolado vivir, en fin, de los hijos de nadie, que no esperan a nadie y nadie los espera.

Entre todas estas evocaciones desoladas surgía adorable, toda ternura y amor, luz en las tinieblas, la alada

figura de una monjita angelical, triste como él y sus compañeros, como el Hospicio todo, mirándole dulcemente con una mirada penetrante, mezcla de dolor y cariño, que se le entraba p ir el alma, sobrecogiéndola y alegrándola a un tiempo mismo.

Tan viva fué la representación de esta imagen que Currito llegó a sentir el ardor de su aliento en su cara, como aquella vez que, siendo aún niño, solos ambos en un obscuro rincón del refectorio, le estrechó la Hermana maternalmente en sus brazos, cubriendo su cara de apasionados besos. Y, como entonces, se le vino a la boca instintivamente la palabra feliz, por primera y única vez pronunciada por sus inocentes labios, cruelmente privados de ella:

—¡Mamá!

Repitiéndola durmió e mansamente y se vió en los aires, llevado por un ángel con las alas muy blancas, que era la monjita, ante un altar todo blanco, donde había un santo gigantesco, que era el canónigo don Ism&jl, vestido de torero, en jacarandosa actitud de brindar, accionando con un sombrero de teja, y 3obre el ara, í-odeada de revoloteadoras mariposas blancas, una Virgen moreuita y chiquita, con mi clavelón rojo qn el moño, un capote de lujo en la mano y unos ojos negros, negros y grandes, que le miraban compasivamente. Y le decía:

—¡Pobresito, que eres de la cuna!... ¡Pobresito mío!... ¡Pobresito!

Y el santo torero respondía:

—Sí, señora. Y tié que salí en Seviya y arma er escándalo. Y le tié que bi'indá a usté un toro. ¡Ole!

Y la Hermanita, llorando, se quejaba a la Virgen.

—¡Es un ingrato, que no me quiere y me ha olvidado!...

¡Ingrato, olvidadizo!... ¡Si la Madre supiese!... Precisamente su ilusión era torear en Sevilla pai*a presentarse triunfante, al salir de la plaza, en el Hospicio,

llamarla y decirle, entregándole todo el dinero que le pagasen:

—¡TonTo usté, Mare, pa usté!

Como hacían los demás toreros con las suyas.

El sólo había conocido ésta. El asilo, tan hosco y hostil con todos sus acogidos, le había reservado el cariño de esta mujer, que Currito sentía y correspondía por todos los cariños que le faltaban, sin entrar en porqués. Para él la Madre era sólo una Hermanita que le quería mucho. Más que las otras, incomparablemente más, ¡andá!... La única persona que le había querido así y a la que él, ansioso de afectos y ternura, pagaba con todo el cariño de su corazón.

Poco tiempo después de pasar Currito al Hospicio desde la Inclusa, en cuyo torno fué depositado una noche, nunca se supo por quién, comenzó a prestar servicio en aquél una Hermana de San Vicente de Paúl, joven, muy simpática; y más buena..., jandá! Era alta, esbelta y distinguida aun con el tosco hábito monjil. Y guapa, muy guapa, más guapa bajo las alas caritativas de la santa toca, tan blancas como su pálida tez de azucena. Tenía una sonrisa melancólica y resignada, que invitaba a compadecerla y amarla. Llamábase sor María del Amor Hermoso y se encantaba tanto con los hospicianitos pequeños, la embobaban de tal modo sus gracias, que la entonces supe- riora, una monja vieja y buena, aunque gruñona, continuamente la estaba llamando al orden.

—Hermana, ¡por Dios!, que se le van las horas mirando embobada a los niños; que más parece que tiene vocación de niñera.

Sor María del Amor Hermoso contestaba suspirando :

—Es que son tan bonitos... y me dan tanta pena...

—También a nosotras; pero hay mucho que hacer en la casa y no se puede perder el tiempo viendo correr a esos diablillos. ¡Jesús, María, el Señor nos libre! Y lo de bonitos, hermana, lo hacen sus c,os. ¡Po- brecillos!

Para alejarla de los niños la destinaron a la cocina. ¡Buena la hicieron! Sin hacer caso de presupuesto, peso ni racionado, llenaba las ollas con tal abundancia, prodigando de tal modo la escatimada carne y el escaso bacalao, que en tres días consumía las provisiones de una semana. Hubo que desterrarla de la cocina más que de prisa.

—¡Hermana, que nos arruina!

—Pero si es que los pobrecillos tienen hambre y da compasión verlos en los huesecitos.

—¿Y cree que las demás no la sentimos como usted? Pero ¿qué adelantaremos con su sistema de- rroehón?

—Que coman a gusto y con abundancia siquiera un día.

—Eso es, que coman un día y que ayunen seis.

—Pues pídale más a la Diputación, Madre.

—Agradezcámosle que dé lo que da.

Entonces sor María del Amor Hermoso buscó extraordinarios para sus hospicianitos en la vasta red de sus conocimientos. Ya se sabia: al llegar la época de la matanza, los niños de las casas ricas que ella conocía, y para el caso como si las tratase a todas, recibían una eartita muy cariñosa y conmovedora de sor María hablándoles de sus hospicianitos, a quienes estaban vedadas tantas cosas; de lo bien que les sabrían aquellas tan ricas que ellos disfrutaban, y de la abundancia con que la bondad divina les pagaría la "prueba” que de ellas enviasen a los niños desvalidos. O del mazapán y el turrón que por Navidad sobrasen en sus mesas. Las sobras; ella no pedía más que las sobras. Los huesos sobrantes de un día a la carnicera que acababa de dar a luz “para que las oraciones de los hijos sin madre ayudasen al suyo a criarse fuerte y robusto”; con lo cual era seguro que venían los huesos y pegada a ellos una razonable cantidad de carne. A la moza que se casaba con el tendero le pedía “un cuarteroncito" de garbanzos y “unas espinetas” de bacalao; “vino del que no se vendo” a la mujer del tabernero candidato a concejal…

No había suceso fausto para “sus proveedores” que ella no aprovechase. Los ordenanzas encargados de llevar sus cartitas de petitorio la llamaban “la Murga” en vista de la puntualidad con que utilizaba las circunstancias. A veces, en los casos más difíciles, iba ella misma a pedir. Era una arañita, una santa arañita que cargába con todo cuanto pudiera enriquecer la despensa o el ropero de sus hospicianitos, a los que hartaría de un golpe en los días de fortuna si no le impusiera orden la previsión de la Madre.

—Que coman—suplicaba—; déjeles que coman siquiera un día hasta que se harten. ¡Ay, Madre, que usted no sabe lo que es tener hambre y la mesa escasa!—concluía, recordando las estrecheces de su hogar.

Los hospicianos no sabían nada del interés y los trabajos de sor María del Amor Hermoso por ellos; pero la querían, singularmente los pequeñines, sus favoritos, por lo que ella los queria.

Un prudente tira y afloja, sabiamente usado por la Madre, permitía a sor María pasar más tiempo con sus niñines, acariciándoles, limpiándolos y hablándoles ese mimoso lenguaje inarticulado e incoherente, dulce arrullo maternal que no diciendo nada lo dice todo y los niños entienden claramente, entregando su corazón a esta amorosa llamada, única verdad de la vida.

Sor María del Amor Hermoso los quería a todos, en bloque, sin particularizar, como si fuesen un solo angelito con muchos cuerpos. Hasta que, de pronto, sintióse atraída por el más feo, el más enteco, el menos gracioso de aquellos monigotes. Y no fué ciertamente porque su mayor miseria moviera a mayor compasión, sino porque antes se sintió él atraído por la Hermanita, y fué tal su insistente pegajosería, la buscaba con tanta prisa, se acogía a ella con tal ansia, agarrándose en cuanto podía a su falda, para estarse silencioso y feliz junto a ella, mirándola con satisfecha beatitud, que sor María del Amor Hermoso adivinó en

aquella implorante mirada triste algo misterioso, vago e inconcreto, pero fuerte, que conmo- . vió hasta lo más hondo su alma y fué devanando en su imaginación el hilo de una dulce inquietud.

'Porque sor María del Amor Hermoso era en el secreto y santidad de sus tocas una madre desgraciada.

Rama de un esclarecido y antiquísimo linaje venido muy a menos con el tiempo y los despilfarros, hija de un padre más orgulloso de sus blasones cuanto más pobre, privada de toda distracción y trato dé gente en la soledad de la ruinosa casa solariega, en que, por cuidado de que no ti ascendieran a ¡a calle las estrecheces del hogar, la tenía encerrada la soberbia paterna, G ni omar, que éste fué su romancesco nombre en el mundo, sólo supo de éste lo poco que podo entren er por las cerradas ventanas do su prisión, en la quieta ciudad cercana a Sevilla, donde se refugió su padre al amparo del maltratado escudo de armas que, sobre la portalada, se iba cayendo poco a poco.

Y sucedió lo inevitable. Un día se alegró la soledad de Guiomar con las ilusiones del amor; pasó un tenorio pueblerino por el melancólico jardín de sus anhelos ju ven Jes y se llevó la flor más preciada. Llegó un momento en que no fué posible mantener secreto lo que a la vista estaba. El galán, tornadizo y novelero, huyó del pueblo sin dar las debidas reparaciones, que no se avenían con su natural donjuanesco ni con la codicia de su enriquecida familia. El padre de Guiomar, que jamás hubiese consentido tampoco un enlace en pugna con la altivez de su árbol genealógico, se impuso fiero a su hija, y una noche, próximo el trance fatal, se la llevó secretamente a un lejano huerto, mezquino e hipotecado resto de su fortuna. Allí, sin otra asistencia que la buena voluntad de la fecunda mujer del hortelano, dió a luz Guiomar con terribles dolores una criatura, cuya cara nunca tuvo la dicha de ver porque antes de que volviese en sí del desvanecimiento que le sobrevino

se la habían llevado. Todo cuanto pudo decirle entre lágrimas y sobresaltos la compasión de la hortelana, asustada por las amenazas de su amo, fué que había dado a luz un niño. En cuanto a su paradero, la pebre mujer no sabía nada, y el padre jamás consintió a su hija palabra sobre ello. Todas las súplicas de Guiomar se estrellaron en la soberbia de los gules, rodelas, espadas y calderos de su escudo nobiliario. Nunca supo nada. Unicamente creyó adivinar que la criatura había sido depositada en la cuna sevillana.

Cayeron, casi al mismo tiempo, sobre la noble casa otras desgracias. El primogénito, que andaba en la corte a la persecución de un destino, se vi ó complicado en una fea estafa y huyó de la justicia, ya que no pudo hacerlo del escándalo. Perdióse definitivamente un pleito, última esperanza de la casa. La soberbia del padre no pudo resistir tantos golpes y una noche, en la soledad de su cuarto, reventó de ira y de orgullo maltratado.

Guiomar cayó gravemente enferma. Cuando recobró la salud entró en el Noviciado de las Hijas de San Vicente de Paúl, y, luego que profesó, fué destinada, por influencia de su único pariente y amparo don Ismael Sánchez Marquina, al Hospicio de Sevilla, donde, como consoladoramente le escribió su tío, “había muchos hijos sin madre, que podían satisfacer la sed de amor filial de su dolorido corazón de madre sin hijo”.

Poco a poco “aquella idea” fué trabajando, más que en el cerebro, en el corazón de sor María del Amor Hermoso. Cuando no la veían cogía a Currito en brazos y le estaba mirando larguísimo rato a los ojos, queriendo meterse por ellas a explorar el misterio que nunca descifraría, y buscando parecidos que, ¡ay!, tan pronto encontraba como se desvanecían, hasta que el chiquillo quedábasele dormido en los brazos, al dulce calor (maternal del corazón.

¿Sería?…

Cautelosamente averiguó la fecha de entrada de Currito en la Inclusa, sin poder deducir nada de ello, pues aun cuando vino a ser en la época aproximada de su tragedia, sobre que a ella le era imposible determinar con exactitud el día, por aquel tiempo recibió muchos niños el piadoso torno.

Y, a pesar de todo, era tan grato a su corazón el sentimiento maternal que iba naciendo en él, que le costaba trabajo renunciar a esta consoladora fantasía. ¿Por qué no había de ser su hijo? ¿Y si Dios, compadecido de sus dolores, la había llevado allí para entregárselo?

Su tío, con quien al cabo decidió consultar el caso, la reprendió seriamente, combatiendo sus imaginaciones. No se sabía nada, no podía saberse. Ni siquiera cabía admitir la seguridad del abandono en el torno de la cuna, porque todo lo hizo solo aquel hombre empecatado, sin que dejara traslucir nada. ¿Qué disparates eran, pues, aquéllos? En cambio, estaba bien clara la consoladora predilección con que Dios la elegía por suya, haciéndola madre de tantos hijos sin ella, y era ofenderle la crueldad de abandonarlos a todos por uno.

Tenía razón su tío. Era doloroso confesarlo; pero sus imaginaciones carecían de fundamento. No era, no podía ser. ¡Adiós a una dulcísima ilusión! Y, para no volver a caer en tentaciones, apartó de sí al niño.

Mas una tarde festiva en que Currito, después de la merienda, se quedó solo con ella en el refectorio, esperando el acostumbrado plus de golosinas, que hasta hacía muy poco nunca le faltara, y que ahora negábale inflexible esta sor María seca y adusta que el inocente no se explicaba, la hermana, atareada con sus comestibles y sus llaves, le increpó malhumorada con áspera voz:

—¿Qué haces aquí? ¿Qué quieres? ¡Fuera, que no te quiero ver! ¡Largo!

Los cinco desmedrados años de Currito se empavorecieron; el dedito goloso que se extendía hacia un montón de dátiles se encogió de pronto; tembló todo su cuerpecito; se enfurruñó la carita en un desconsolado puchero, y ya iba a romper a llorar cuando el sentimiento, más elocuente que todas las razones, que puede más que todas las inteligencias, que todo lo arrolla y todo lo avasalla, sublevóse en la monja, la inclinó hacia el niño, se lo puso en los brazos y se desbordó en furiosos besos, con que sor María, palpitante el pecho bajo el hábito santo, alborotado el corazón, trémulos los labios, húmedos los ojos y gozosa el alma, desfogó el ansia maternal que la consumía,

—¡Mi vida! ¡Mi corazón! ¡Mi cielo! ¡Hijito! ¡Hi- jito mío! ¡Hijo de mi alma!

Y el incluserito, curado de su miedo, feliz con el calor nunca sentido de aquellas maternales apreturas, le echó las manitas a la cara y la besó también, di- ciéndole mimoso:

—¡Mamá!…

Tembló toda ella. ¡Virgen Santísima! Pero la misma fuerza de la emoción la llamó a la realidad. Se impuso a sí misma, serenóse, dió un último y apasionado beso a Currito y le despidió con un puñado de dátiles, encargándole silencio poniéndose un dedo ordenador sobre los labios.

—¡Chis! ¡Calla!

Luego, en la capilla, se dijo una vez más, la última, que aquello era un desatino…; pero resuelta a no volver a la rpión, guardó para sí el consuelo de esta locura. Y fué casi feliz.

Desde entonces Carrito sintióse continua y celosamente asistido por el cariño de la Hermana; que, por amor de él, atendió todavía con mayor interés a los demás hospicianos, sintiéndose más madre de todos. Y cuando, poco después, muerta la superiora, fué nombrada para este puesto, un poco por la influencia de su tío y mucho por sus buenas obras, sor María del Amor Hermoso no sintió la satisfacción

del cargo hasta que, llena el alma de ternura, contestó a los vítores de los asilados, en la fiesta familiar con que se celebraba el nombramiento:

—Ahora todos tenéis que llamarme Madre. Y es verdad, porque soy vuestra madre. ¡Vuestra madre!

Y, por la tarde, volviendo de la capilla, al encontrarse en el claustro solitario con Currito, que corría con un balón, sofocado y feliz, a la alegría de los juegos del patio, le detuvo para acariciarle con pasión

contenida mientras murmuraba balbuciente a su oído unas palabras que no entendió la inocencia del niño, ansioso por desasirse y escapar al recreo.

—De todos, Madre…; ¡pero tuya, mamá!

¡Si sor María lo hubiera podido sospechar!… Este cariño facilitó el camino de Currito.

Cuando le propusieron oficio de los que en el asilo podían aprenderse, Currito eligió el de San José, patrono de su dormitorio, impresionado por la poesía de sus devociones infantiles e inducido por sor María del Amor Hermoso, porque el señor Salvador, el maestro carpintero, era un buen hombre, que trataba muy bien a sus aprendices, no como el zapatero, que llenaba a los suyos de chichones y cardenales a fuerza de capones y de correazos con el tirapié.

“Maestro Sarvaó”, como le llamaban en Sevilla todos—un vejete parlanchín y simpático que siempre estaba contento, “tocando los pitos” (hr.ciendo castañetas) y jaleándose, ¡ole!—, tomó en seguida cariño a Currito por la silenciosa atención con que, mientras I03 otros aprendices le hacían burla, oía sus inacabables y estropajosas divagaciones taurinas cada vez que el hombre, animado por el alegre burbujeo interior de unos chatitos, se ponía a imitar en el taller a Carita ancha, “¡ole!”; al señor Antonio el Gordo, “¡ole!, ¡ole!”, y a “San Rafaé Molina, Lagartijo, ¡ole!,

¡ole!, ¡ole! y ¡ar3a pilili!” Y daba una insegura vuelta haciéndose palmas.

La “aplicación” de Currito tuvo pronto su premio. "Maestro Sarvaó”, que era el carpintero de la plaza de toros, pidió permiso a la superiora para llevarse al aprendiz los domingos de corrida a que le ayudase a recorrer las puertas y tableros por la mañana, con lo'que el chiquillo se quedaba luego a presenciar la función de la tarde, licencia que la Madre otorgó eom- nlacida por lo que podía servir para la enseñanza del muchacho y la distracción quo la fiesta le proporcionaría.

La primera corrida que vió el hospiciano, una novillada cualquiera, 1<· dejó una deslumbrada y confusa impresión, que se redujo en sus recuerdos de la semana a la luz característica de la plaza, a los gritos de los vendedores —“¡Hay langostinos y bocas! ¡Hay bocas!”—, al brillo de los trajes de luces, a los toreros corriendo celante del toro y saltando la barrera, que fué la suerte que más le gustó, y al estruendo, confusión y volubilidad del gentío, tan pronto aplaudiendo como silbando. Después, en sucesivas corridas, fué haciendo observaciones y descubrimientos y, guiado per el maestro, estableció distinciones, y cuando vió en las corridas de feria a los grandes toreros de entonces, el toreo arraigó profundamente en aquel espíritu virgen.

“Maestro Sarvaó" admiróse una tarde viendo a Currito torear con su blusiJIa a los compañeros de taller, y estuvo a punto de volverse loco cuando en la fiesta patronal lució el aprendiz sus habilidades taurinas ante la comunidad asombrada, el visitador y los invitados, toreando de salón con un capotillo que le regaló el propio maestro, “como el mismísimo San Rafaé Molina, Lagartijo; ¡ole!, ¡ole! y ¡ole!”.

Desde aquel punto y hora adquirió Currito categoría heroica entre sus compañeros, que le admiraren, reverenciaron y envidiaron mucho más como torero, que por el diploma que aquella mañana le entregó

solemnemente el diputado visitador en la distribución de premios y la medalla dorada que los dedos temblorosos de la Madre le prendieron en la blusilla, para galardona;· su sobresaliente comportamiento en la clase de carpintería, donde el chico era una maravilla haciendo con un cepillo en un tablón escalas y zanjas profundas.

No jugó en adelante a otra cosa ni tuvo otra conversación, otros anhelos ni más pensamiento que los toros. “Maestro Sarvaó”, aficionado viejo, que se jactaba de haber visto de niño a Paquiro… sentado a la puerta de su casa tomando el sol, ya retirado, se pasaba las horas muertas hablando a Carrito de toreo, Y Carrito acabó por torearlo todo: a sus compañeros, al maestro, a los bancos y al puchero de la cola, que manifestaba una inalterable pasividad de manso inconmovible ante aquellos recortes ceñidos que le hacían rodar tantas veces.

Tuvo, en fir, hasta cuadrilla, en la que cía sobresaliente, banderillero de punca y peón de confianza “Migué” S'lverio, un aprendiz del taller de zapatería, a quien llamaban de mote Gazuza, por su voracidad nunca satisfecha.

—¡Chiquiyo, qué toreraso vas a sé!—decíale entusiasmado “maestro Sarvaó”—. ¡Ni San Rafaé Molina! ¡Ole! Esto va a habé que jablalo en serio.

Y la seriedad fué que una mañana temprano, so pretexto de unas obras fuera de la casa, se llevó a Currito, que era ya un mozalbete, aunque de poca representación por lo “canijo”, a torear la becerra de los señoritos y los horteras ilusos en la Venta de Gua- daira, y que la prueba fué tan satisfactoria que de^de aquel punto y hora comenzaron a llover fuera de la casa obras, “en las que er chava aprendería lo que en er Hospisio no”, coincidentes siempre con los tentaderos en que era fácil tirar dos capotazos a una becerra, las alborotadas capeas de Coria, Santiponce y La Algaba, o las excursiones con otros torerillos en agraz a los cerrados cercanos a Sevilla, donde, luego de cruzar el

río a nado a favor de las complacientes sombras de la noche, se podía separar una vaca, un becerro o, si se terciaba, un toro, para torearlos aprovechando los descuidos de guardas y vaque, os, mucho más difíciles y peligrosos de sortear que los pitones.

Currito volvía de sus trabajos carpinteriles lleno de chichones, cardenales y “sietes” en la ropa, que alarmaban a sor María del Amor Hermoso, sin que acertasen a tranquilizarla las enigmáticas explicaciones dadas por el “maestro”.

—Gajes der ofisio y ná má que gajes der ofisio. No s’apure usté, señora, que tóo eso es roía 3ensia. ¡Ole!

Pero la Madre, aunque no comprendía nada, cortó por lo sano, suprimiendo las salidas extraordinarias, y sólo permitió, cediendo a muy apremiantes ruegos de ©irrito, las de los domingos de toros.

“Maestro Sarvaó” se encogió de hombros. ¡Ya!… Lo que el niño tenía que hacer en adelante había de ser en la plaza con toda formalidad. Ya lo arreglaría él.

Y mientras Currito se hinchaba de torear a sus compañeros en los recreos del Hospicio, y cuando le petaba en el taller mismo, a la hora del trabajo, “maestro Sarvaó'' iba diciendo por todas partes, como quien pone un cartel, en las esquinas o un anuncio en los periódicos, que “tenía un chava que iba a sé er pasmo der toreo”.

¿Quién iba a decirle a Copita, correligionario de chatos y medias cañas del “maestro Sarvaó”, que aquella cansera del pajolero niño, con que el carpintero le abrumaba ias noches comunicativas de los sábados y de otros días de la semana, la iba él a dar, andando el tiempo, a todo el que se le pusiera a tiro, y aunque se colocase más lejos?

Pobre porfiado…

Había por aquel entonces en Sevilla un aficionado popularísimo, más que por sus conocimientos de la abstrusa ciencia tauromáquica, por la buena sombra, la

despreocupación y la saña con que de continuo mortificaba en la plaza a los toreros en desgracia, poniéndoles en ridículo con ocurrentes vayas o “chuflas”, reídas y coreadas por todo el público, con desesperación de los taurómacos “serios” que se indignan con “los que van a los toros a divertirse”. Don Evelio, que así se llamaba el sujeto, era el aficionado de mejor humor y más poderosos pulmones de la plaza sevillana…'enía la rápida visión del lado ridículo de las cosas y el ingenio fácil y chispeante para destacarlo. No podía estarse quieto ni callado en su localidad; siempre tenía pronto un comentario burlesco y sangriento para el torero torpe o medroso que estaba delante del toro. A la hora de la desgracia era temible. ¡Ay del torero que él cogiese por su cuenta!

Ahora que así que se acababa la corrida los toreros le tomaban a él por la suya el resto de la semana, y allá te van mojicones y palos sobre el humorista, de tal modo que durante la temporada don Evelio era más seguro en las Casas de Socorro que los médicos y practicantes.

El más experto anatómico no conocía mejor la topografía médica de la cabeza que don Evelio a fuerza de golpes en la suya. Como que al entrar en la Casa de Socorro, en vez de las “Buenas noches” de cortesía, saludaba al practicante encargado de extender los partes dictándole el de las lesiones que llevaba:

—Epistaxis traumática y dolores contusivos en el epigastrio.

Todavía ríe Sevilla los animados incidentes de la guerra entablada entre don Evelio y las narices de nuestro buen amigo Copita. Porque Joaquín González, ya no podemos guardarle más tiempo el secreto, era poseedor de un órgano nasal largo, ancho, carnoso, cyranesco; una nariz que, como escribió un día don Evelio, “no se llenaba aunque estuviera lloviendo gafas un año”.

Desde que asomaba en la puerta de las cuadrillas la nariz de Copita comenzaba don Evelio a disparar contra ella.

—¡Juye—le gritaba al toro—, que te va a atravesó con eso que lleva en la cara!

Y si Copita sufría algún volteo aparatoso, se alzaba don Evelio en su asiento, tranquilizando al público apenas el banderillero “tomaba tierra”:

—¡Ná, señores! No asustarse. Comá en el purmón derecho, con salía der “istetino”; pero la narí intarta. ¡Ná!

La fertilidad imaginativa de Copita se patentizó en su respuesta callejera a las agresiones de don Evelio en la plaza. Nada de mancharse las manos, escandalizar con broncas y perder el tiempo y el dinero, que no tenía, en el Juzgado municipal. Más fino y más eficaz. En verano, atado a una punta de un recio pañuelo de yerbas, y en invierno, en la del embozo derecho de la capa, llevaba Copita un pedrusco, y, en cuanto divisaba a don Evelio, venga darse aire con el pañuelo o abrigarse, embozándose con fuerza cuando estaba a tiro el humorista, y ¡pum!:

—Contusión de primer grado en la región parietal izquierda sin salida de la sesera porque no la he traído.

Hasta que una noche, don Evelio, que nunca huyó el bulto aun teniendo la paliza segura, se fué a Copita con la mano extendida por delante y le dijo, parando el golpe, más previsor que Temístocles:

—Espera, que a hablarte voy.

Copita le clavó dos ojos fulminantes, que buscaban el escondite de la nuez en el cuello del estoico, con ansia de destrozársela a "bocaos”.

—Diga usté ya… ¡Fiscá!

—Pues…, mi apresiable sivil: el objeto de la presente no es otro que pedirte que vengas a pegarme en un sitio que sé yo.

—¡Vamos!—contestó resuelto Copita, creyendo otro el propósito de don Evelio.

Pero el humorista, para evitar confusiones, se apresuró a explicar a su adversario, mientras caminaban, grave y ceñudo el uno y tan descuidado y como si tal cosa el otro:

—¿Sabes? Es que he estrenao hoy este traje, que sabe Dios cuándo me veré en otra, y como la sangre es tan cochina que luego no salen las manchas ni con polvos de esos que se llevan la ropa consigo, pues me he dicho: "Yéndonos a la puerta de la clínica y dándome tú allí el golpe no tengo tiempo de empringarme, y todos satisfechos".

—Le creía a usté más hombre—contestó desengañado y despectivo Copita.

—¿Más hombre que esto, Joaquín de mi vía? ¡Espartano puro! Tú no sabes Historia, que si la supieses…

Total: que para explicársela, y ροχ-que había tiempo de sobra para todo, don Evelio propuso a Copita entrar en una taberna que había allí cerca a beber unos chatos y aprender un cachito de Historia; que chato viene y chato viene, el humorista contó al banderillero con su pintoresca facundia un capítulo, si no muy exacto, por lo menos muy entretenido, de la historia de Grecia; que pagó Copita, ¡naturalmente!, y que acabaron los hombres más amigos del mundo, saliendo juntos del brazo para darse mutuo apoyo en los continuos tropezones de su andar vacilante.

—Amigos pa toa la vía, don Evelio…; pero en la plasa "sonsi".

—Bueno; pero dame la piedra, que me voy a hasé un alfilé de corbata pa recuerdo.

A esta amistad, sostenida y afianzada por un perfecto acuerdo respecto al mérito de cada clase de vino y la apreciación de los establecimientos donde se encontraban los mejores, con las mayores facilidades para el pago, pidió

ayuda “maestro Sarvaó”, por mediación de Copita, para que “su niño” saliese a torear eii Sevilla.

Porque este don Evelio, que se pasaba la vida tomando el toreo a broma y metiéndose con los toreros, vivía de los toros. Uno de tantos que sin peinar coleta, ponerse delante de un comúpeta ni trabajar en cosa que con la tauromaquia se relacione, ni con nada, encuentran en el toreo segura renta y cómoda y alegre manera de vivir… Todos los años, a fines de invierno, cuando la afición, aburrida, comienza a impacientarse, don Evelio organizaba a modo de aperitivo una corrida de “chuña”, a la cual acudía la gente, ansiosa de toros y de broma, dispuesta a reir, atraída por el ch ocarrero programa urdido por la vena de este Diógenes taurino, que de buena gana se pasaría también la vida en un tonel… lleno de manzanilla.

Estas funciones tenían dos partes, una de broma y otra seria en la que se ofrecía el debut de varios dcs- con 'cides, aspirantes a “fenómenos”, que volvían a su casa tan destrozados de ropa como de ilusiones.

Con la apretada recomendación de Copita y el eficaz apoyo de unos chatos acudió “maestro Sarvaó” a don Evelio para que sacara al niño de “espá” en la corrida que estaca organizando.

—¿Es jorobeta su niño de usté?

—¿Jorobeta? ¡No, señó!—respondió ofendido el carpintero—. ¿Pa qué va a sé eso? Ná má es que mu guapo y mu plantao…, aunque no levanta mucho.

Pues no servía. Don Evelio necesitaba jorobados para la cuadrilla burlesca que estaba organizando, en la cual saldría de primer espada nada menos que el Cherepa de la Enramadilla, un sujeto que le habían ponderado mucho y que con sus dos prominencias en pedio y espalda presumía de torero y conquistador, y llevaba en las solapas y en la corbata alfileres con letreros significativos: “Se necesita una doncella”, “El amor es ciego”, etc., etc.

“Maestro Sarvaó” quería para su niño—“canclita fina, ¡ole!”—un puesto de espada en la parte seria, seguro, como todos los padrinos do toreros, de que “armaría el escándalo” en cuanto se viese delante del toro. Pero, sobre que al otro escandaloso le tenían sin cuidado los alborotes de los toreros, ocurría que, no sólo estaban comprometidos los cuatro puestos de los debutantes—“¡Si hay cola, maestro!"—, sino que tenía don Evelio en el uolsillo las ciento cincuenta pesetas que cada fenómeno nuevo lo abonaba para salir en esta corrida. Porque don Eveli-o cobraba en vez de pagar a sus toreros. El era un empresario montado a la moderna y al aire. Unicamente, por excepción inconcebible, había estipulado paga para el Cherepa de la Enramadilla, y eso porque no le había contratado él personalmente, que no le conocía, y el otro se había valido de la ocasión.

El maestro no insistió. Otra vez seria. Mas don Evelio, ingenio fecundo, que se veía muy apurado para completar su cuadrilla de jorobetas, le propuso una magnífica solución. Con cincuenta pesetas pa*a él y una joroba postiza para Currito podía matar el niño, si se atrevía, el segundo toro de la primera parte, alternando con el Cherepa.

—¡Eso es dinigriante!—protesto, nuevamente ofendido, el carpintero.

—Lo único denigrante en este mundo es no come, “maestro Sarvaó”. ¿No dise usté que el niño es un prodigio que va a armá una rivolusión?

—Un joyín como er de los cantonales.

—Pues, ¡federal de mi alma!, ¿qué más da que salga de un modo u otro? En cuantito que arme la gorda se arranca la joroba y le dise al público: “¡Eh, que yo no soy lo que paresco!” Les hase grasia, le ovasio- nan, y al día siguiente sale disiendo la prensa que ha pasao por la plasa la paloma asul de mi tío Lagartijo.

“Maestro Sarvaó” se dejó convencer, aflojó la “masca” y Currito pisó por vez primera el ruedo sevillano lamentablemente vestido de mamarracho, con un traje de color indefinible y luces tan apagadas que era dudoso que hubieran alumbrado nunca. En la espalda lucía una gran joroba—el serrín de una semana—. A su lado, precediendo a la media docena de jorobetas más o menos auténticos que iban a funcionar de banderilleros, caminaba presumido y jacarandoso el Cherepa de la Enramadüla, entre la risa, la rechifla y los liaranjazos del graderío alborotado y cruel.

¡Qué gentecita! El Cherepa tuvo que hacer el paseo descubierto, porque en el momento de echar a andar un guasón se le llevó la montera. El hombre se negaba a salir; pero los “guindillas”, que no sabe usted la guasa que tienen en Sevilla, le obligaron a hacerlo.

—¿Pero cómo sargo yo sin montera?

—Vas rascándote la cabesa y disimulas—le aconsejó uno de ellos.

Lo gordo fué al abrirse el chiquero y dar salida al primer torete. Los jorobados se dieron a huir despavoridos en apurada demanda de la barrera, resbalando al tomar el estribo y dándose pechugones y cabezadas contra las tablas, en la prisa y atolondramiento del miedo. Al Cherepa de la EnramadiUa ni a empujones y tirando de él hubo manera de acercarle al pacífico torete.

—¡Que se va a arranca! jQuo se arranca, que se arranca! —gritaba el infeliz, resistiéndose esforzadamente en el paroxismo del pánico—. jNo seáis ustedes brutos, que se arranca!.. ¡A la cársel i Prefiero la cár- sel. Que me yeven a la cársel, que esto es mu serio. ¡A la cársel, que se arranca!

Currito fué el único que allí mostró decisión y “maneras”. Pero ¿de qué le servía si, sobre ser ilidiables los toretes, el público sólo iba a reirse, y cuando más pinturero quiso mostrarse el hospiciano se le empezó a deshinchar la joroba, y, mientras la una pierna iba regando serrín, en la

otra se le formó un bulto tremendo que crecía por momentos?

—¡A ver, un carro mudansa pa ayudar a ese a jasé!a de la joroba!

—¡A ese, que se muda sin pagá lisensia!

¡Ridículo más grande!…

¡Ay, si el maestro Sarvaó hubiera podido coger a don Evelio por su cuenta!… ¡Virutas haría de él! ¡Qué virutas! iRoío serrín! Serrín pa los gatos.

Pero ¡cualquiera echaba aquellos días la vista encima al humorista, a pesar de ser tantos a buscarle, desde los toreros a los contratistas de servicios, que no hallaban modo de cobrar! Su perseguidor más tenaz era el Cherepa de la Enramadilla, que se presentaba cada media hora en la taberna donde tenían o se dejaban sus reales el maestro Sarvaó y Coaita, y en la cual era antee punto fuerte don Evelio.

—¿Ha venía er tío ese? ¿Es arguno de estos señores ese tío?

—¿Pero uató no lo conose?

—¿Yo? ¡Ni ganas! En mi vía le he visto; pero no m’ha pagao y me la va pagá. ¡Por éstas!

—Lo que tú debes haser—le aconsejó Copita—es ir a buscarle a su casa y mentarle la madre.

—Y toa su familia—añadió rencoroso el carpintero.

—Tié usté rasón.

Y el Cherepa salió disparado para la lejana calle donde vivía “ese tío”.

El mismo don Evelij salió a abrirle descuidadamente, engañado por la tenue llamada de la campanilla.

—¿Está don Evtlio?—preguntó jaquetón el Cherepa.

—No está don Evelio—contestó imperturbable el otro, disponiéndose a cerrar la puerta.

Mas el Cherepa avanzó un paso, firme y decidido, y chilló con una vocecita agria que quiso hacer terrible:

—¡Es que yo vengo a mentarle la madre!

—Pues su madre tampoco está—respondió don Evelio con la misma flema, empujando al Cherepa dulcemente y cerrando la puerta.

Ni aun el placer de vengarse por mano ajena le fué concedido al “maestro Sarvaó”. Estaba inconsolable. Con un mar de manzanilla no tenía bastante para ahogar su pena, y no se dice para ahogarse él porque tratándose del vinillo optimista sobre todos, “maestro Sarvaó” llevaba siempre puesto salvavidas.

Por fortuna, Copita le resucitó una noche vertiendo en su oído estas palabras:

—¿Quiere usté que probemos en serio ar chava er domingo en Boyuyos de la Mitnsión? El cosario, que es amigo mío y tiene encargo de contratar la cua- driya, me lo ha dao a mí. Son dies “baros” por matar un toro y atorear la capea.

Fueron el domingo a Bollullos. ¿No habían de ir?

Como si se le hubiese muerto alguna persona de la familia, lloraba después de la corrida “maestro Sar- vao” lágrimas… ¿Lágrimas?… Bueno; lágrimas y manzanilla, oyendo a Covita, mano a mano con una batea de cañas.

—¡Osú, qué toreras o, “maestro Sarvaó”! No le farta ná más que plasearse y picardía. Aquí hay un torero mu grande. ¡Mu grande! Yo chanelo de eso.

¡Más que nadie! Yeva er toreo dentro. Le ha nasío con é. Déjamelo usté a mí. ¡Va usté a vé!

¡Pícara vida! Pocas semanas después, sin esperar el día solemne y triunfal en que Currito había de estremecer al mundo desde el ruedo sevillano, “maestro Sarvaó” subía al cielo a visitar a su San Rafael Molina, ¡ole, ole y ole!, y a la cuadrilla de ángeles toreros tan llevada y traída en las hipérboles de los aficionados.

Currito, que después de la prueba definitiva de Bollullos había vuelto, por consejo de sus padrinos, a esperar en el asilo días propicios, apenóse mucho con la muerte del “maestro Sarvaó”, por lo que le quería y porque cieyó cerrado con ella su camino. ¿Cómo se las iba a arreglar de allí en adelante sin aquel cómplice de sus escapatorias?

Gazuza, su banderillero de confianza, le dio la solución. Se fugarían. ¡Poquitas ganas que tenía “Migué” Silverio de verse con los palos en la mano ante un cárdeno de veras! Porque tenía que ser cárdeno. En lo de matar no se metería por ahora, para no hacer sombra al amigo; pero banderillear…, ¡al sol que quisiera embestirle!

—¡Amonos, Currito! Ahora son los tentaeros y de seguía escomiensan las capeas.

—¿Y después?… ¿Y la Madre?

—Después no nos van a fartá corrías. Y sor María, cuando nos vea, dentro unos meses, entrá vestios de toreros con un cartucho de duros asín de grande en er borsiyo, se le cae la baba. Pues ¿y mi madre? La vi a mercá un vestío de sea de a dos mí reales, y a mis hermaniyos dos arrobas de pestiños pa que se jinchen. ¡Amonos!

Huyeron; rodaron de pueblo en pueblo; a veces el hambre los empujaba al Hospicio, donde eran readmitidos gracias a la bondad de la angustiada sor María del Amor Hermoso. Alguna vez los restituyó la benemérita. A Gazuza, por más culpable, único culpable de aquel horror en concepto de la superiora, le expulsaron definitivamente del asilo, con desesperación de su infeliz madre, que apenas sacaba para vivir ella y sus otros dos chiquitines de un continuo aperreo de asistenta y lavandera.

—¿Qué has hecho, grandísimo ladrón?

—¡Es que me tira er arte, madre! La vi a trae a usté más orejas que hay en los serraos de Miura.

—¡Con dos pa las papas de hoy me contentaba, hiho!

Hasta que un día, diez o doce meses antes de la fecha en que comienza este relato, Currito, burlando todas las vigilancias, se fugó definitivamente del Hospicio para lanzarse de lleno, con Gazuza, a las malandanzas, miserias y humillaciones que acompañan a los torerillos en agraz en su penoso aprendizaje, huyendo como criminales de los tricornios de los civiles; conociendo por el tamaño de sus garrotes y la fuerza de sus puños, antes que por sus apodos, a los guardas jurados de media Andalucía, y descansando en el duro suelo de cárceles pueblerinas las dolorosas palizas de los toros viejos corridos en cien capeas, o de los mozos salvajes, que se consideraban defraudados cuando no se dejaban coger.

Padecieron las inacabables caminatas a pie con hambre y sed; las noches sin cama ni techo; la hostilidad de los sudorosos jornaleros del campo, que los veían vagabundear con odio, considerándolos una mofa burguesil de su aperreada vida, al par que con envidia por las esperanzas de redención, vedada a su cobardía, que representaban; todo el áspero camino, en fin, que han de seguir los que aspiran a desposarse con la gloria en la plaza de toros.

* * *

Así recorrieron en un itinerario absurdo y accidentado media Andalucía y. las provincias limítrofes, desde Cumbres Mayores, en Huelva, a Yeste, en la de Albacete, tan pronto en los topes de los trenes, debajo de los asientos o en las garitas de los guardafrenos, como baqueteados en los carros de los trajinantes compasivos, o a pie, legua tras legua, “jasiendo piernas”. En Fuentes de León conocieron a la señá Catalina, la bondadosa posadera "madrina” de todos los torerillos, célebre en los anales taurinos por su protección al Espartero cuando, en sus comienzos, corría el mundo de capea en capea. Admiraron en Cumbres el valor de los mozós, que aguardaban a la puerta del chiquero, en dos filas fronteras, la salida del toro para clavarle al pasar

los arponcillos que llevaban en la mano, dispuestos a la cornada antes que a merecer el dictado de cobardes. Supieron en Orcera de la crueldad de las mujeres, oyéndolas llamar desde el seguro de sus carros o sus balcones, acaso obedientes a un sentimiento rencoroso, a los mozos con novia—"¡Que salga el novio Fulano!"—para que pusieran el sombrero en el testuz del toro en demostración de su valor. Y luego pedían, para castigar la cobardía de los jóvenes, que salieran los viejos que fueron lejanamente novios de alguna, tal vez de la que ahora, todavía despechada y vengativa, los llamaba a realizar la hazaña, con sobresalto del médico, del boticario y hasta del sepulturero. Más allá tuvieron nuevo ejemplo de la bondad del corazón femenino viéndolas clavar sus agudos alfileres de cabeza en las manos de los mozos que, huyendo del toro, se encaramaban a los carros o a las rejas. Y cuanto más expuesto era el descenso por la proximidad de la fiera, más sañudos los alfilerazos y más fuertes las carcajadas. Encontraron en Siles, aunque ellos, naturalmente, no se enteraron, restos del paganismo ritual, que no acaba de borrarse de nuestras costumbres populares religiosas, en aquel torear sin descanso durante dos días a los dos toros de muerte, hasta amansarlos en términos de poder conducirlos procesionalmente, amarrados por los cuernos con largas y gruesas cuerdas de las que tiraba todo el pueblo, a la ermita del Santo, ante la cual eran paganamente sacrificados para que el cura los repartiese, en trozos, entre los vecinos y los torerillos, que recibían su ración con el ansia y la alegría de quien tiene por cuaresma el año entero. En Cabezarados, donde se verificaba el primer encuentro de la temporada caperil de los torerillos madrileños y andaluces, tuvieron la inevitable riña con los postineros cortesanos, que presumían más que un debutante cortando orejas porque se desayunaban con "calentitos" y chocolate de la Colonial, "como la listocrasia", y tenían labia para "cobear" a los alcaldes y llevarse la

muerte del toro, y viveza para largarse de las posadas sin pagar, bien alimentados con sabrosas magras, riéndose de las “papas en paseo” o patatas viudas, como por estos reinos de Castilla se las llama, que constituían el lujo gastronómico de los fenómenos andaluces. Y, en fin, pasaron por cien pueblos más, de memoria varia, de muchos de los cuales no volvieron a recordar el nombi-e, que nunca tampoco supieron con certeza, bastándoles para sus referencias con las noticias de algún suceso que en ellos les acaeciera. “El pueblo aquel donde al gazpacho le llaman “el resplandó” y no convidan a nadie.” Aquel otro donde el zapatero le dió dos reales a Currito por pasarse un día leyéndole, a golpes y tropezones, en un tomo grasicnto sin principio ni fin ni casi medio, la mutilada historia de Luis Candelas, mientras Gazuza, bajo la mirada desconfiada y exigente del maestro, machacaba sin descanso suela y más suela, por la promesa de la comida, ni buena ni abundante. El villorrio manchego en donde todos los que entraban en la posada a verlos, como si fueran bichos raros, les saludaban con las mismas preocupadoras palabras, entre risotadas de maligna esperanza: “¡Un toro más majo os han traído! ¡Ya ha matao a un mozo al encerrarlo! ¡A ver si os mata luego a alguno de vosotros! Pué que sea a éste^ O a éste que traga con tanta hambre—señalando a Gazuza—. ¡No comas más, que pa lo que te quea de vida!...”

Sin este Gctauza tan despierto y resuelto, Currito, todo encogimiento y humildad, hubiera retrocedido, amilanado por las dificultades de aquella vida de miseria y trabajos, que sólo la esperanzada ilusión de los años mozos puede sobrellevar. Por fortuna, allí estaba Miguel Silverio, a quien toda la decisión que le faltaba para arrimarse a los toros, porque, ¡ay!, le asustaban mucho los cuernos, sobrábale de acometimiento y habilidad en las circunstancias más peliagudas de la vida.

Apenas si en las primeras capeas el matonismo despótico de los tcrerillos “punteros”, que lo acaparaban todo, permitió a Currito tirar al descuido algún capotazo. Unicamente con los toros imposibles, de los que todos huían, podía lucir sus habilidades, a cambio de alguna caricia da los pitones, que dolía más luego, cuando Gazuza le curaba en el pajar de la posada con vinagre muy fuerte y muy salado. Con el dinero de los capotes paseados alrededor de la plaza para arrancar unas difíciles monedas a la roñosería de los paletos, tampoco pudieron contar en los primeros tiempos, pues se lo repartían los matoncetes po^· las viejas y eternas razones leoninas, entro las acobardadas maldiciones stítto voce de I03 otros principiantes.

Más de un mes vivieron Currito y Gazuza casi sin otro alimento que los huevos que sorbían agujereándoles con alfileres y dejaban después, como si tal cosa, muy colocaditos en los canastos y alacenas de los cortijos o posadas donde los acogían.

Por fin, la “harbeliá” de Currito, “que sabía llegarle a todos los toros” y alegraba las corridas con sus desplantes pintureros, fué dándole fama y le gané el fitvor de los matoncetes, que acabaron disputándosele para llevarle de auxiliar cuando cazaban la contrata del toro de muerte… y a veces le endosaban el encar- guito si el bicho “tenía que matar”. Además, Gazuza adquirió una gran navaja y se hizo también “guapo”… de boquilla.

Desde entonces entraron los dos hospicianos a la parte, aunque escatimada, en los “guantes” y les fué permitido brindar sus pares de banderillas—que Gazuza ni por equivocación clavaba en el toro—, atención que en algún pueblo rumboso y excepcional pagaban con una peseta, este “cateto” con un real, el otro con una perra gorda, y algún gracioso de lugar con un botellazo. Comenzó Currito a torear aquí y allá por su cuenta. Se acabó el dormir al

raso. Ya pudieron darse frecuentemente a la gastronomía de un sabroso gazpacho, unas opíparas sopas de ajo o unas exquisitas “papas en paseo con tropezones de hojitas de laurel”, y ya, en fin, llegaron a poseer, para su dicha, las ambicionadas "espá” y muleta, que Silverio ganó en una alborotada, tramposa y expuesta partida de monte, al abrigo de una tapia, a la salida de un pueblo.

—[Ya sernos mata ores, Currito!

Mas no fué sin protesta del perdidoso, 'pie si entregó lo perdido, obligado por el malquerer colectivo, harto de su tiránica matonería, lo hizo prometiendo recuperarlo más tarde por buenas o por malas.

Gazuza, que fué el primero en divisarle esperándoles, al anochecido, en una temerosa encrucijada por donde tenían que pasar los torerillos caminantes a otra capea, advirtió a Currito:

—Hay que toma er olwo.

Pero Currito, que a lo mejor asombraba a su encogimiento con un arranque enérgico, protestó. ¿Iban a huir dos hombres que llevaban al hombro, en el lío clásico colgado del estoque, dos pares de banderillas recién afiladas, a más de aquella otra arma pinchante y cortante que acababan de adquirir?

—i Trae pa acá la espá, que le vi a dá media en lo arto! ¡Brindo por usía!

—¡No; que se pué doblá!—negó a una en Gazuza el miedo y el instinto conservador del propietario,

que acababa de nacer en él—. Mejó es pirárselas. A corre no nos gana.

Y de un salto metiéronse por una rastrojera y huyeron, inútilmente perseguidos largo trecho por el matón, furioso.

Se imponía un prudente cambio Aⁿ aires. Sevilla era su tierra. Fn la primera estado.; tomaron una noche su kilométrico de topes en un mixto.

Viajar en los topes no es menos difícil y lleno de molestias que peligroso. Hay que tener el oído muy fino para conocer por el ruido la proximidad de las estaciones; hay que tirarse al entrar el tren en agujas y salir corriendo a tomarlo en marcha en las de salida, cuidando de no ser vistos por los empleados de la estación, que si no pueden cazarlos dan el soplo por telégrafo a la inmediata; hay que saber sortear a los revisores, a los conductores, a los civiles y a la muerte; hay, en fin, que luchar porfiadamente con el sueño, que acude irresistible a la secreta llamada del mucho cansancio y los pocos años, desoyendo suplicantes y acongojados "¡Dios mío, que no me duerma!", alejándose un poco, asustado del estruendo metálico de mi puente, para volver en seguida y agarrarse más terco y pesado en el paso asfixiante e inacabable de los túneles.

—¡Currito, no te duernas!

—¿Vas despierto, Gasusiya?

Y encima el hambre. ¿Cómo hacerse visible en una estación buscando provisiones? A bien que allí estaba el fecundo Gazvza con sus finas narices de perdiguero para oler dónde lo guisaban y dónde guardaban el guisado.

A prima noche alcanzó su tren en una estación a un largo mercancías. Gaztiza, erguido en su slipin, olfateó el aire.

#—¡Curro, a la fonda!

Y pegándose como lapas a un vagón de cabras, abrieron pronta y silenciosamente la puerta con sus navajas, se metieron en él, atrancaron por dentro y, ¡pide boca!, un día entero de banquete lácteo, siempre con la mesa puesta, hasta que en Cantillana los extrajeron a viva fuerza del restaurante hechos una lástima, que daba miedo acercárseles, pero satisfechos ¡y hasta gordos!

—¡A ver, una cuerda para atar a estos sinvergüenzas hasta que venga la Guardia civil í—ordenó el jefe al mozo.

—No nos ate usté, ¡por lo que más quiera!—gimoteó Gazuza suplicante—, que no ha sío curpa de nosotros, sino de ese, que nos jiso entrá a viva fuersn.

—¿Quién es ese?

—¡Ese! Er que se ha quedao escondió en er piso arto der vagón.

—¡Ah! ¿Pero hay otro? ¡Ahora verá!

Y jefe y mozo echaron a correr h&cia el vagón, abandonando a los muchachos.

—¡Vivo, Curro! ¡Dale a las tabas, que ya estamos en “Serva”!

Y, saltando la empalizada de la estación, se perdieron los torerillos a campo traviesa antes de que pudieran echarlos de menos.

Entretanto, sor María del Amor Hermoso, temerosa de la suerte del ingrato, lo encomendaba a todos I03 santos y santas de la Corte celestial.

—¿Y ahora?—le argumentaba don Ismael—. ¿Te convences de que todas esas voces, esos impulsos y atracciones de la sangre, son obra disparatada de tu imaginación? Se ha idc y no ha vuelto a acordarse de ti, porque a él no le grita la sangre. ¡Naturalmente! ¡Como que no tiene nada que decirle!

Cierto, indudable; pero aquella idea la había consolado tanto… Y el cariño, cultivado tanto tiempo, vivo estaba. Y el ansia maternal también.

Y sor María del Amor Hermoso, viendo pasar los días sin noticias y desvanecerse las esperanzas, lloraba silenciosamente, ocultándose de todos, en la soledad de su celda, o durante sus largas preces en la obscura capilla, con los ojos’y el corazón en la Virgen Santísima, rezando por el ingrato huido, temblando por él, sufriendo con maternal adivinación sus dolores.

¿Qué haría? ¿Dónde estaría?

—¡¡¡Madre!!!…

PRIMERA PARTE

¡TAN POQUITA COSA, TAN “SENIFICANTE

,

,

'

Capítulo I

A CABALLO EN EL CELAJE

UNA MANO brusca le despertó zarandeándole,

—¡Currito, hiho, arriba!—le gritó al oído una voz cascada—. Anda ar trabaho, no jagas como este arbo- rotao de mi Joaquín, que se vorvió loco con er toreo, y dejes lo positivo porque una ves t'haigan tocao las parmas.

Sin contestar, Currito se puso en pie de un salto, chapuzó la cabeza en el pilón del patio, se enjugó con la chaquetilla destrozada de la víspera, se alisó el pelo con la gorra al ponérsela, requirió el típico canasto de los obreros sevillanos, en el que la vieja había puesto el frugal almuerzo, tomó dos reales que le dió aquélla, y, comiéndose un calentito que compró en un puesto de la Europa, tras de matar el gusanillo— un día era un día—con una copa de Cazalla, que hizo asomar lágrimas a sus ojos, se encaminó presuroso a lo “positivo” por aquella laboriosa Sevilla matutina— la Sevilla verdadera, la Sevilla grande de los obreros artistas y de los artistas geniales, tan diferente de la Sevilla falsa de pandereta—, poblada de afanosos obreros, todos con el característico canasto amarillo del almuerzo en la mano; de obrerillas repeinadas, limpias y

floridas, y de risas y donaires que salían de todas las bocas fundiéndose en la alegría luminosa de ia ciudad risueña.

Lo “positivo” de que la “Abuela” habló a Currito era una modesta plaza de peón en los jardines del Alcázar. De todas las ocupaciones, trabajo de una semana, que, para defenderse todos del hambre durante el invierno, le había procurado su mentor (machacante de piedra en las carreteras, jornalero en la corta de Tablada, etc., etc.), ninguna le agradó tanto a Currito como ésta de peón jardinero, que un día de encajonamiento en los Merinales le consiguió el banderillero, entre “chuflas” y súplicas, de don Carlos Canale, inspector de los reales alcázares.

El lirismo ingénito de Currito despertó y desarrollóse en el jardín encantado. Como si el padre de la vida se le entrase en el alma, alegrábase, con una alegría sosegada y silenciosa, cuando el sol en lo más alto de su carrera, posesionado de todo el pensil, lo inundaba de luz y felicidad, pintando por doquier trémulas sombras verdes; pero sentíase más feliz en la serenidad del crepúsculo, y mucho más cuando se recogía ensimismado a señar esos sueños inconcretos, llenos de vagos anhelos de la iniciación juvenil, en alguno de sus escondidos rincones predilectos, solitarios oasis de melancolía en la alegría radiante del vergel.

Además, allí encontró Currito las flores. I as floree, que fueron las amigas, el amor de aquellos diez y siete años solitarios, sin calor de corazón junto a sí. Tenía para ellas admiraciones infantiles y cuidados y ternuras de enamorado. Las hablaba mimosamente,, “las echaba flores”, y, ansioso de afectos, se imaginaba que sus graciosos movimientos, a impulsos del aire suave, y su penetrante aroma al despertar del enervamiento de las horas ardientes de sol eran correspondencia cariñosa, que él recibía emocionado como palabras da una novia. Le inspiraban celos los pintores que se pasaban largas horas “retratándolas”, y cuando los jardineros despiadados las

cortaban para formar vistosos ramos con destino a los jefes de la casa, sufría como si le arrancasen algo del corazón y huía del dolor de aquella crueldad.

Desde que abandonó el maternal afecto de aquella sor María, tan buena, Currito no había sentido otro amor junto a sí. Cojñta, Gazuza, sus compañeros de escapadas a los cerrados, eran otra cosa, no eran nada; y él sentía cada vez más intensamente la pena de su soledad y el ansia de un cariño que la consolara. Y el jardín le producía la impresión de un lugar donde había quien le quería porque sí, sólo porque era Currito y porque estaba deseando querer y que le quisieran.

Por eso, al entrar esta mañana en el encantado pensil, después de aquel día de tantas y tan varias emociones, el pecho de Currito, como el de quien tras larga y agitada ausencia vuelve a respirar las auras patrias, al verse junto al estanque desde donde se domina todo el magnífico parque, se ensanchó en una aspiración de gigante, cual si quisiera tragarse de un golpe todo el embalsamado aire y la alegría del espléndido jardín de reyes.

—¡Qué oló más rica!… ¡A Seviyiya!

Veía desde allí todo el jardín con sus floridos patios, rincones de alegría, cubiei'tas las paredes por caprichosas enredaderas de dóciles naranjos, brindando a la vez sus dorados frutos y la delicia de los azahares; las altas y cimbreantes palmeras que se elevan hasta el cielo, no con ansia de volar, sino de ver toda aquella gloria; la pompa de I03 gayos rosales que aquí se levantan orgullosamente en me- . dio de un cuadro de flores, tal que un rey recibiendo el homenaje de su corte, y allá trepan por los árboles o se encaraman sobre las puertas, como un risueño anuncio de paso a la felicidad; los bancos de azulejos deslustrados por el tiempo, que dan cierto aire familiar a aquella magnificencia; el encubridor pabellón de Carlos V, ayer poético nido de amores y hoy de chilladoras golondrinas;

destacando del fondo de lujuriante blancura de las casas cercanas, e] verde de los mirtos del laberinto, que no aciertan a encontrar su tristeza; aquí y allí el cielo enamorado que baja dichoso a las fuentes y estanques, poblados de la inquietud colorista de sus peces; todo el jardín un deslumbramiento de luz y vibrantes colores de felicidad, de tal suerte que es imposible elucidar si éste es el baño del sol o el sol mismo que desde allí irradia su luz a los cielos.

Y al pasear su mirada contenta por el verjel, que nunca le pareciera tan bello ni se le ofreció con la mágica sensualidad de aquella mañanita abril*, ña, el torerillo, tan silencioso y ensimismado siempre, prorrumpía a cada paso en exclamaciones incoherentes y absurdas, con que manifestaba su admiración y su alegría:

—¡Vaya tela!… ¡Juyuyuy!… ¡Vaya, ahí!

Pero nada de buscar los rincones melancólicos. Hoy le pedía el cuerpo sol y luz y espacio. A cada instarte, deteníase, abandonando la perezosa carretilla, para respirar con más ansia, oler voluptuosamente alguna flor o quedarse embobado mirando el agua de los estanques, hecha plata por los rayos del sol que la acariciaba.

—¿Lo vas a pintá?—le preguntaba con mal modo algún jardinero regañón—. Anda ya, “lárgalo”! ¡A trabajé!

Mas aquella mañana no miraba el torerillo las flores con la ternura de siempre, sino con ojos brillantes de codicia, que debieron estremecerlas en su trono con el dolor del desencanto al leer en 1_ mirada de su amante el deseo de apoderarse de todas, de todas sin perdonar ninguna, para formar un ramo muy grande, muy grande y muy bonito, muy bonito.

—Mira tú que si yo se lo yevase luego… ¡Su mare! /Vaya tela!

Hay días felices en que al poner el pie en la calle íe miran a uno amorosamente unos ojos buenos y todo sale

bien. Cerca del mediod[f]a se presentó Copita con el jardinero mayor y dos o tres jardineros má3, también mayores aunque un poco más pequeños, en el lugar en que Currito trabajaba, o debía trabajar. En la mano llevaba unos periódicos, que agitaba triunfalmente. Iba el hombre que el traje se le había quedado estrecho de pronto.

—¡No dise aquí ná! ¡Ná! ¡Naíta!—gritó mostrando los papeles al torerillo.

Y jomo Carrito, tan lejano entoncos de aquello, no ce moviese ni mostrara la menor curiosidad, tornó a gritarle:

—Deja ya eso, asaurón, y ven a ver qué bien t'han puesto. ¡S'ha portao Antoñito Reyes!

Y le leyó unas largas parrafadas de Don Criterio en El Liberal, ensalzadoras del "chavalillo" que "en aquella tarde de a perrilla chica la tonelada de miedo había dado una nota aguda de valor y de arte..., ¡qué una nota!, una sinfonía completa, toreando a un miu- reño de treinta arrobas corridas como muy poquitos toreros sabrían torearlo".

—De aquí pa arriba, niño—interrumpió profético Joaquín.

Había además una crónica literaria de Rodríguez de León y un cementarlo chistoso y muy andaluz de Galerín, el ingenuo y gracioso costumbrista sevillano, loando ía juventud y valentía del chavalillo, que "se había colao de rondón en el toreo sin pedir permiso a nadie ni enseñar la papeleta a los de la puerta". *El Correo de Andalucía* también dedicaba al chavalillo los comentarios de su Arrabal.

—Pos ¿y lo que dise Selipe II en La Unión?... ¿Y er Notisiero? ¡Este e3 er que viene mejó!—dijo Copita desentendiéndose do literaturas—. Pone menos; pero Onarrés, que es un tío que ve mucho, le pide a la empresa que saque de seguía ar "chavalillo". Tóos te yaman así. Ya

tienes apodo. Y mañana habrá que leé la prensa de Madrí. Esto es la selebriá· Deja ya eso, que no es pa ti, ¡toreraso! k

Habían engrosado el grupo más trabajadores, que contemplaban a Carrito con ojos admirativos y envidiosos. Era uno que se redimía de la esclavitud del jornal y el azadón, encaramándose de un salto a las alturas de la riqueza y de la gloria, inaccesibles a su cobardía. El jardinero mayor, “musiú León”, un francés “mu flamenco”, según decían de él en Sevilla, tendió igualitariamente la mano a Currito y todos le imitaron.

—Noragüena, vous.

—¡Ole!

—¡Que m'alegro, Currito!

Algunos muchachos, peones como el chava'illo, pusiéronse a dar pases al aire con la mano muy tiesa, jaleándose a sí mismos.

—¡Ole mi cuerpo!

Llenóse el jardín de la admiración del héroe. ¡Un torero! ¡Qué honor para el Alcázar!

—Vous, chavá, dega el trabago, pas de trabagar, y se pira con monsieur Joaquín—ordenó el mayor. Y volviéndose a los demás, decretó:—Er chavalillo tiene de salir tres pronto, de seguío, a una corida buena porque se entere Sevilla de como es un grrrand torero. ¡Ollé!

—¡Pos claro!—asintió convencido el grupo, aunque ninguno de los presentes había visto en la plaza a Currito, ni tenía otras noticias de su condición torera que las escasas que daba la coletilla quedando al descubierto las pocas veces que el chaval se quitaba la gorra.

—Musiú León tié rasón—corroboró Copita.

—E si moi te puede a vous serví de argo, vous pide. Vous sabes que monsieur Charles Canale es la amistad de todas la3 empresas. Y monsieur Charles siendo que es cosa del

gardín…—concluyó complicando al Alcázar en la protección al torero incipiente.

—Pues yo—contestó Currito aprovechando el ofrecimiento—quisiera jasé un ramo.

Petición a la que, sin parar mientes en la incongruencia, accedió el jardinero mayor en el acto.

,—¡Ou, la la! Vous cogue lo que quieras. Y le ayude monsieur er Pipa.

—Aquí, señó Joaquín, sabe pa lo que es—aclaró Currito.

—Pa yevá casa Manué Cannona, que l’ha regalao un vestío y un capote, que vamos a recoge ahora— acreditó el banderillero.

—¡Ou, la la, monsieur! Vous s’aspera, que moi va a formá la corbeille—dijo “musió” tomado de un admirativo respeto —. Por Manué Carmona, prrropia- mente las parmeras que me piedais vous, se las do- neré a vous. ¡Le plus grrrand torero! ¡Ollé Carmona, ollé!

Un religioso no lleva con mayor cuidado, con más respeto, con más unción, la sagrada imagen de sus de- ♦ vociones que Currito el magnífico ramo de rosas y azahares, delicada obra de un artista de la floricultura, ni sentiría más honda emoción, alegría más intensa si le hablara la imagen, que el torerillo al rozar con sus manos toscas y trémulas las lindas mani- tas de la “señita Rosío" al entregarle el ramo.

—¡Josú, qué retrepresioso!…—exclamó la niña—. Párese un ramo pa la Virgen.

¡Andá!… ¡Pa eya!… ¡Ju, ju!

—Muchas grasias, Currito, muchas grasias. Es una presiosiá, una presiosiá.. ¡Qué bien huele! Se lo voy a poné a la Virgen pa que le dé mucha suerte esta tarde a mi papá y lo saque con bien de ¡a corría. Es usté muy amable, Currito.

Al inclusero le bailó el júbilo en todo el cuerpo. Se le puso una cosa “asín” en la garganta… Hasta le asomaron

lágrimas a los ojos. ¡Habría tonto!…

Y desde aquí, un día unas semillas, otro unas flores, hoy unos esquejes, mañana una planta rara, y siempre el cuidado de las innumerables macetas de la niña, que tenía la azotea y el patio convertidos en jardín, fueron pretextos para que Currito, dejándose dominar por la atracción que allí le llevaba, frecuentase la casa de Cannona.

—Ar menos éste—decía el interesado Manuel, interpretando por el lado del toreo la asiduidad del torerillo —no es de los que vienen pidiendo porque sí, y procura serví de argo, pa congrasiá.

Currito no se cuidaba de pedirse explicaciones del porqué de su deseo constante de ver a la “señorita Rocío”, de estar junto a ella. Encontrábase a gusto a su lado, y el torerillo se procuraba frecuentemente el goce de verla ir y venir ardillescamente por la azotea, cedida a su despótico dominio, quitando de aquí una maceta para colocarla allá y reintegrarla a su puesto al día siguiente; charlando, con una charla incoherente y graciosa, con Currito y las flores, y riñendo a las flores y a Currito. Porque la “señita Rosío”, tan bondadosa y dulce, gustaba de sermonear a todo cuanto tenía a su alcance, personas y cosas, con esa anticipación del dominio femenino que ya se manifiesta en la niña. El chavalillo se hubiera quedado allí toda la vida, con las pesadas regaderas llenas de agua en las manos, oyéndola embobado hablar con volubilidad de pajarillo cantarín. ¡Qué deleite cuando contaba los amoríos de sus flores! Aquel clavelón rojo estaba triste y perdía “la color” porque se había enamorado de la rosa del sultán, su vecina; pero la coquetuela de la rosa se babía "namorao” a su vez de aquel don Pedro “presumió”, que también había conquistado a la, margarita de enfrente y a la mística azucena de más allá. Y la señorita Rocío estaba hasta el moño del fachendoso aquel y lo iba acoger y a bajarlo al patinillo, para que se aburriese e hiciera penitencia con los geranios de las criadas.

—¿Usté no se ha enamorao nunca, Currito?—le espetó la niña un día al torerillo, que abrió unos ojos muy grandes de asombro y de azotamiento—. Disen que es una cosa muy durse. Cuando yo me enamore… Pero, criatura, ¿qué hase usté que deja caer toda la tierra de esa maseta? ¡Anda con Dios!, ahora me la va a poner allí, junto a esos alelíes, que la acabo de quitar yo, para que los enamore y me los seque… ¡Jesús, qué hombre más torpe! No le voy a dejar que venga más a la asotea. ¡Traiga usté na acá, que se está usté con la boca más abierta que mi cateto! Párese usté una máquina de perra gorda. ¡Huy, qué asaúra!… ¡Ay!…—reponiéndose toda confusa y avergonzada—, dispense usté, Currito. Pues no me pongo a reñirle después de llevarle y traerle como un sascandí… Usté dispense; ha sío uno de estos. prontos míos que no lo puede una remediar.

¡Su mare! ¡Pero qué retegraciosa era aquella criatura! ¿Pues no le decía a él, ¡a él, que no era nadie!, que la dispensara? Pero si lo que Currito querría era que le tuviera de “sascandí” todo el día todos los días. Y riñéndole. Poco "retepresiosa” que estaba así enfurruñadilla y coloradita, con la boquita así, los ojazos así, las manitae haciendo así y las aletillas de la naricilla temblandito… Pues… ¿y luego, “de seguía”, cuando se le pasaba, y se ponía aún más coloradita, y le hablaba con aquel mimo, con aquellas palabritas tan melositas? ¡Juyuyuy su mare!…

Y en los ojazos, en la boquita, en la naricilla, en ios movimientos y, sobre todo, en las palabritas melositas, nunca oídas, que caían como rocío refrigerante en la sequedad de su vida solitaria, se iba enganchando más y más fuertemente cada día, acogiéndose con más anhelo, el alma sedienta de cariño del inclusero.

A veces la niña le hacía unas confideneias que le turbaban y conmovían, dejando en su corazón un vago sentimiento de tristeza y desesperanza. Cuando Rocío se casase—“todavía, figúrese usted, porque aÚT soy muy

joven”—no querría vivir en una casa de una calle tan estrecha como aquella, en la que todo eran paredes.

—Sale usté al patio, paredes; se asoma usté al balcón, paredes; se pone en la calle, paredes. ¡Uf! A mí una vez me dijeron que era bonita hasta la paré de enfrente, y contesté que eso era un piropo de corto de vista, que no ve que la paré de enfrente está aquí junto.

Ella, cuando se casase, querría vivir en uno de aquellos palacetes de las Delicias con mucho, mucho campo por todas partes y rodeado de jardín, que ella cuidaría. Por eso le gustaba tanto ir al cortijo de papá; porque allí había mucho campo, se perdía la vista como en el mar. Bueno; aunque no tuviese un palacio como los de las Delicias, ni siquiera un hotel, con una casita allí se contentaba la niña. Una casita n:uy blanca, muy blanca, con unas ventanas verdes con persianas verdes y mucho, mucho jardín. El jardín era lo esencial. Y muchos bichicos: palomos, gallinas…

Currito tuvo la visión de aquella casa idíli a y experimentó el deseo de vivir en ella, “junto suyo”, fuese como fuese. Y como en su humildad no encontró mejor medio, aspiró a ser uno de aquellos bichi- tos que ella cuidaría echándoles trigo por las mañanas y miguitas de pan a las tardes. Y se atrevió a decírselo. ¡Ju, ju!

—¡Qué tonto!—contestó ella.

Y los dos soltaron infantilmente la carcajada.

Ahí tiene usted por qué, Currito, se negó, con obstinación invencible, a obedecer los requirimientos de Copita para que abandonase su plaza del jardín, i En seguidita iba el chavalillo a dimitir el cargo de jardinero mayor de la “sefiita Rosío” que aquélla le aseguraba!

—¡Primero dejo er toreo!—concluía cortando los pesados sermones del banderillero, que no comprendía la tontera del niño.

Mas lo de dejar el toreo lo decía el chavalillo con la boca chiquita. Como a él le pintase el toreo como le profetizaban todos, como él quería… “¡Ay, mare- sita bendesía de mi arma!…”

No llegó el ansiado momento tan pronto como Currito anhelaba, y aún más que él su impaciente mentor, quien desde el suceso de la feria no sabía ni podía hablar de otra cosa que del “mostruo” que tenía en casa.

Carmona, con muy buen sentido, se opuso a que el muchacho saliera en Seviya antes de “estar mfo toreado”; y entre esto y el desdén con que el empresario sevillano contestó a los requerimientos exaltados y a las influencias que le “echó” Cotila, quien siempre acababa pronosticándole que luego iría a buscarle sombrero en mano y con recomendación del arzobispo, el suceso se fué retrasando.

Pero no porque Copita esperase pacientemente a que se presentaran los empresarios pueblerinos. Incapaz de quietud, el despiezóte banderillero se dedicó a su busca, persiguiéndolos encarnizadamente. Los adivinaba, olía su proximidad, como su presa el chacal, según los detractores de Joaquín, y no se habían apeado del tren en la estación de Cádiz o en la de la Enramadilla o puesto el pie en la Plaza de Armas cuando tenían al lado a Joaquín, obsequioso y servicial. Pero al mismo tiempo se les presentaban otros Joaquines, no menos serviciales y obsequiosos, que tenían en su abono las largas e hiperbólicas hojas de servicios de sus poderdantes y ¡as influencias de todo género, hasta las políticas, que utilizaban para obtener el contrato de su representado y los diez duros del apoderamíento. ¿Qué saben de recursos, intrigas y habilidades los aspirantes a un alto cargo o las protectoras de los candidatos a una mitra? Algunos apoderados presentaban el torero como argumento supremo a los empresarios para acabar de

conquistarlos con su labia y buena presencia, aunque los había chatos y mal encarados que sólo sabían decir “¡Mu!”

—¡Cabayeros — protestaba indignado Copüa—, que no párese sino que están hasiendo trato pa un sementó!

#Hasta que al fin llegó la primera corrida seria que toreó Currito; esa inolvidable primera novillada con picadores, vistiendo por primera vez el traje de luces—el flamante vestido verde y oro que cuidadosamente, en pago del ramo, le eligió la “señita Ro- sío”—; esa primera corrida en la que todo son preopaciones y consejos, lo misino para ponerse la taleguilla y encajarse la montera que para colocarse a hacer el quite y salir con el toro. Fué el día del Corpus, en el Puerto de Santa María, gracias a la empeñada recomendación del muy ilustre canónigo de la S. A. M. P. I. C. sevillana don Ismael Sánchez Marquina al empresario, metido en un laberíntico pleito de capellanías ante el Metropolitano.

Del resultado de la corrida daba exacta idea el telefonema urgente que Copita despachó a Granada, dor.de estaba Carmona toreando las corridas del Corpus.

—Que me digas la verdad sin embustes, que yo luego me entero de tóo—le había encargado Manuel.

Y Cepita telefoneó:

“Toros, regulares. Caballos, siete. Por la gloria de mi padre, Currito escandalazo. Cuatro orejas, rabo, hombros.”

De nuevo insistió Copita, al regresar triunfadores, para que Currito dejase el jardín.

—¡Chiquiyo, que tú eres ya otra cosa y tienes que condusirte conforme tu categoría!

Mas el chiquillo siguió en sus trece y no abandonó su puesto cuando vinieron nuevos triunfos en otras plazas, ni cuando volvió victorioso de Utrera, después de haber matado él solo cuatro toros, en las fiestas de homenaje a los hermanos Quintero, con motivo del ingreso del menor en la Academia Española— "Brindo por er distinguió arto don

Joaquín er Quintero, su distinguió hermano, su distinguía familia y los distinguios afisionaos que están en su compaña”—; ni siquiera cuando de allí a dos semanas apareció por primera vez su nombre en los carteles de la plaza sevillana—“Francisco de la Cruz, Chavalillo. De Sevilla. Nuevo en esta plaza”—en unas letras coloradas, /‘regular de grandes” según el ambicioso y descontentadizo Gazuza, que ambos amigos fueron buscando y leyendo, con el goce que produce la letra de imprenta de la primera exhibición, en todas las esquinas y lugares donde acostumbran a fijarse los carteles de toros. Hasta a Dos Hermanas quiso llevar Gazuza a Currito para ver el cartel que allí había. Así harían piernas.

También Silverio gozó el placer de ver su nombro impreso en letras pequeñas—¡ya le llegaría la hora de las letras grandes!—; pero también muy bonitas: “Miguel Silverio, Gazuza”.

Lo malo era que un poco más arriba había otras condenadas letras, que hacían bailar a sus ojos el cartel entero, se le aparecían en sueños, adornadas con unos cuernos muy largos, que se estiraban, se estiraban, y tenían en incorregible inquietud las piernas del banderillero de confianza del Chavalillo, como él se definía.

No os burléis del infeliz principiante. Copita era un veterano y sufría las mismas alucinaciones, idénticos temblores nerviosos.

¡Miuras! ¡Lagarto, lagartoI

—¿Ha visto usté que malage es este empresario? ¡Mar tiro le peguen donde más le duela! ¡Asín tenga un yeno y le sarga farsa toa la monea! ¡Permita Dios que se quede sin dientes y cuando tenga hambre lo ensierren con un jamón serrano!

La letanía de Copita no tenía fin.

—¡Bueno está ya!—le dijo Carmona cortando la inacabable retahila de lamentaciones con que en última

instancia,' antes de fijarse el cartel, le fué el banderillero, en demanda de un remedio heroico con que ablandar al' empresario—. Los toreros se ven con los toros. Así sabremos más pronto lo que el niño tiene dentro.

—¡Güeno, amigo!—hubo al fin de decirle Copita al empresario—. Tomamos la corría a la trágala; usté suma ahora; pero después er que sigue soy yo. Venga er paquete y prepárese usté pa tragarse luego un estanco. Antesala me va usté a hasé muy humir- dito pa que le atoree er niño. De eso sé yo más que de poné banderiyas.

La víspera de la corrida estuvo Currito en casa de Carmona.

—A ver cómo salimos bien mañana—le dijo Teresa animándole.

Tímidamente preguntó el Chavalillo a la niña si quería ir a verle aquella tarde.

—Pídame usté los biyetes que quiera, “señita Rosío”—ofreció rumboso.

—Grasias, Currito—contestó la niña conteniendo una risita burlona—; pero papá torea también mañana en Madrid, y yo tengo que resar. Además, no sé si le podría ver a usté con tranquilidá. Le pondré a la Virgen del Rosío y al Señor del Gran Poder dos velas por usté y les resaré tres credos y tres Salve Regina para que lo saquen con bien.

—Pues pidiéndoselo usté ar Señó y a la Santísima Virgen, ya me puén echar toros, que tengo que salir bien.

—¡Ojalá y Dios lo quiera!—contestó la niña. Pero cuando se fué el torerillo se volvió, entre burlona y desesperanzada, a su madre:

—¡Ay, mamita!, que me párese que Currito tiene mucho miedo. Ese no se arrima mañana aunque le empujen.

Se engañó usted, “señita Rosío”; se engañó usted. ¡Vaya si se arrimó el inclusero! “Más valiente que un jabato”, decían los aficionados. Se arrimó con la fe ciega de quien confía en un poder invisible que tiene a su lado

protegiéndole, y con el ansia de quien deseaba que el estruendo de las palmas fuese tari grande que llegase hasta Rocío. ¡Juy, si le viera ella!

—¡Cuidao, niño—le advertían de vez en cuando el miedo y la prudencia de Copita—, que ese ladrón alarga mucho!

—¡Si no me pué pasar ná!—le contestaba el Chavalillo ciñéndose, mientras el graderío rugía admirado y gozoso.

Porque aquello no fué el jollín pronosticado por Copita en sus mítines de propaganda, sino una verdadera revolución. A veces la plaza parecía un vasto manicomio. Todos gesticulaban violentamente, gritaban, saltaban, rugían. ¡Aquello, aquello era torear! ¡Y valentía! ¡Y finura! ¡Y elegancia!

Hasta "Almanzor", tan pacífico y callado, se soliviantó como cualquier aficionado del sol y "se lió de palabras" con un vecino de localidad, hombre más que serio, descontentadizo y partidario del toreo fúnebre, porque afirmó desdeñoso, al dar el niño un bravucón molinete en los mismísimos cuernos de un miura fogueado que había puesto pánico en todos los corazones y vahídos en la cabeza de Gazuza, que aquello era "coreografía".

El sesudo e inalterable "cementerio de Casariche" tembló con la ira de "Almanzor".

—¿Coreografía? — gritó indignado don Ismael, como si le hubieran sostenido un punto herético—. ¡Usted nb sabe lo que es eso'

—¡Mejor que usté!

—¿Qué va usted a saber, señor, si usted no ha visto bailar ni a la luz de un candil a la puerta de un cortijo?…

Mira tú que hay un ratito desde la plaza de toros a la calle del Laurel, donde ahora vivían Currito y Copita, en otro corral y otro cuarto de más pretensiones, que allá se iban con los de antes, aun cuando llevaban la ventaja de que ahora moraban en el principal, tenían una habitación más y en las ventanas estaban sustituidos los cristales por

unos cartones, salvo en un cuarterón en e>t que un vidrio sucio y hendido hacía éomo que dejaba paso a la luz… Bueno; pues hasta allí, hasta “calle Laurel”, junto a la “Plasuela del Caño Quebrado”, hasta dejarle en su cama, porque ya tenía cama Currito, hubo entusiastas que lo llevaron en hombros desde la plaza, atravesando todo Sevilla, seguidos por un nutrido grupo de aficionados del tendido de los sastres, en su mayoría, que de rato en rato aplaudían y gritaban ¡viva! y ¡ole!

Mucho más ligera que ellos llegó a la casa una destemplada murga, que rompió a tocar el inevitable pasodoble del Gallo en cuanto desembocó en, la calle el grupo ecuestre de Currito y sus admiradores. La gente del barrio irrumpió en la casa tras el torero, inundando el patio, la escalera, los corredores y la habitación de Currito, con violencia de torrente, derribando los muebles y concluyendo de destrozar las inseguras sillas, que gemían al peso de los entusiastas subidos en ellas para ver mejor.

—¡Er tirremoto que tú desías!—gimoteaba luego, ante el destrozo, la madre de Coaita.

La última parte de la carrera triunfal do Currito, desde el portal a la alcoba, fué épica. Todos querían para sí el torero. Estos le palmoteaban las espaldas; aquéllos tiraban de él furiosamente para abrazarle; algunos le arrancaban adornos del traje para guardarlos como reliquias, y otros le daban bofetadas y puñetazos confianzudos y cariñosos, pero fuertes, diciendo todos lo mismo, como s: obedeciesen a una consigna rigurosa:

—¡Ole!… ¡Ole, Currito!… ¡Ole!

Puñetazo y ¡ole!; bofetada y ¡ole! ¡Ole!

Alguno establecía una ligera variante, y tirando de Currito hacia sí le decía, hipando y con los ojos llorosos, como si fuera un pariente muy querido, aunque probablemente le hablaba por vez primera:

—¡Hiho, Currito!… ¡Ole!… Que vas a sé…., vas a sé… ¡Ole!

—Er palisón de las tardes güeñas; que es mejó una cogía sin bujero—explicó gozoso Joaquín al héroe molido cuando le depositaron en la cama.

Hubo entonces que reñir una verdadera batalla para despejar la alcoba y comprimir a la gente en la estrecha salita, a fuerza de empellones, acompañados do unos imperiosos “¡Sé favo, home!”, que para ser corteses'[1].es faltaba lo que les sobraba de bruscos y malhumorados, a fin de que Currito, ayudado por el mozo de estoques y un par de amigos oficiosos, pudiera desnudarse y tenderse en la cama a descansar.

Pero antes hubo que abrir la puerta a unos cuantos señoritos que venían presurosos a alistarse en las filas del naciente astro taurino, sobreponiéndose al asco y a la repugnancia de la vivienda mísera y del contacto con tanta gente sudorosa y “aromática” como se apretujaba en el camino del patio a la alcoba.

¡Todo por la afición y por los molinetes del Chavalillo!

La plebe de la sala protestó, más que por espíritu de clase, por la rivalidad en la amistad de) torero, contra la presencia del señorío, que, como siempre, venía a arrebatar su ídolo al pueblo.

—Ya están aquí los tíos de mascota (sombrero flexible). ¡Antes, antes teníais ustedes que haber ve- nío! Ahora no tiene grasia.

—O haberle traío a hombros, como nosotros, y ahora no nos dejan entrá.

Los señoritos, despreciando olímpicos las protestas, se colaron en la habitación y rodearon y agasajaron a porfía al torero, fraternizando con los allí presentes, alardeando de autoridad en la afición y aplaudiendo, aconsejando y abrumando a halagos al ídolo.

El más listo sentóse en la cama, confianzudo y protector; pero hubo quien ¡e ganó ayudando a tirar de las medias al mozo de estoques.

Estos entusiastas, como los que viniei-on luego y los que entraron más tarde, porque aquella casa era un jubileo, tenían también una m.sma frase en los labios, que les servía de saludo entre ellos y de obligada conclusión de las ponderaciones que del suceso se hicieron en aquel hervidero:

—¡Un fenómeno, tú!

Y venga elogiar el pase aquel por nunca visto, y el quite por monumental, y la larga por estupenda, y las verónicas por colosales, y el pinchazo, y la estocada, y las banderillas... Y la murga abajo toca que toca, y los aficionados que en la salita y los corredores se apretujaban hasta la asfixia, grita que grita y suda que suda, y el corral y la calle y el barrio, conmovidos ante esta revelación más satisfechos que si les hubieran asegurado el pan suyo para todos los días.

¡La de medias cañas y chatos que se bebieron en aquellas tabernas a la salud del Chavilillo!

A veces, en el rodar de las conversaciones, surgía el nombre de otro torero actual o pretérito. Como si le escupiesen una ofensa, la asamblea se levantaba unánime en contra. ¿Qué valía “ese”, junto al inaudito torero que acababa de revelarse? Carmona, Cania... Ya podían ir preparando la retirada.

Currito se encontró con que de pronto le adjudicaron un nuevo oficio: el de barrendero. Currito iba a barrerlo todo; iba a limpiar las plazas, que en verdad que están bastante sucias, de toda la basura de mentiras y falsas reputaciones, adueñada del toreo por malas artes.

En cuanto al Rom.ei ita, "el diestro de calle Mata- hacas”, como le apellidaba Don Criterio, ídolo novi- lleril de Puerta

Osario, que hasta entonces tuvo alborotado al Sevilla taurino, ¡ni hablar! ¡Vamos, hombre; ni hablar!

Copita estaba que era cosa de ensanchar la puerta para que pasase por olla. ¡Si tenía él un ojo para estas cosas!... Como aí'sionao, dies pares de riñones.

¿Quién se acordaba ante esta alegría del miedo pasado por la tarde cada vez que tenía que acercarse al toro para darle un capotazo o tirarle, desde lejos, naturalmente, los palos, para ver si se clavaban ellos solos; ni de las broncas y almohadillazos de los “su- lús” del tc-ndido, que “querían verle la sangre”? ¡En seguidita iba a arrimarse para dar gusto a aquellos pelmazos, ccn la falta que le hacía él a Currito, la vida que se iba a dar ahora y el miedo que le inspiraban los cuernos!

Aunque bien mirado, el principal, el único culpable de las broncas de la tarde a la hora de banderillear fué el cobardón de Gazuza, ¡Josú, qué niño! Cuando más, consiguió clavar una en la tripa y otra en una pata. El contratista JJ las de fuego quiso pegarle por el consumo que hizo de estas banderillas antes de clavar una. Aquel mocito era un estorbo en la cuadrilla. Había que despedirlo. Para no arrimarse bastaba con Joaquín.

—¡Qué malo es ese Gazuza, Currito!—dijo al matador uno de sus visitantes.

—Pues todavía quiere que le suba er suerdo—saltó Copita indignado.

A la tarde siguiente le dijo que se buscase cuadrilla.

—Tú no le pones un par a un tambor, niño.

—Ni usté ar bombo, y se quea—contestó el otro.

Todos sus nuevos amigos invitaron a Currito a cenar, estableciendo, en conferencias aparte con Copita, un empeñado pugilato entre ellos para llevarse al ídolo nuevo y lucirle en un palco en la tercera del Duque; pero Joaquín acudió oportuno al quite y diplomáticamente libró a Currito de pelmazos.

—Esta es gente de ná, buena pa hasé burlo y na más—explicó Mentor a Telémaco en un momento de soledad—. Otra cosa tiene que venir. Ya vendrá. Ahora tóo er camino es nuestro.

A última hora llegaron a visitar a Currito, libre de la pesadez de los “j el eras”, “don Ismael Alinanzor” y don Enrique, el corredor de fincas y mantecadas de Astorga, ¿oyes tú?

Iba el canónigo que no cabía en sí de gozo, como si el triunfo fuera suyo, y no tenía nada que echar en cara en punto a exageración y entusiasmo a ninguno de los hiperbólicos aficionados que acababan de salir. Con toda su respetabilidad, el muy ilustre canónigo dignidad de la Santa Apostólica Metropolitana y Patriarcal Iglesia Catedral de Sevilla concluyó, como cualquiera de los otros, marcando las suertes al recordarlas.

—¿Te fijaste en aquella larga, Joaquín? Pues ¿y cuando cogió al toro así—llevando y trayendo los brazos como en el toreo a la verónica—, lo trajo así, se lo pasó por delante nrí y concluyó doblando con él así?

—¡Ole, ole!—dijeron a una los toreros y el corredor, jaleándole bromistas.

—¡Esta picara afición! ¡Esta picara afición!—se defendió el buen señor confuso y risueño—. ¡No hay quien la resista!

—Yo le he puesto un telefonema a Manuel para que sepa cómo has quedao—notició' el corredor a Currito.

Tardepiache, amigo. Antes envió Copita su parte. Y urgente. “Miaras, dificilísimos, broncos, marrajos, ilidiables—escribió vomitando vengativo su rencor—. Currito, colosalísimo todo. Escandalazos. Oreja, rabo, hombros casa.”

—Vente a cenar eon nosotros, chiquillo. Y tú también, Joaquín—convidó el corredor.

Don Ismael se excusó. E iba a hacerlo también Copita cuando el corredor advirtió que tenía convidado a su

compadre Rafael, el del almacén de aceitunas de Triana.

—¿Rafaeliyo Luque? ¿Er Poyo tísico?—preguntó el banderillero olfateando su presa.

Porque el Pollo tísico, como le llamaban en Sevilla, burlándose de su barriguita, sus mofletes arrebolados, su pelo, su bigctillo de moco de pavo y sus ccpilludas cejas, rabiosamente teñidos de un negro insultante, sus alhajas chillonas, sus trajes claros, su atildamiento juvenil en el vestir y sus cincuenta bien corridos, era el aficionado conocido, autorizado, inocente y con "pasta", que Copita deseaba para padrino del niño. Popularísimo y estimado por su importancia mercantil y su simpatía personal, y con bien sentada reputación de "buen aficionado", muy al tanto de todas las intimidades del toreo, el Pollo tísico era pintiparado para proteger y lanzar a un torero, protección tras de la cual se esconde siempre una leal, activa y desinteresada servidumbre que ni las de casa y boca.

En su vanidad de tener siempre lo mejor do todo y lo mayor de todo encontró Copita la condición que buscaba. Ya podían hablarle al Pollo tísico de lo que quisieran, caballos, bastones, aceitunas, calcetines, lincas, paraguas o corbatas… El cortaba siempre los elogios a lo ajeno:

—Pára, pára. Yo tengo uno mejor.

Mejor y mayor lo suyo. Pára, pára. No admitía discusión.

Y una vez que hubo fuego en una finca lindante con otra suya, un guasón le telegrafió: "Fuego en tu cortijo de la Rana y en los de Saroma y Vedija. El tuyo, el mayor."

Su casa, la mejor; su camisero, el mejor: su torero, el mejor… Copita aprestó el anzuelo.

—¡Rafaeliyo Luque! Un buen gachó. Muy buen afisionao. Iremos a señar con ustedes.

—Yo quiero ir antes casa señó Manué Carmona a desirles cómo me s'ha dao—apuntó Carrito.

—Ya lo saben—contestó el corredor—; se lo hemos dicho nosotros.

—Y se han alegrado mucho—añadió don Ismael.

—Es que t uiero enterarme si han tenío parte der señó Manué.

—Lo han tenido. Y yo también, ~¿oyes tú?—atajó el corredor implacable—. Superior. Como siempre.

—Ya irás cuando ver.ga Manué—determinó Copita.

¡Oh, el toreo qué gran cosa sin la tiranía de los amigos, sombra implacable del torero, más constante que la del propio cuerpo! Currito se resignó. No iría a ver a la "señita" Rocío. Cenaría con aquellos señores, que no le importaban nada. Comenzaría a pagar el ineludible portazgo de la gloria taurina, sometiéndose a no estar nunca más solo.

—Ahora no te olvidarás de ir a ver a la Madre— le dijo Almanzor al despedirse.

¿Qué se iba a olvidar? Lo primerito que hizo a la mañana siguiente, un poquito tarde porque la cena se prolongó hasta bien pasadas las dos, fué meterse con Gazuza en un bazar y comprar "cincuenta duros de juguetes". Luego se entró en la pastelería de la Campana, que se le había llevado tantas veces los ojos.

—Dame usté mil reales de pasteles—pidió

—¡Está usté loco? No hav tantos.

—Pues los que haiga. Toa la tienda.

Y en sendos coches, porque en uno no cabían, rodeados de paquetes de dulces, y de escopetas, trompetas, peones, caballos y toros de cartón, pelotas y pistolas; llevando cuidadosamente atados a la mano los hilos de un grupo de globos que parecían volar tras ellos, y tocando cada cual infantilmente una trompe- tita, que no se quitaron de la boca hasta llegar a su destino, salieron al trote Sevilla adelante.

—Ar Hospisio—ordenaron a los cocheros.

—Camará, qué tajá yeva er Chavaliyo—comentó la gente al verlos pasar.

—Estos toreros nuevos en cuanto les tocan las par- mas y ven dos reales se giierven locos.

No faltó quien fuera diligente con el cuento de esta escandalera al almacén de aceitunas de Triana; mas el Pollo tísico, preso ya en la red de la protección al torero, dejó caer, con su autoridad de buen aficionado, una sentencia aue corrió por Sevilla como una consagración:

—¡Es genial!

—¡Mare! ¡Mare!—se entró gritando por el Hospicio el torerillo, cargado con sus paquetes—. ¡Mare! ¡Aquí estoy! ¡Ya soy un hombre! ¡Ya soy torero’ ¡He salió ayer en Seviya, m’han yevao en hombros y m’han dao una oreja! Y aquí tiene usté, ¡pa los- chavales, pa mis hermanos! ¡Y esto pa usté, Mare!— entregándole orgullosamente un billete de cincuenta pesetas y dos duros. Todo lo que le había sobrado de sus compras—. Tome usté. Mi dinero pa usté, Mare. ¿Verdá que me perdona usté?

Sor María del Amor Hermoso, pálida y trémula, no pudo hablar. Se sintió desfallecer. Y en su dulce angustia, los brazos y el alma se le fueron hacia el torerillo. Pudo más el corazón que la canónica Regla. No se contuvo. Le estrechó fuertemente, ansiosamente, contra el pecho, y cuando se recobró un poco, elevó al cielo los ojos agradecidos, empañados de lágrimas; se iluminó su cara con una dulce sonrisa de felicidad, y rezó con una vocecita flébil:

-Dios te Salve, Reina y Madre de Misericordia…

Capítulo II

“SEÑITA ROSÍO”

TODO SEVILLA se llenó del héroe. Le llovieron las amistades. No podía ir a ninguna parte sin que le acompañara una corte aduladora de amigos íntimos de la víspera, que se lo disputaban, hablando cada uno mal de los demás y urdiendo intrigas para hacerse superior a los otros en la amistad del torero, cual si se tratase dp obtener el favor y reinar en la voluntad de una mujer. Le sacaron coplas; en todas partes, desde los organillos callejeros a los talleres modisteriles, sonaban de continuo las sevillanas del Chavalillo:

Me gusta a mí Currito.
|Lobé!
Por lo torero…

Se paraba la gente en la calle a verle pasar, mostrándosele unos a otros cual cosa extraordinaria y nunca vista: “Ahí va el Chavalillo”, “Mira er fenómeno”. Había exaltados que le piropeaban ora la familia, ora los riñones. Su nombre apareció escrito con carbón, yeso o lápiz, con toscas letras y más tosca ortografía, en todas las

paredes y puertas utili- zables de la ciudad. No se podía ir por ninguna calle sin que la epigrafía admirativa hablara al descuidado transeúnte del “fenómeno” recién nacido. Por todas partes “biba lo rrinones de cabaUyo", “Ole el chabaliyo", “Torca El chabalillo”, y al lado, en letras muy grandes, ocupando casi toda la pared, un “Biba el Imediato" que tenía en suspenso largo tiempo al viandante caviloso, hasta que de la proximidad de los letreros deducía que el tal Imediato no era otro que el propio Chavalillo “de junto”.

Desde la segunda salida de Currito, aún más alborotada que la primera, aparecieron, al par de éstos, otros letreros apuntando la inevitable competencia sostén de la afición, en los cuales se aseguraba que el Chavalillo era un tal y un cual, cosas siempre desagradables para la persona y la familia del inmediato, junto a otras inscripciones en'las que, por el contrario, se glorificaba al Romerita, a sus riñones y a otras partes de su topografía anatómica, con iguales vivas y oles que los dedicados a los órganos correspondientes del Chavalillo; lo cual motivó nuevos rótulos en que ya no eran únicamente los toreros los denigrados o enaltecidos, sino los respectivos barrios, con una de “bibas” y “mueras” a Puerta Osario o la Feria, y apotegmas ensalzadores o injuriosos de las cualidades varoniles de sus vecinos, que hacía pensar en la necesidad ele acometer pronto el ensanche de Sevilla a fin de proporcionar a los ardorosos e incansables toreristas paredes donde desfogar su grafomanía.

En verdad que Currito no le podía pedir más a su suerte. Acababa de nacer a la vida del ruido, y ya los aficionados se peleaban por él con I03 partidarios del otro novillero que hasta entonces monopolizara el entusiasmo de la impresionable “afisión”, y se había declarado la guerra civil entre dos barrios de la ciudad. ¡Este Copita tenía un sentido de las cosas!… Una vez más había demostrado su buena vista y su conocimiento de los recovecos psicológicos de la

afición, disponiendo la mudanza de casa a un barrio popular sin ídolo coletudo.

—Aquí en la Alamea—había dicho a su pupilo— están hartos de buenos toreros, y no yaman la atensión ni los Hércules si se dejan er pelo. Con tanta casa con jardín delante, como los hoteles de las De- lisias, la gente “se lo ha creído” y no se molesta por nadie. Ni en la cama se encogen. ¡Vámonos ya pa otra parte con pajolero orfato y paladá pa saboreé lo bueno!

Y allí estaba el barrio, constituido, por orgullo localista, en el más denodado defensor del Chavalillo. ¡Ay del que en sus calles, sus tiendas, sus cafés, sus aperitivos o sus tabernas pusiera otro torero por cima del Chavalillo! Ya no le faltó nunca a Curríto la legión de ardorosos defensores en la plaza y fuera de ella, entre los artesanos y la burguesía más o menos pudiente del barrio, pacíficos comerciantes, quietos propietarios, obreros laboriosos y no laboriosos y ahogados oficinistas, que no se apasionaban tanto contra sus enemigos naturales el fisco despiadado, el casero insaciable, el patrono explotador o el obrero abusón, como se sublevaban airados frente al atrevido que osaba negarles al ídolo. ¡La de disputas, insultos, palos y juicios de faltas que tuvieron por causa al Chavalillo!…

Pues ¿y aquel grotesco torear de todos pretendiendo imitar el estilo del “fenómeno”? Todo el barrio con los brazos extendidos y el cuerpo ladeado veroniqueando en la calle con un capote imaginario a un toro no menos fantástico.

Y aún había otros chavalistas mucho más ardorosos entre la legión de los “sin gorda” abonada al “tendido de los sastres”, gente famélica mal viviente de un mezquino jornal, abandonado con gusto como hubiera corrida en día de trabajo, que se situaba en las afueras de la plaza para seguir la función por los ruidos de dentro, forjándose la corrida por esta cuenta cronológica: "Ahora atorea

Fulano”,»“Eso ha sío un quite de Mengano”, si no con toda exactitud,*tal y como se desarrollaba, por lo menos conforme a sus deseos; con lo cual en nada se diferenciaban de los exaltados de dentro, que también velan la corrida por el cristal de su partidismo, ni de los otros “sastres” de Puerta Osario que llevaban la misma cuenta que ellos, sólo que al revés, afirmando cada grupo resuelta y convencidamente que los aplausos sonaban en honor de su torero y los silbidos eran para el otro; de modo que raro era el tero en que no había disputas, insultos y epistaxis traumática.

Si algún espectador, llamado por ocupaciones ineludibles, salía de la plaza, le cercaban pidiéndole noticias de los respectivos ídolos.

—¿Cómo lia estao Romerila? ¿Y er Chavaliyo? Dame usté la papeleta si no vuerve.

Cuando los aplausos y el vocerío sonaban más enardecidos, sentíanse avasallados del ansia de ver, y, obedientes al mismo impulso irresistible, intentaban arrollar en cuña a los porteros, quienes los rechazaban a golpes, no sin que alguno consiguiera pasar corriendo desesperadamente, sin cuidarse del sombrero o la gorrilla perdidos en la refriega, y sin que saliera nadie a atajarle a las voces de los porteros, que en vano llamaban a acomodadores y “guindillas”, muy entretenidos con la faenaza que estaban gozando. “De seguidita” iban a dejar aquello para dedicarse a perseguir gorrones. Que viesen la corrida, que todos eran de Dios, y la “impresa” no se perjudicaba por eso. “¡Ole er Chavaliyo!” “Ole Rome- rita!” “¡Vivan tus riñones!”

Luego, al finalizar la corrida, venía el desquite de los “sastres”, cuando invadían la plaza, luchando con la corriente contraria y contundente de espectadores, y saltaban al ruedo uniéndose a los “plutócratas” que paseaban triunfalmente en hombros a los toreros

victoriosos, obedientes a las voces del mozo de estoques, quien corría tras ellos, con la espada y la muleta que el matador acababa de entregarle, diciéndoles:

—¡Darle la vuerta ar rueo! ¡Darle la vuerta!—Y luego, con mayor apremio:—iPor la puerta grande! ¡Yevárselo ustedes por la puerta grande!

Y allá iban, Sevilla adelante, hasta el lejano barrio, sudando, pero orgullosos de su pesada carga los unos y aplaudiendo y vitoreando los otros.

—¿Q'ha pasao?—les preguntaba algún desdichado que no estuvo en la corrida.

—jUn tirremoto!—contestaban los del grupo.

Y, atado por esta elocuente explicación, el preguntante se sumaba a aquéllos y aplaudía y gritaba "¡viva!" y "¡ole!" a su tiempo. Y si algún conocido topado al paso le pedía, a su vez, noticias de la corrida afirmaba categórico:

—¡Un tirremoto! ¡Colosalísimo!—Y llenando de entusiasmo los pulmones gritaba con todas sus fuerzas:—¡Viva er felómono!

La actualidad periodística se apoderó de Currito, ¿cómo no? Apareció su retrato en todos los periódicos ilustrados y en los que no lo son. Se escribieron infinidad de historias suyas, hasta que se descubrió la verdadera, que fué un nuevo motivo a la simpatía popular y aumentó su prestigio en el público impresionable y sentimental.

Y le llovieron padres del cielo, sujetos mal trajeados, con la picardía en la cara, que empezaban llamándole hijo y concluían pidiéndole dos duros.

Todo emocionado acudió a sor María del Amor Hermoso, en cuanto se le presentó el primer picaro con la cara compungida, tendiéndole los brazos y gratándole: "¡Iíiho!" con voz y ademán teatrales.

—No hagas caso de embustes—le dijo la monja—. Tu padre era una persona fina, un caballero..., si no fuese un infame traidor.

—¿Le conose usté?—interrogó ansioso el inclusero—. ¿Sabe usté quién es mi madre?

—Yo… no. ¡No! Pero nosotras adivinamos estas oosas por mil sigiros y particularidades ocultos a la mirada de los demás—le contestó sor María, venciendo trabajosamente su emoción.

—Yo, ¿sabe usté?—decía Currito a la monja cada vez que hablaban de esto—, hubiera querío que me saliese mi padre pa conoser a mi madre y verla…, aunque na más fuera de lejos, aunque tuviera que besarla sólo con er pensamiento. Pero verla, ¿sabe usté? Verla y poder desí: “Esa mujé, esa señora tan guapa…” Porque mi madre tiene que ser señora, ¿verdá?… “Esa señora es tu madre." ¡Ay, maresita mía, lo que te iba a querer tu hijo asín fueras como fueras!… ¡Pero nunca sabré de ella!—concluía desconsolado—. No tendré más madre que usté.

—Sí, hijo, sí—murmuraba sor María, turbada y desfallecida.

—Y por madre la quiero a usté con toas las veras de mi corasón; pero…

La monja se iba con el alma destrozada a pedir consuelo a la Madre de Desamparados y el torerito se dirigía con un pretexto cualquiera a casa de Manuel Carmona, en busca del calorcillo familiar que allí encontraba en la afectuosa confianza con que era tratado.

Teresa recibíale con simpatía, y la “señita Rosto” tan pronto bromeaba con él infantilmente como, sintiéndose cada día más mujer, se mostraba de repente, reservada, estableciendo distancias entre el torerillo y ella; todo lo cual aumentaba la inclinación del Chavalíllo hacia la niña e influía considerablemente en su conducta en la plaza.

Porque Currito era impresionable y sensible como una muchachita en sus albores románticos. Imaginativo, cual todos los solitarios, el sentimiento de su soledad y de su humildad le hizo vivir desde niño en un mundo aparte, en el

que todo eran instintivas ansias de querer y ser querido. El amor reservado de la monja, a quien las tocas imponían el secreto de sus sentimientos y la continencia de sus efusiones, no satisfacía los anhelos de cariño del inclusero. La época más* feliz de su vida fué la de jardinero, cuando tenía todo el jardín por suyo y las flores para quererle. El toreo fué cosa que le salió irresistiblemente ’de dentro, “que le nació con él”, según Copita; pero nunca hasta entonces pensó en lo que aquello podía valerle ni adonde le llevaría, sino que toreaba por torear, por satisfacerse. Sin darse cuenta de ello, el toreo era para él ruido, aturdimiento, olvido. Su condición le había impuesto una humildad resignada que tenía mucho de fatalismo y le producía desfallecimientos del ánimo, de los que se dejaba vencer quietamente, sin intentar rebelarse contra ellos.

Júntese a esto, no quisiéramos decirlo, pero la puntualidad del relato obliga a consignarlo, que la valentía no era precisamente la característica de Cu- rrito, y se explicarán las inesperadas y absurdas desigualdades que comenzaban a apuntar en él y que, ¡oh, cándida fe carboneril de la Afición!, ésta convertía en firmes puntales de su admiración y del crédito del Chavalillo.

¿Bero es que el torero iba a estar siempre bien? ¿Dónde se había visto uno para quien todo fuesen palmas? Si llega a salir no lo aguanta la afición una temporada.

—Se muere él solo y mata el toreo—corroboraba don Ismael.

—A más—aclaraba en su turno Copita—que eso del valor es muy relativo. Er torero está valiente cuando se cree más que er toro; pero en cuantito que ve que er toro le puede, ¡na, nay! De Frascuelo a Machaquito, con er Espartero en medio, tóos han juío a su hora. ¡Tóos!

Sólo que otra le quedaba dentro, porque las desigualdades del Chavalillo, como las llamaban indulgentemente sus partidarios, eran de tal género que

desconcertaban al más experto conocedor de la psicología toreril. Así Copita tenía siempre el alma colgada de un cabello desde que comenzaba a vestirse hasta que arrastraban el último toro de Currito.

—¡Como si no tuviera uno bastante con su míeo! Porque es verdá que la criatura es un torero de non…; pero también, cuando le da por juir, no lo arcansa ni la Guardia síví en motosicleta. Y un día, en una de éstas, se viene abajo tóo er tinglao… ¿Pero qué le ves ar toro, permaso?

Como Joaquín, buscaban los aficionados, sin encontrarla, explicación de la conducta del Chavaliüo. Pero la gente, que no gusta mucho tiempo de estar parada ante ninguna incógnita, se libró de la pesadumbre de ésta aceptando, a falta de otra mejor, la solución del Pollo tísico:

—¡Es genial!

Y las genialidades de Currito fueron un aliciente más di.’ su torco y dieron mayor interés a su persona. Las empresas se lo disputaban. Lo pretendían las mujeres—¡qué mujeres!—; la fastidiosa y aduladora corte de admiradores le seguía a todas partes, disputándose el agradarle. El Pollo tísico, tan esclavo hasta allí de su negocio, abandonaba frecuentemente las aceitunas para ir con el niño adonde toreaba, tratar con empresas y ganaderos, cuidando la complicada cuestión de fochas y la más corniaguda de los pitones, las arrobas y el poder, y para vigilar a Currito, cuidadoso de que no se extraviase o se lo extraviaran.

Era una tutela celosa que lo reglamentaba todo rigurosamente: diversiones, comidas, paseos, compañías, ¡hasta las miradas! No haría más un padre desconfiado con una hija peligrosa. En cuanto una mujer coqueteaba con Currito ya no dormía el Pollo tísico. Al sonar las doce de la noche, estuvieran donde estuvieran, disponía despóticamente:

—¡A la cama, Curro!

Y él mismo acompañaba al torero a su casa y no se separaba de él hasta dejarlo en el lecho.

—Pára, pára, que éste es un ofisio de facurtades y hay que cuidarlas.

—¡Más pesao es este tío que un ispetor der Hospisio!

Se comprenderá, pues, el sobresalto de la Afición, la conmoción general, al saberse un día que Currito había sufrido el bautismo de sangre y “estaba gravísimo”, Ello fué un puntazo extenso, pero sin importancia; mas los impresionables aficionados y los abul- tativos corresponsales hicieron de la heridilla un terrible cornalón, por el cual estaba si se iba o no de viaje la preciosa vida del fenómeno. Ocurrió el suceso en Ronda, adonde vanidosarrvsnte habían llevado sus partidarios a torear al Chavalitto para que achicase la sombra de Pedro Romero. Copita tuvo el presentimiento de la "esaborisión” al hacer el paseíllo y descubrir el palco de los curas, que por costumbre les reserva la Maestranza, poblado de negra3 ropas talares.

—¡Osú la pata que va a haber esta tarde!—dijo estremeciéndose,

Y durante la corrida no hacía más que preguntar a los compañeros, lleno de medrosa superstición:

—¿T’has fijao si son pares o nones?

—¡Mardita sea! ¡Nones!—gritó desesperado cuando vió a Currito en las astas.

No fué menor el susto del compasivo público. “¡Lo ha matao!”, clamó dolorida la plaza entera cuando se llevaron al torero al “hule” medio atontado por el fuerte golpetazo de la caída… y el miedo.

Al fin llegaron noticias tranquilizadoras de la enfermería. No era de muerte; pero sí un cornalón tremendo, casi más ancho que el cuerpo. Lo había “cálao”. Milagrito que no lo matase. Luego quedó en cornada, y aunque a la postre resultó un “puntazo envainado”, nadie lo dijo, interesados

todos en haber sido testigos de un suceso taurino sensacional. ¡Cómo! Una chispa no más, “ná, un pelo”, que hubiera penetrado el “cuerno asesino”, como le llamó un corresponsal, y cadáver.

Tuvo Currito que perder las corridas de dos semanas para no llevar la contraria a la voz pública y darse el postín que aconsejaba el vivísimo Copita, y cuando νoMδ a la plaza su prestigio había crecido considerablemente.

Un empresario listo puso en moda el enviar a la estación a recibir al fenómeno una banda de música que se llevaba tras sí, a la ida y al regreso, toda la aburrida ociosidad del pueblo y la deslumbrada plebe, que se desgañitaba vitoreando al fenómeno, a quien no había visto ni probablemente vería nunca en la plaza, pero al cual admiraba con la misma vehemencia con que admiró tiempos atrás a los bandoleros, que significaban también la redención de la dura esclavitud de la tierra y del hambre y el castigo de la riqueza. Después los activos corresponsales apresurábanse a telegrafiar con todos sus detalles ei suceso a los periódicos, que iban luego enseñando orgullosos los chavalistas, creyendo inocentes en la espontaneidad de un entusiasta movimiento popular.

"Llegó Chavalillo. Estación música, gentiazo. Entrada tren expectacionaza, vivazas, entusiasmazo. Pasodoblazo. Acompañóle fonda manifestacionaza, obligóle salir balcón, pidióle hablase. Chavalillo hizo discursazo señas, moviendo brazos, por no ser orador, según luego di joños modestamente. Corrida tarde promete ser acouteciniientazo. Expectacionaza.”

Pero ocurría a lo mejor que Currito no daba una en su sitio ni más lejos; y la expectacionaza, el entusiasmazo y los vivazas trocábanse en insultazos, al- mohadillazos y botellazos. Y en pedradas a la salida, que algunas veces iban a dar a los amigos fióles, que rodeaban al torero defendiéndole de la furia de los defraudados espectadores.

—¿Pero qué le pasa?—se preguntaban desorientados, como Copita, cuando estaban solos los “cabales”.

Pues le pasaba, aparte los casos de miedo insuperable, que la “sefiita Eosío” no le había sonreído amable, o le hablara con esa altanera seriedad, impertinente y enojosa, de las niñas que empiezan a ser mujeres y de las mujercitas que dejan de ser niñas.

Porque ya no toseaba Currito porque sí, porque le gustaba. Aquel placer de torear por torear, que le sacó del Hospicio y le llevó rodando de pueblo en pueblo, arrastrado en el vértigo de su inclinación, había pasado a último término. Se man ií es taba, sí, en el arte y la distinción natural de su estilo; mas lo que le empujaba a los toros, le apretaba con ellos y le hacía sentirse ambicioso de gloria era ella: la niña que un día conmovió con su ternura su corazón sin cariños; la mujercita que él llamaba, rendido de respeto, “señita Rosío".

Gustaba de las palmas por el prestigio que le daban ante ella. Eu carácter pacífico, .silencioso y apagado mal se avenía con la bullanga de la vida toreríl. Vagamente soñaba con otra cosa: una vida quieta, sosegada, apacible, llena de cariño y ternura, opuesta a la insensible brutalidad y el áspero alboroto del tráfago en que se veía envuelto. Pero aquél era su camino, el único para llegar hasta la que él veía muy alta, muy alta, casi inaccesible, desde su hundida humildad. El propio Carmona se lo había advertido en un tentadero, después de un movido año de triunfos.

—Ya estás en la carretera. Apriétate con los toros y tóo es tuyo. Er morriyo der toro y un capote y una muleta manejaos con grasia son dos minas más que de oro. ¿Quieres biyetes? Ayí los tienes. ¿Quieres cortijos? Cortijos. ¿Briyantes; mujeres? Tuyas son las que quieras na más con guiñarlas er ojo. I,as rojas lentejuelas de los vestios de atoreá jasen más conquistas que cr Gran Capitán. Un torero de primera tiene más poer que er rey. Tú no sabes la

fuersa de las parmas. Párese que tóos, hombres y mujeres, quieren disfrutar de eyas entregándosenos. ¡A veses hasta da asco! Tiene uno lo que quiere, chavá. Y si tú eres un hombre forniá, como pareses y como debes de ser, y no piensas como los locos que andan suertos en er toreo, te puedes casar a tu hora con una mujer de bien. Aunque a ti —añadió brutalmente,'sin poner atención en el daño que hacía—te ha de costar más tr abajo encontraila. A nadie le gusta armití en su familia un cunero. Pero er parné y las parmas pueden mucho.

Y Currito, para lograrlas, se apretaba con los toros, porque cada día se le arraigaba más, se le entraba más hondo en el corazón aquella criatura, aquel ángel, aquella "virgensita de los sielos”.

Ambos habían cambiado. La señorita Rocío, que ya no protestaba cuando el torerito la llamaba así, no era la chiquilla de antes; la crisálida se había transformado; tenía alas y volaba. Currito era ya también un hombre que deslumbraba con la pedrería cimarrera de sus botonaduras y sortijas y con el grosor de la cadena de oro del reloj, sin lograr encubrir con ello la falta de gallardía de su figura encogida e insignificante; aquella figurilla desmadejada, que en la plaza tornábase airosa y gentil por un milagro de estética.

El pobre, sin ser lo que se dice feo, feo, no era guapo. Tez pálida, facciones incorrectas, pelo lacio, la estatura más bien baja, los brazos cortos, defecto que él procuraba disimular con la largura de las mangas, y un como encogimiento de su persona, que respondía a la timidez de su espíritu. Pero tenía simpatía, una simpatía que radicaba principalmente en los ojos; ojos grandes, de grandes pestañas, rasgados, flavos, extraños ojos de mujer, bondadosos y soñadores, melancólicamente perdidos en la vaga visión de un sueño lejano. Era su andar reposado y señoril; ese andar, netamente andaluz, en que, sin perder

su noble gravedad, se desvanece la rigidez del empaque con la gracia de un noble contoneo.

Ya no existía entre la señorita y el torerillo la infantil y alegre confianza de antes; ahora, sustituida por una superioridad protectora en Rocío y un respeto cada vez mayor, de enamorado tímido,*en Currito. Con el orgullo do su estatura, de su belleza andaluza, del reciente traje largo y de la posición en que la colocaba la riqueza paterna y las incesantes adulaciones de loe cortesanos de su padre, la aeñoiifca

Rocío sentíase cada vez más aita y distante del inclusero, cuya cuna tanto le alejaba de sus humos y cuyo tipo mezquino, “senificante”, nada le decía. Mas, como conservaba el mismo impresionable fondo bondadoso, hablábale con un amable tono de lástima, que a la inexperiencia mundana de Carrito ¦e sonaba a campanitaa celestiales.

A veces, nostálgico de los gratos momentos de intimidad familiar de antes, la preguntaba el torerillo:

—¿Y ese jardín, seflita Rosío? ¿Arreglamos psas masetas?

—¡Jesús, Currito!—contestaba ella coqueteando—. Ahora ya es usted todo un señor matador. ¡En segui- dita iba yo a consentir que ensusiara el Chavalülo en mis masetas las manos que traen alborotáo a Sevilla!

—Es que yo tengo muy güeña volunta pa servirla a usté en tóo lo que quiera y se la antoje; y si me en- susio las manos en sus masetas, mejor y a muchichí- sima honra.

Ella reía complacida, pero sin ceder.

—Pues si no quiere usté verme las manos susias de tierra, tiene usté que vení un día a vérmelas man- chás de sangre de toro, que le vi a brindá a usté uno que la Girarda se va a sorbe ar Guadarquiví.

—¡Qué atrosidá!... ¿Pero a mí por qué me va usté a brindar un toro, Currito?—preguntó coquetuela, fingiendo

inocencia.

Currito tembló al oir a Rocío; tuvo en la punta de la lengua su secreto; pero no se atrevió a descubrirlo, y respondió con delatora vehemencia:

—Pues… porque sí. ¿No es usté, como aquer que dise, mi madrina? Usté er vestío, usté er capote, usté la muleta y la espá, que no crea usté que me s’orvían estas cosas. Usté le ha hableo por mí a su padre… y yo le tengo que brindá a usté un toro porque sí, ¡ea!

—¡Huy!, qué difisi va a ser eso. Yo no voy a la plasa si no me lleva mi papá; y qué sé yo cuándo voy a ir, si él siempre está toreando.

—¿.Pues tié que ser!—insistió tercamente Currito,

Y fué.

Una cortadura en una mano, que tuvo a Carmona dos semanas sin torear, le permitió asistir a aquella función. Estaba Sevilla alborotada con la dichosa corrida. “Na, con colmo.” Despedida de novillero del ídolo de Puerta Osario, Angel Romera, Romerita, que al domingo siguiente tomaría la alternativa en Madrid, y última pelea, por tanto, del diestro de callé Matahacas con el torero de la Feria.

Fué Carmona. Y llevó a la niña.

El no quería llevarla. Por ese moruno atavismo de raza, allí tan frecuente, era poco amigo de la exhibición de la familia. Pocas amistades fuera de casa. Pocos paseos por la ciudad. Las salidas reglamentarias de Semana Santa, feria, las cruces de Mayo y el Corpus, y pare usted de contar. ¡Bastante se exhibía él! Así, que despidió a Rocío noramala, tratándola de callejera, de impertinente y de muñeca, cuando le fué con la pretensión de que la llevase a aquella corrida.

—¿Y va usté a sé capá, señó Manué, de deja en casa a su niña, a su muñequiya?

—Sí, señora. Las niñas, en casita a coser con la mamá.

Pero la “Muñequiya” se le puso delante la víspera, salerosamente prendida con su mantilla de blonda levantada hasta las nubes por la gran peineta de concha, con su pañolón de Manila airosamente colgado del brazo, el abanico antiguo, regalo de boda del marqués de Zahira, que llevó a la Iglesia Teresa, su garbo, su sal y su zalamería, que estaba para comérsela.

—Vamo a vé si er señó Manué es valiente pa deja esta “senificansia” de hija en casita.hasiéndose aíre- ¡Pero, hombre, señó Manué, si hasta por presumí debe usté llevarme!

’ Cedió. ¿Qué iba a hacer?

—Várgame undibé, muñequiya, ¿qué no harás tü de tu padre?

A Currito se le encendieron los ojos y el alma de júbilo cuando ella le dijo aquella noche:

—A ver, Currito, qué hasemos mañana, que estaré yo allí.

¿Que a ver qué hacía? Locuras. Subir hasta el sol y pasarle la montera por la cara. Era la ocasión soñada. Currito se daba cuenta de su inferioridad; comprendía qué necesitaba deslumbrar para conquistar a Rocío, y deseaba que le viese en la plaza, seguro de su poder allí, donde no era el mozo desmedrado, encogido, triste, “senificante”, sino el artista dominador de multitudes. Aquél era su día. ¡Su día!

Caso insólito en los anales del toreo: se le hicieron larguísimas, inacabables, las horas, hasta que llegó la de ir a la plaza. Más inaudito: encargó a Copita que en el sorteo hiciese para él un lote con los dos toros más grandes y de mayores cuernos, a lo que seguramente no se opondrían los otros toreros; encargo que no hace falta consignar que Joaquín se guardó muy bien de cumplir.

—¡Er latifundio con que nos ha salió er niño!… Ese está "majareta" der too. ¡Los dos más grandes! Como si yo no tuviera que banderiyarlos…

Impaciente por verse ante su dueño en el ruedo con la fiera, Currito no se detuvo en la lóbrega sala de toreros; hizo una apresurada visita a la pobrísima, triste y mal alumbrada capilla contigua, se arrodilló apenas, se santiguó de prisa y, desentendiéndose de los entusiastas que le detenían para saludarle, se fué ligero a la puerta de cuadrillas, deseoso de luz, buscando ansiadamente a la que llenaba su corazón y su vida.

Tiene la plaza de Sevilla una nota suya, única, que borra todo lo demás: la alegría de su ambiente, que proviene de aquella luz, del "aire" aquel formado por los colores que la llenan—el rojo sangriento de la barrera, el oro del "arbero" que tapiza el redondel, la blancura agrisada de sus paredes —y el sol, que allí alumbra de otro modo que en el resto de] mundo; pero Currito no vio más color, más luz ni más alegría que aquella mujercita que, de pie en la delantera de un palco, junto a su padre y el corredor de mantecadas, lo miraba todo con infantil y voluble curiosidad.

Deseoso de llamar su atención, de mostrarse ante ella, apenas si esperó a que los alguacilillos llegasen a Ja puerta, y echó a andar delante de todos antes de que sonase la voz de "¡Vamos!", que nunca han sabido los toreros quién la da ni de dónde sale. Hasta oyó la música que acompaña el paseíllo y gallardamente acomodó su andar a la alegría de su ritmo. Los partidarios de uno y otro espada batieron palmas y se los señalaron a sus vecinos de localidad, cual si de éstos fueran desconocidos. Don Ismael Almanzor ponderó en su grada el garbo y la bizarría de Currito, usando la famosa frase de Gue- rrita:

—¡Que vale dinero verle hacer el paseíllo, señores!

—¿Como a Lagartijo?

—Eso es; como a Lagartijo.

Lo que, sin oirlo, corroboró Carmona en su palco, diciendo a su hija:

—La verdá es que este sombrón es otro hombre en la plasa.

Allá fué a adornar la barandilla del palco de Rocío el capote del Chavaliüo. El mismo que el gran torero le regaló. Porque Currito tuvo la delicadeza de vestirse este día con aquella ropa que, por haberla recibido de manos de la niña de Carmona, él miraba más que con cariño, con veneración.

Rocío, de pie en e[1] palco, le saludó expresivamente con sus manitas enguantadas, luego de colgar el capote en la delantera como orgulloso trofeo. Currito se inundó de gozo; salió el pi'imer toro y, cuando le correspondió el quite, miró al palco al extender el capote, como diciendo: “Por usté va”, y la plaza trepidó con el estremecimiento de los grandes entusiasmos.

Tal se le vio que Romerita, que iba dispuesto a despachar la corrida “sin exponer”, atento, como es lógico uso en este caso, al compromiso del próximo día de su alternativa, comprendió que allí había que jugársela para no salir humillado, y hubo de sostener la competencia más empeñada que hasta entonces tuvo con su rival. Si el uno levantaba a la gente en un quite, el otro la hacía saltar en el siguiente. Currito, con su finura, con su elegancia y con su arte; Romerita, desenfadado y garboso, con sus atrevimientos, que suspendían el ánimo. Al tercer espada nadie quería verle. Cada vez que terciaba en la lidia era acompañado por desdeñosos clamores de impaciencia. “¿Qué iba a hacer ese visión?” ¡Los otros, los otros!

Rocío asistía contentísima, infantilmente descuidada y curiosa, a aquel juego, aplaudiendo ya al uno, ya al otro, hasta romperse los guantes, no sin que su padre y c] corredor, que se había convidado a ir con ellos, le advirtiesen, bromeando, cada vez que aplaudía a Romerita:

—Niña, que tú no eres de ese partido.

—Pero es un torero muy bonito, papá—contestó ingenuamente, un poco presa en la gallardía de aquel

cuerpo airoso y varonil, y singularmente en la cara morena y el pelo ensortijado, lazo en que se enredaban muchas voluntades femeninas.

Presenciaban la corrida desde el palco regio unos príncipes extranjeros, unas altezas de enrevesado nombre, que seguían con ojos maravillados la lidia. El presidente hizo señas a cada espada, cuando fueron a hacerle cortesía para matar su primer toro, de que lo brindasen a los príncipes, que iban bien pertrechados de regalos para el caso; pero, en su tumo, Currito se desentendió de señas y, en cuanto pidió la venia a la presidencia, se fué montera en mano ante el palco de Carmona y brindó con voz un tanto temblorosa, no ciertamente por el miedo:

—Brindo po er señó Manué Carmon i, que es er mejor torero der mundo, y por su distinguía hija la señita Rosío Carmona, que es…, que es… ¡la mejor hija der mundo!

Los que estaban cerca rieron, y los de más allá celebraron con aplausos el rasgo del Chavalillo de poner por cima de las altezas extranjeras la majestad del rey del toreo. Y aunque no faltaron, sobre todo en el bando romerista, protestantes que invocaban las leyes de la cortesía, la generalidad estuvo conforme con Currito, porque para la “afisión” no había allí persona más considerable que Manuel Carmona.

—¿Se quié usté cayá con sus prínsipes, que ni en su tierra saben cómo se yaman de retorsío que tienen er nombre?

Nunca voló Currito tan alto. Despidió a su gente, obligándola a permanecer en el estribo; se quedó solo con el toro; se lo llevó ante el palco de Rocío, y… “¡a caballo en el celaje!”, como dijo uno de sus fantásticos cronistas.

—¡El que no ha visto eso no ha visto toreo!—gritaban los chaval istas, delirantes de entusiasmo.

A cada pase, Currito miraba al palco de Carmona y se lo brindaba a Rocío con un gracioso saludo, lo que enloqueció

más a la enloquecida gente.

Romeríta no tuvo otro recurso, cuando le volvió a tocar su turno, que “colgarse de un pitón”.

¡Ay! ¡En qué poco está la marcha de la vida! Aquella cogida aparatosa impresionó fuertemente a Rocío, que hasta allí sólo vió infantilmente la corrida, ajena a toda idea de peligro; pero aún la impresionó más, la conmovió hasta lo más hondo de su ser, la despreocupación del torero, su desdén de la vida, su valentía, levantándose, destrozado el traje, y yendo al toro sin mirarse la ropa, para desafiarle en su misma cara, escupiéndole retador, y concluir por cogerle un cuerno, volviéndose sonriente al público, que le aclamaba.

—¡La chipén der toreo, la emosión!—vociferaron locos sus partidarios.

Carmona sonrió desdeñosamente y le dijo a su hija:

—¡Qué suerte tienen estos peleles, muñequiya!

Pero la “Muñequiya” no le oía. Presa en aquellos alborotados rizos que caían sobre la morena frente del torero, y en la actitud estatuaria, magnífica, del mozo, le miraba anhelosa, deslumbrada, con ojos flameantes, todavía pálida y temblorosa con la emoción de la tragedia, pero contenta, sintiendo en sí algo extraño, una conmoción de todo su ser, un movimiento confuso de anhelo y rendición, del que no se daba clara cuenta; un sentimiento nuevo, inexplicable, gratísimo, que se enseñoreaba de ella…

Rocío acababa de hacerse verdaderamente mujer.

En vano fue ya que el otro torerillo realizase prodigios de arte; inútiles sus filigranas con el capote; inútil el alarde de valentía con las banderillas, metiéndose en un terreno expuestísimo, sólo porque el toro estaba delante de Rocío, con la salida cerrada, "con la corná segura”, a colocar un par estremecedor, que hizo botar en su asiento a Carmona, gritando a loe del tendido:

—¿Y eso, no tiene emosión? ¡Eso no lo habernos hecho naide! ¿Has visto, muñeca?

¡Ay!, otra vez. La señorita Rocío no tenía ojós para nada que no fuera la garbosa figura de Rome- rita, la cara morena de Romerita, el valor temerario de Romerita y el rizo aquel de Romerita. No había más en la plaza. Vagamente tuvo sospechas de esta desatención Currito, al mirarla al remate de algún lance y hallarla distraída; pero, aunque le contrarió, no dió importancia a esta "casualidad" y se dispuso a concluir la conquista, qu-e veía segura, cuando tocaron a matar su último toro.

Fuése ante el palco regio a cumplir con las altezas extranjeras, cuyo enrevesado nombre se hizo repetir multitud de veces por Tragúete, el "guindilla" políglota, que daba una versión fantástica del princi-

—Brindo—dijo al fin Currito—por sus artesas ríales los distinguios prínsipes de… ¡de eso!

Despidió a la cuadrilla y pausadamente, con su característico y señoril reposo, tan netamente andaluz, se fué al toro, que era "una perita en dulce", según afirmaban los golosos del tendido relamiéndose por anticipado al pensar en la faena que iba a hacer el Chavalillo.

Y así empezó. Un pase y un alarido de gusto en el graderío; otro, y la gente se puso en pie de un salto, como impulsada por un poderoso mecanismo… Mas al dar uno de pecho emocionante, un pase en que sintió en la cara el ardor del aliento del toro y en el corazón el cosquilleo de las astas, levantó la vista al palco y… ya no pudo dudar. Ella no le miraba. Ella tenía clavados los gemelos en Romerita, con el busto fuera de la barandilla, como si quisiera acercárselo más.

Como antes el ardor de la respiración del toro en su pecho, sintió ahora Currito en el corazón la quemadura de aquella mirada. Le pareció que algo se desgajaba violentamente dentro de él.

¿A qué seguir?

Y pausadamente, cuando aún no había concluido el “¡ole!” frenético que aclamó el lance, plegó la muleta, se fué a “los capotes” y, entregando las armas al asombrado mozo de estoques, dijo:

—¡Que se y.even er toro, que no lo mato!

Y tranquilamente sentóse en el estribo.

Hubo en la plaza un momento de estupor e indecisión.

—¿Pero qué le pasa?

—¿Se ha vuelto loco ese hombre?

Los toreros le rodearon.

—¿Qué hases, Curro? ¡Anda ar toro!

—¡Que te van a matar!—le advirtió Copita, desesperado—. Vete pa la enfermería.

Pero él no los hizo caso; ni les contestó, ni Isa miró. Ni los oyó siquiera.

—Ancójate y vete pa la enfermería, Curro—le re» pitió Copita, sintiendo estallar la tormenta.

Tembló la plaza con el furor de las grandes indignaciones. Los aplausos y los oles se trocaron en insultos. Los más entusiastas de antes eran ahora los más indignados. Llovieron sobre Currito y su ignorada familia los mayores insultos. Del “sol” se lanzaron al ruedo algunos espectadores, decididos a linchar a Currito, costando mucho trabajo detenerlos a los toreros y a los “guindillas” que acudieron en su auxilio. No faltaron guasones que, desde sus barreras, gritaron al afligido Copita, que se comía los puños de rabia:

—¡Un escandalaso, tú! ¡Vaya alboroto!

Carmona se levantó violentamente de su silla y salió del palco, llevándose a su hija, que aún tuvo una última mirada para Romerita.

—¡Pero este Currito!—salía diciendo indignada—. ¿Has visto cobardón más grande, papá?

—¿Cobarde?—contestó Carmona irguiendo la cabeza—. ¡No! Ese no s'ha ido der toro por cobarde. ¡Si era masapán! A ése le ha pasao argo. Pero eso no se hase con un público. Lo van a matá.

Entre una gritería atronadora y una bárbara pedrea de almohadillas y botellas, amenazado por los bastones que blandían contra él los de la barrera, al pasar por el callejón entre guardias, fué conducido el Chavalillo a la presidencia.

—¡A la cársel! ¡A la jorca!—pidieron desde abajo al verle aparecer en el palco presidencial los que momentos antes le aclamaban.

El presidente y los otros dos “tíos de las castoras” ordenaron severamente a Currito que matase el toro, haciéndole ver el desaire, el agravio que infería a loe príncipes y al público, y conminándole con la cárcel si desobedecía.

—Bueno, sí, señor. Está muy bien. Que me yeven a la cársel—contestó Currito imperturbable.

—{Ya lo creo que se lo van a llevar a usiedJ

—¡Pues vamos!—e incontinenti echó a r.ndar, preguntando a los guardias:—¿Por dónde?

A la cárcel fué vestido de torero, seguido de una multitud vociferadora e insultante; los mismos que otras tardes le llevaban en hombros y que ahora hasta le tiraban piedras.

—¡Se acabó el Chavalillo!—fueron gritando victoriosos por todas partes los romeristas, explicando a su gusto el suceso.

¡Era mucho Romerito! ¿Qué iba a hacer el infeliz Chavalillo después de las valentías de Angel? Al inclusero no le iba lo de colgarse de un pitón. Allí no quedaba más recurso que “salir de naja”. Había que reconocer que Currito obraba cuerdamente. R. I. P. el Chavalillo.

—¡Se finísss!—que dijo un hortera políglota de calle Matahacas “junto suyo Angel Romera”.

Pero es el caso que, mientras los enemigos daban por muerto a Currito y los amigos se ocultaban, avergonzados y rabiosos, sin atreverse a corear el “Es genial” de Copita y el Pollo tísico, los empresarios rivales de Jerez y el Puerto se plantaban en la cárcel, resueltos a llevarse al torero a su plaza al domingo siguiente fuese como fuese. ¡Flojo iba a ser el llenazo después de lo de esta tarde! Tan empeñadamente porfiaron los empresarios con el torero, que, sentado en un rincón y abstraído, no estaba on ninguna parte, que hubo allí “más que palabras”, y, al separarlos, el alcaide mandó a cada uno a un calabozo, no sin que el de Jerez le gritase al Chavalillo al salir: “¡Ya sabes, Currito: mil reales más que ése!”, y el otro le ofreciese por lo bajo al jefe de la cárcel “Una onsa si me deja usté salir media hora antes que ese escupejumo”.

Aquí caigo y allí me levanto, siguió el Chavalillo toreando. ¿Qué iba a hacer? Los fracasos se contaban casi por corrida; sus partidarios iban desertando. Copita “lo quitó” de Sevilla, y apuraba su sagacidad para animarle buscando afanosamente la causa de aquel decaimiento.

—¡Mardita sea!… ¿Es una mujer la que t’ha traío este latifundio? Pues no hagas caso, que las mujeres cambian más que la veleta de la Girarda, y hoy miran pa ayá y mañana pa acá. Tú atorea bien, que atoreando bien tiene un torero lo que quiere y más que quiere, aunque se oponga er Papa.

Tanto le predicó y ie brindó tantos ej emplos su experiencia del mundo y de las mujeres, que consiguió levantar el decaído ánimo de su pupilo, y que tornase a alegrar las plazas; pero no se atrevió Curri- to a volver a casa de Carmona, ni siquiera a pasar de día por la calle de Placentines, aunque ninguna noche dejaba de hacerlo antes de retirarse su casa, con esa vaga esperanza de los enamorados platónicos, que aguardan que de pronto se

transparenten los muros para mostrarles el objeto de sus ansias.

Al fin, un día tuvo una corrida de buena suerte en Sevilla, en la que reapareció el Chavalillo de antes, y poco después le buscó el mozo de estoques de Carmona.

—Er mataor que vaya usté a verle luego, que tiene que darle una rasón.

—Yo no voy, Joaquín—dijo Currito, avergonzadó, a su mentor.

—¿Qué haser, niño? Manué tiene hoy la yave dar toreo y hay que pedirle permiso pa pasar. Sobre que él te yama y no te va a come…

Con más azoramiento que la primera vez que entró en aquella casa llegó Currito a la presencia de Carmona, que, por rara casualidad, estaba solo con su mujer y su hija, Teresa le echó bondadosamente en cara el olvido en que los tenía; Rocío le hizo temblar asegurando a su madre que eomo era un torero de fama ya no se acordaba de ellos ni los quería, y Car- mona, lejos de manifestarse severo, le sorprendió con estas inesperadas palabras: «

—Vamos a vé. ¿Tú has echao cuenta de quearte toa la vía de noviyero, sin salir de Andalusía? No, ¿verdá? Yo y Manué Retana habernos hablao de ti. Quiere que debutes en Madrid er jueves de la semana. Luego te yamará a una conferensia. Son dos o tres noviyás na más si te se da bien. Y si te se da bien, de seguía te doy la artemativa, y empiesas er año que viene de mataor y en el abono de Madrí.

No era protección desinteresada. A Carmona le urgía mucho aquello. Sus enemigos, los implacables envidiosos de todo el que está en alto, que le buscaban impacientes un competidor en cada torero nuevo, habían al fin levantado bandera contra él por Romeri· ta—“¡Mire usté con quién!”—y le traían a mal traer desde la alternativa de Angel, Un revistero enemigo había escrito aquel día, con intención de mortificarle, que “allí estaba el que iba a echar

a Carmona”, y los anticarmonistas se acogieron con júbilo a esta profecía y la alentaron, procurando convertirla en realidad. Comenzó para el torero, acostumbrado al triunfo, una lucha más empeñada que la de sus primeros tiempos cuando, ansioso de adueñarse del mundo, salía a disputar el cetro del toreo a los veteranos. Era una pelea dura y enconada, más que con el torero rival, con los anticarmonistas, que querían servirse de aquél como de una catapulta para derribar la altiva torre desde donde Carmona dictaba la ley al toreo. Aunque estuviese bien, y aun mejor que nunca, jamás faltaban silbidos y protestas de acompañamiento a su trabajo, que cuanto mayor era su injusticia más amargaban el placer del aplauso del público imparcial. Aun aquellas veces en que el arte del torero se imponía avasallador a todos, reduciéndolos, mal de su grado, al silencio, sonaba estridente en los tendidos de sol, por cima del trueno de los aplausos y las aclamaciones, un pito irreductible, que crispaba los nervios de Manoliyo y le hacía prorrumpir en maldiciones sotto voce contra el silbante y toa su roía y sinvergonsonísima familia.

—¿Pero qué te importa ese tío si toa la plasa es a ovasionarte y las parmas hasen humo?—Le decía el Catóme.

—Es que no le oigo más que a é. Veo la plasa en píe aplaudiéndome y sólo me suena ese mardosío pito.

Carmona se vengaba de los malos ratos que los romeristas le daban en la plaza, diciendo, con su lengua ruda y clara, horrores de su rival, que los amigos de Romerita se apresuraban a contar a éste con esa diligencia chismorrera que hay en la taurincría, poniendo en la lucha una agria salsa de odio. Nunca el rey del toreo llamaba por su nombre a Romerita, que era despreciativamente en sus labios “ese visión”, “la máscara esa”, “un borracho que se había tirado de una talanquera de sol” y un “hijo de tal y de cual”.

Romerita le pagaba en igual moneda, sin morderse la lengua; de suerte que había entre los dos toreros otra lucha

de difamación más enconada que la de la plaza. Pero a Carmona le disgustaban menos los insultos, con dolerle tanto, que los aplausos que el otro arrancaba. ¿Es que un torero tan grande como él iba a tener que pasarse la vida peleando con monos que aún no habían ido a la barbería o con grotescos peleles? Y hábilmente pensó en distraer la pelea “echando” a C’irrito contra Romerita, Que riñesen los que venían detrás y a él le dejaran quieto en su sitial, que bien ganado lo tenía.

Nada de esto le dijo a Currito; pero sí le animó a echar en Madrid el resto para darle en seguida la alternativa, ya colocado, como quien dice, puesto que también tenía concertada con Retana su entrada en el abono, para ir tomando posiciones.

—Enhorabuena, Currito. No se quejará usté—le felicitó Rocío con la afectuosidad de antes—. A ver si el jueves nos pone usté un parte de colosal. Ya sabe usté que acá nos alegramos de su bien—añadió melosamente.

Currito resucitó al oirla. Se atrevió a levantar los ojos y a clavarlos en los de ella, que le miraban serenamente, y sintió que otra vez se le entraban la esperanza y la alegría en el alma.

—Sí, señora, señita Rosío. Haré lo que puea… y más.

—Güeno—aprobó Carmona—, y a ver si no vuer- ves a meter la pata.

—No, señor, no—balbuceó avergonzado el Chavalillo.

—¿Pero qué le pasó a usté aquella tarde, Curri- to?—interrogó la curiosidad de la muchacha.

El Chavalillo posó en ella sus ojos tristes, que no se atrevieron a reconvenirla.

—¡Qué sé yo!—dijo al fin. Y apasionadamente, sin poderse contener, explicó:—¡Que de pronto me s’acabó er mundo!

—Pues ahora hay que quedar mejor que nunca— le animó Rocío, sin pretender más explicaciones.

—Le pondremos dos velas el jueves al Señor del Gran Poder—dijo Teresa.

—Y yo resaré sinco Sarves Regina a la Virgen de la Esperansa—añadió la niña.

—¿Tiene usté ahí los papeles de los partes?—preguntó, ya impaciente, Currito a Copita.

—¿Pa qué los quieres?

—Pa poner ya mismo ¡colosá!

—¡Ole, ole, Currito!—comentó Rocío.

—Vamos a ver si es verdá—concluyó Carmona.

—Er santísimo evangelio de la santísima misa.

Y el Chavalillo emprendió el camino de Madrid lleno el pecho de esperanzas, de ilusiones la cabeza y de amor el alma.

¡A conquistar el pajolero mundo!

Capítulo III

"SEVILLA PARA EL REGALO,

MADRID PARA LA NOBLEZA…”

¡QUÉ plaza aquella y qué público aquel!

—¡No hay más Madrí que éste, chiquiyo!—exclamaba Copita a cada paso, rebosaste de júbilo, agradecido a la acogida hecha “al mataor” en las dos novilladas de presentación.

Si Currito supiera de estas cosas, diría que era aquello una muestra ruidosa, un modo algarero, de la clásica hidalga hospitalidad castellana. Hasta por fuera alegraba y atraía, acogedora, la plaza. Había en su traza arquitectónica, de apropiado y bien entendido estilo mudejar, en la justeza de sus proporciones, en lo airoso de su3 ajimeces y en la gracia magnífica de aquel pórtico árabe que se adelanta a recibir a los visitantes, una elegancia y una distinción cortesanas. La mancha roja de los ladrillos entonaba en el azul del claro cielo madrileño y en la austeridad del paisaje que rodea la plaza un bello y alegre cuadro. Dentro conservaba el mismo tono de belleza y elegancia graciosa; y aun faltándole Ja blancura estival de

trajes y sombreros, y el ambiente, "el aire” sui géneris de la sevillana, tenía también la plaza madrileña mucha alegría y una cara tan suya que ninguna otra ha podido copiarla.

Desde la puerta de las cuadrillas imponía ya oquella gente tan seria; pero en cuanto decían “ese me gusta”, estaba el torero como en su casa. Estos aficionados eran otra cosa que los de allá abajo. Menos impresionables, pero más vehementes; más serios y más guasones. Se reía aquí más, y, aunque parezca mentira, se oían más “golpes”. El afán comunicativo que mueve en los toros al espectador a hablar con los vecinos, aunque no los conozca; a comentar consigo mismo en voz alta los incidentes de la lidia, y a dar, desde la seguridad de su asiento, y en voz natural, sabios consejos a los toreros lejanos, manifestábase en sentencias e interpelaciones a gritos—“bo- cinazos” los llaman los toreros—, que, cuando tenían oportunidad y gracia, eran celebrados alegremente por el concurso.

Nada escapaba al jaranero vocear: ni los toreros, ni la empresa, ni los revisteros, sobre quienes también descargaba frecuentemente el mal humor de los partidistas, en venganza de los palos adjudicados al ídolo.

—"¡Don Fulanito!”—gritaban al revistero que los quemaba, cuando el torero estaba de buenas—. ¡Cierre usté los ojos pa no sufrir!

O, si se había dado la contraria y el revistero pegaba fuerte:

—¡No escribe usté más que tonterías!

Y con eso y muchas cosas más, la gente mejor del mundo, dispuesta siempre a pelearse por su torero con el sol. Y la sombra. Y el sol y sombra.

Sin los arrebatos hiperbólicos de otras plazas, tenían mayor afición, más constante interés por la fiesta. No se encontraban aquí esos aficionados que van al cerrado a apartar una corrida, asisten en el encerradero al encajonamiento, visitan a los toros en los corrales,

presencian el apartado la mañana de la función… y a la noche preguntan a los amigos en el círculo o en la “borrachería”:

—¿Qué tal salió el torillo cárdeno? >

Desde la célebre tertulia del “brasero”, en Fernos, democrática y curiosa amalgama de gentes de todas las clases sociales, que tenía por centro a Manuel Retana, el sastre de toreros, insustituible representante o “amigo de la empresa”, como él se llamaba—el “brasero”, a cuyo próvido calorcillo acudían Los contertulios “a asar su sardina”, según los maldicientes y despechados del café Inglés—, hasta el “casinillo del Camisero" en la puerta del Lion d’Or, al aire libre con todos los tiempos, había por todo Madrid innumerables “peñas” mantenedoras del fuego sagrado de la tauromaquia en los casinos, cafés y lugares donde se reúnen los hombres a conversar, en las cuales no se hablaba de otra cosa que de la afición que une a tantas gentes de tan lejana condición social y espiritual. La corrida pasada y la que se iba a dar vivían en estas tertulias todo el tiempo que entre una y otra mediaba. Muchos de los peñistas ni allí ni fuera sabían hablar de cosa distinta; no tenían otra preocupación. Llevaban al dedillo la cuenta de las corridas que tenía y podía tener cada torero, y era su memoria un archivo inagotable de fechas, sucesos, nombres y “pelos”. Sin mentir, podían consignar en la casilla del padrón destinada a las profesiones: "Aficionado a toros”. Fuera de la fiesta, nada tenía importancia para ellos. Ciencia, literatura, arte, comercio, política, acontecimientos de la vida que se desarrolla en tomo… [Bah!… Cayó el ministerio, se tambalean las instituciones. “¿Vió usted el berrendo cómo se pegaba a los caballos y doblaba con ellos?” Huelgas, la revolución social, “j Qué pase aquél 1” La guerra; se hundió el mundo; las trompetas del Apocalipsis. “¡Qué estocada!”

Tenían los madrileños el orgullo de su plaza, que diputaban, con razón, por la mejor del mundo; categoría que nunca se olvidaban de hacer constar con molesto aire de superioridad cuando asistían a alguna tórrida fuera de Madrid, protestando por todo: contra la incomodidad y estrechez del asiento al ocuparlo, en cuanto sonaban palmas o pitos sin su permiso, y al salir de la función, aburridos y nostálgicos:

—¡Plaza la de Madrid! ¡Público el de Madrid! ¡Corridas las de Madrid!

No obstante lo cual, en Madrid se calificaban continua y públicamente de “primos” que se dejaban engañar por toreros, ganaderos y empresarios; nunca estaban conformes con la organización de sus corridas; tenían siempre en la boca las de Valencia, Bilbao, Sevilla, Málaga y otras famosas plazas provincianas; tachaban de chicos todos los toros y de ventajistas a todos los toreros, y protestaban airadamente todas las tardes, al sentarse en su sitio, contra la pequenez e incomodidad de las localidades.

—¡Retana!—gritaban, volviéndose al palco de la Empresa, al salir los alguacilillos—. ¡Cada día son más chicos los asientos!—y agregaban para sus vecinos:—Veinte años llevo aquí “abonao” y de cada vez es más estrecho esto.

—¿No será que de cada año está usté más jamón?—le replicaban.

En medio de las mayores ovaciones nunca faltaban suficientes que se alzaban en el tendido agitando furiosamente un brazo negativo, al pasar los toreros recogiendo “palmas”, y gritaban estentóreamente, rojos de indignación, como si hubieran recibido una ofensa, señalando alrededor con el puño cerrado y el pulgar tieso: “¡Pa los primos! ¡Pa los prunos!”

Y allá hacia el quinto toro solía clamar aburrida en el tendido 2 la voz estentórea del ingeniero don Ubaldo, “el

galleguito”:

—¡Mansos los toros! ¡Mansos los toreros! ¡Y mansos nosotros!

¡Plaza la de Madrid! ¡Corridas las de Madrid!…

Fuera de estas inocentes naderías, el público más bueno del mundo, que aun no había aprendido a poner mala cara por anticipado a todos. Cierto que tardaba en entregarse, pero cuando lo hacía se daba como nadie, aunque, cortesano al fin, cubría las apariencias de sus apasionamientos personalistas con la capa de los intangibles principios de escuela. A creer a los aficionados, no había en su inclinación por este o el otro torero más que la obediencia a una disciplina doctrinal. Ni más ni menos que en las viejas disputas filosóficas. Así había aficionados "toreristas”, jocundos partidarios de la alegría, vistosidad y belleza del toreo, y graves despreciadores de estas “pantomimas del circo”, que se calificaban de aficionados “serios”, y ponían toda su devoción y entusiasmo en el sanguinario momento de la estocada. “¡La suerte suprema!" Había que ver el respeto y la solemnidad con que hablaban de los grandes est xadistas que fueron:

—El finado Tato… El difunto Frascuelo…

Y aun existía otra clase de aficionados mucho más serios, ¡que es seriedad!; hombres terribles y descontentadizos que se indignaban con los que “iban a los toros a divertirse”, y hablaban de tauromaquia más solemnemente que del dogma un orador de concilio ecuménico: los “aficionados ai toro”. Para ellos todos los toros eran chicos, así tuviesen el tamaño de la catedral de Santiago de Compostela y los pitones como la Giralda, y todos los toreros bailarinas. Iban de luto por la seriedad dei toreo, y constantemente lloraban por ella. Viudos inconsolables. En la plaza se colocaban visiblemente, llevando repartidos con método por todos los bolsillos pañuelos de distintos cc’ores y carteles que jugaban sabiamente.

Salía el toro: mano derecha al bolsillo A y pañuelo verde en el aire pidiendo la retirada del bicho al corral, mientras la otra mano exhibía un cartelito que decía: “Un choto.” A la segunda vara, mano al bolsillo E y pañuelo rojo en e! aire: “¡Fuego!” Se nevaba la plaza de pañuelos blancos pidiendo la oreja, pues del bolsillo X surgía un pañuelo negro que ¡denegaba. Luego en las tertulias eran terribles.

—¡Toros, toroe!—era su comentario inevitable a todo elogio.

—A mí—gritaban en el café—deme usté un toro de esos que salen, y ¡zas!, el primer picador hecho polvo; otra vara, y ¡puní!, a los palcos; otra, y ¡chass!, incrustado en la pared del callejón…

—Y usté de caballo—Ies contestaba indignado algún picador que les oía.

Por lo demás, esta afición al "toro” duraba, en la mayoría de los casos, lo que tardaba cualquier torero en sonreirles y darles dos palmadas cariñosas en la barriga acariciando los mininos de dentro.

Copita y el Pullo tísico pasearon a Currito, en vísperas de la alternativa, por todos estos mares cortesanos, sorteando hábilmente las sirtes y escollos que los llenan, para ganarse simpatías y voluntades. Donde había un aficionado difícil y alborotador allí estaban ellos con la mano tendida y el gesto amable.

—Currito, hijo—le encomendaba Copita todos los días al salir a la calle—, la carita mu agradable. Mucha sonrisita, mucho apretón de manos y mucho “sí, señor”, con too er mundo; que la mano que ha apretao la de un torero es una fábrica de parmas. Ni en un tablao. Saludar con finura no cuesta dinero. Y tú no sabes los chiyíos que vale haber conomisao un durse tan barato. Ni los amigos que gana una carita plasentera. ¿Que te chiyan en la plasa? Pues tú en la calle: “¿Cómo está usté? ¿Y la familia?” ¡Finura, niño; mucha finura! En esto tienes que seguí er ejemplo de

Ricardo Torres, Bombita, que ha sío er torero más fino y más cabayero que ha pisao plasa.

Y de acá para allá me lo llevaban Copita y el aceitunero, acompañado de cuatro o seis amigos, voluntaria y puntual escolta del Chavalillo, sin la cual el banderillero no dejaba salir al matador.

—Un torero de postín no puede ir solo por la calle. Torero que no lleva compaña no es nadie.

El Pollo tísico tenía por aquel entonces en planta un buen negocio, rondado por muchos golosos: la compra de la aceituna de todos los olivares del marqués de Viana; pero el hombre, ante la importancia del suceso taurino que se acercaba, lo abandonó todo para acompañar en tan solemnes momentos a su torero. El fué al cerrado a apartar los toros, dando un plantón al administrador del marqués, citado a aquella hora para ultimar el negocio; él los vio encajonar, y él lo dejó todo para ir a Madrid con su ahijado. ¿Qué so diría en Sevilla si no acompañara y asistiese a Currito en este trance? Sálvese la tauromaquia, y perezca la aceituna. ¿Cree usted que el hombre estaba en tales días para otra cosa? Que esperase el excelentísimo señor marqués con sus olivos, como esperaba su hora en el “palasio reá”. ¿No iba Currito a ser el rey del toreo? ¡Pues entonces!...

Y allí estaba, hecho un azacán todo el día, corriendo afanadísimo por Madrid, metiendo la barriguda en todas partes, tan pronto en casa del “Alfombrista” como en el Lion, en el “joye” dol Palace o en la sastrería de Retana a la hora del “corte”, para recalar al final, como el sitio más de su agrado, en el “brasero", donde se había hecho con Currito la excepción de admitirle, allí otorgada a muy contados toreros.

Ni faltó la visita de rigor a la Meca del toreo, la casa de Fermín el Joyero, árbitro y centro directivo de la tauromaquia y ordenador de las corridas que en España y

Ultramar se celebraban. Copita resistióse a la visita, atento al encargo recibido de Car- mona, cuya enemistad con Fermín constituía una movida e interesante página del toreo de aquellos tiempos; pero tanto terqueó el aceitunero, empeñado en atar todos los cabos del éxito para asegurar el del niño, que hubo que ceder. En realidad, ¿cómo atreverse a salir en la plaza do Madrid sin pedirle venia al Joyero?

No había torero de mérito o en estado de merecer, empresario, comisión organizadora de las corridas de feria, revistero necesitado de noticias, y aficionado gustoso del entretenido chismorreo taurino que no acudiera en busca de lo que deseaba a la joyería da Fermín. Su lejana intimidad con Frascuelo; su rivalidad con el antiguo lagartijista Joaquín Menchero, el famoso Alfombrista, jefe del bando defensor del toreo artístico, que iba minando el prestigio de Fermín; su ruidosa enemiga a Carmona, “representante de la coreografía en la tauromaquia”; el no tener más conversación ni preocupación que los toros, y, sobre todo, por lo que a la torería tocaba, sus pulmones poderosos, la gracia y oportunidad de sus "bocinazos”, la fiereza de los cien gatos rabiosos que la calle de Sevilla le contaba en el abdomen, su socarrona experiencia de la ella y vanidosa psicología toreril, y su conocimiento de todos los caminos, revueltas, encrucijadas y rincones del toreo, le habían valido aquella supremacía, haciendo de él, sin coleta ni exposición, el dictador de la tauromaquia.

En los escaparates de su tienda era frecuente ver, entre la deslumbradora pedrería, los varios productos de la inagotable fábrica taurina, desde las cabezas de toro, las cálidas impresiones de Roberto Domingo y las caricaturas de tanto espíritu de Sebastián Miranda, a la ampliación fotográfica de la última estocada y el frasco de alcohol con la pierna amputada a un torero famoso, víctima de la furia de un toro.

Allá se plantaron una mañana Currito, Copita y Rafael Luque. El Joyero los recibió con muestras de la mayor campechanería, chancero y hablador, pero no engañó a Copita, que comentó, contrariado, al salir:

—En güeso.

—¡Hombre!…—trató de disculparse el Pollo tísico.

—¡Natura! ¿Usté no ve que too lo de Carmona le jiede? Como que este quinquillero es romerista na más que por darle en la cabesa a Manué.

—Pues con too y con eso no ha podio con él.

—Si yo no sé por qué los toreros habernos de dejarnos dominar por estos latifundios. Er toro, señor, qu’es er que manda. Y con Carrito tampoco

va a poder ese quinquillero. ¡Por estas! ¡Como lú quieras, niño!…

Pues porque “quería”, hizo Currito aquello, en esa tarde azorante y desconcertadora de la alternativa, justificando la convicción con que el Pollo tísico, saltando de gozo en su asiento, al verle dar el magno pase en redondo, inicial de la faena del “doctorado”, se agarró convulso a la oreja de un vecino de localidad, que le traía frito negando al Chavalillo, y, tirando de ella, le gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Ese viene esta tarde a por esta! ¡Sí, señó, a por esta!

—¡Y usted por esta otra!—le contestó el vecino, largándole la más sonora bofetada que se oyó en la plaza, sin hacerse cargo del estado nervioso y la ceguera del hombre.

Se liai-on a golpes, intervinieron los guardias y se los llevaron, sin hacer caso de las humildes y apremiantes súplicas ni aun de las lágrimas del aceitunero, para que le dejasen ver lo que hacía el chiquillo aquel, toreando para aquella mujer, que entonces estaría rezando por él a la Virgen, conforme le ofreciera al despedirse.

—Por su salú, guardia; métame usté luego en capilla y llame ar verdugo; pero ahora déjeme usté ver lo que hasé mi niño. Pégneme usté un tiro luego, pero no me saque de aquí hasta que mate er toro.

—Vamos, guardia, vamos, que yo no quiero ver visiones—dijo el otro con la mala sangre que es de suponer.

—¿Visión dise usté? Aquí no hay más visión que usté y toa su visionísima familia, que seis ustedes muy acomodaos pa que los enseñen en las casillas de la feria.

Si no acuden rápidamente a separarlos y se los llevan, se matan,. Al Pollo tísico hubo que sacarlo casi en volandas, empeñado en no mirar donde pisaba, con la cara vuelta al redondel.

—iMire usté qué pase, guardia! ¡¡¡Oooleü! ¡Juy, torero! ¡Por ti voy yo a un presidio!

—Toma, y que sea noragüena—le dijo Carmona al Chavalillo, al entregarle ceremoniosamente el estoque y la muleta del ejercicio doctoral—·. Ya eres mataor. Por muchos años y con mucha suerte. A ver cómo t’arrimas y te confías, que ese no tiene más que apariansia, y en cuanto t’arrimes y le dos dos -pases se desengaña y lo atoreas a tu gusto.

—Muchas grasias, señó Manué—contestó Currito emocionado—. Vaya por usté. Me vi a arrimá y a confia, pa darle gusto a usté… y a su niña de usté.

Si no fueron dos mil trescientas las veces que, al siguiente día, repitió en Sevilla el Pollo tísico el relato del emocionante suceso a todo el que quiso oirle, y al que no quiso, fueron dos mil quinientas. Copita le facturó para la Giralda en cuanto llegó al hotel, sin dejarle asistir a la apoteosis de Currito, que comenzaba en la desbordada catarata de aficionados que, con la lengua fuera, los ojos brillantes, el pecho sofocado y la cara roja, por la violencia y la prisa de la carrera, invadieron la fonda dando gritos de entusiasmo, hablando todos a un tiempo y estrujando a Currito con abrazos desesperados que le ahogaban.

—¡Sé favo, home!—rogaba Gazuza, pugnando por hacer espacio para desnudar al matador.

Porque Gazuza, deshechas sus ilusiones de volar por sí solo, había vuelto a la cuadrilla del Chavalillo. El mismo día que llegó Currito do Sevilla se presentó Silverio en la fonda.

—¡Curro!

—¡Gasusiya! ¿Qué es de ti?

—A quearme contigo vengo. M'han dicho que no tienes fijo quien te sirva las espás. Pues yo soy. Mira—y le mostró el occipucio sin coleta—. Me la ha corlao ayer, pensando en esto.

—¿Pero cómo?

—Qu'había cogío de primo a un panoli pa mata con er Jarabaco cuatro noviyos en Guadalajara... Cuatro cratedales. Asín de que los vide, ¡afigúra- te!... "Migué, que te vas a ve mu apretao", me dije cuando er tío de la castora sacó er moquero y jiso la seña pa er paseíyo. "Migué, que vas a jasé er ti- niente aviaor", seguí disiéndome ar salí mu mar- chosito ar compá de la música. "Migué, que aquí ha sío gobernad don Luis Masantini y no está bien que quede malamente ningún torero." Totá: que cuando me vide bajo la presiénsia seguí andando con er capote mu apretao y dándole aire ar Braso, mu jacarandosito. ¡Ole mi cuerpo! Que yegué a la caye y seguí pa lante. ¡Ole!... Y que antes que vor- vieran en sigo y me echaran menos ya estaba yo en la posa, me había puesto er traje de caye sobre er vestío de atoreá, salí de naja pa la estasión, me metí en la garita der guardafreno de un mercansía que salía pa Saragosa, cambié de tren cuando pude, yegué a Madrí, empeñé er vestío, me lo señé anoche, y aquí me tienes que, si no me desempeñas la papeléta y er traje luego, me enchiqueran, y si no me tomas en la cuadriya, pa lo que sea, me muero de hambre.

Desde aquel momento quedó encargado el ex matador de novillos-toros Miguel Silverio, Gazuza, de "sex'vir los

estoques” y de ayuda de cámara del nuevo matador Francisco de la Cruz, Chavalillo.

Con multitud de guiños y gestos expresivos dejó Copita a Gazuza al cuidado de aquel cotarro, y se llevó al Pollo tísico, en cuanto entró, sin dejarle aproximarse al matador ni hacer caso de sus protestas.

—Ahora mismito a Seviya—le dijo Coaita, metiéndole a empujones en su cuarto.

—Pára, para; que no párese sino que todos ustedes se habéis puesto en Madrí de acuerdo pa no dejarme gosar este día, que es er mejor de mí vida. En la plasa los guasones de los guardias, que por na der mundo querían dejarme ver la faena de la arterna-

Üva, y ahora tú. ¿Pero nos vamos a ir hoy, cuando está así Madrí do arborotao con esa criatura?

—No; nosotros nos queamos. Er que se las va a pira es usté, a esperamos a nosotros que iremos pa- sao mañana. Hay que habla a la gente y calentarla pa cuando er niño yegue. ¿Comprendes vu?—concluyó, volcando todo el francés que había aprendido en las corridas del Midi.

—Ni una parole plus—respondió Rafael, mostrándose no menos políglota.

—Pues a pifárselas y a ver cómo se atorea.

—Ya verás. ¡Como los ángeles! Mejor: ¡como Cu- rrito!

Y tal maña so dió, tan ponderativamente fue ampliando por Sevilla los extensos relatos telegráficos de los periódicos, tanto cuerpo tomaron sus exageraciones al correr de boca en boca—¡carrera de hipérboles en Sevilla! —, que ai otro día, a la llegada del expreso que tuvo la alta honra de conducir al Chavalülo, estaban la estación, sus alrededores y las calles por donde había de pasar el torero, que no se reuniría más gente, habría mayor expectación ni se despertaría más entusiasmo al i-egreso de un rey de conquistar un mundo.

Toda la afición de la Feria y de la Macarena estaba allí, reventando dé orgullo y atronando los oídos con estentóreos vivas al barrio y al torero del barrio, que x*ebasaban el límite de la estridencia y la agresividad al descubrir medio escondido entre el gentío a algún vecino de Puerta Osario, que quería enterarse por sí mismo del suceso, y corrompía las oraciones a los que estaban cerca, echando en voz alta cuentas del dineral que todo aquello habría costado al Chavalillo y al grandísimo lila del aceitunero.

Jornales, negocios, obligaciones, todo quedó abandonado, sin parar mientes en los perjuicios. Pero ¿había quien se detuviese en duro, ni aun en billete, de menos para no perder la entrada triunfal del emperador del toreo? ¿Y el honor del barrio, que era después de todo el de Sevilla? ¿No estaba allí Rafael Luque, el Pollo tísico, dando ejemplo de desinterés y aficionado “fetén”, contestando espartanamente a los que, al llegar a Sevilla, la víspera, le noticiaron que la aceituna del marqués de Viana había volado con otro comprador más activo?

—¿Y qué? ¡Buen provecho! Para, para. Me he quedao sin asituna; pero he visto torear ar susun cuerda er día de su artemativa. No me cambio yo ahora por todos los marqueses dueños de todos los olivares de Andalusía. ¡Cabayeros, qué toreraso!

¡“Cabayeros”, qué entusiasmo el de aquella gente a la llegada de Currito! ¡Qué pulmones!

No pudo tocar tierra. En la misma portezuela del vagón fue arrebatado por unos brazos vigorosos que le llevaron en volandas por entre aquel mar frenético. Un nuevo Colón que nos trajese otro mundo, un sabio que hubiera arrancado a las fecundas medite' ciones de su estudio el secreto de la felicidad y la fórmula de la inmortalidad, para repartirlos generosamente entre los hombros, no habrían tenido más estruendoso recibimiento. Llevado en hombros,

entre un griterío ininteligible, oscilando a merced de los empujones y tirones de los que pugnaban esforzadamente por acercársele y estrecharle la mano en un apretón brutal de locos; estando veinte veces a punto de rodar y ser pisoteado; rota Ja cazadora, perdido el sombrero, desaparecida la cartera, extraviado el reloj; sin que apenas pudieran defenderle de los asaltos de la multitud los esfuerzos, las razones y los puñetazos de los individuos de la cuadrilla formando el cuadro a su alrededor, salió el ChavaliUo de la estación, Dios supo cómo y por dónde, con violencia ca- tapúltica, estrépito de cristales que se rompen, puertas que estallan y vocerío ensordecedor, conducido por aquella muchedumbre sudorosa y medio asfixiada, que no se concebía de dónde sacaba fuerzas para aquellos atronadores y continuados vivas a Currito, a la Feria, a la Macarena, a la Giralda y a toda la topografía anatómica del Chavalillo.

Y así lo condujeron a su casa.

Lo único que contrariaba a los entusiastas chava- listas era que su plan de ajpoteosís no hubiera podido realizarse por completo, a causa de aquel “sombrón” de cura a quien fueron a pedir las andas que on Semana Santa conducen a la patrona de la parroquia.

—¿Para qué las queréis ustedes?—les preguntó el párroco asombrado de la irreverente petición.

—Pa pone en eyas ar Chavaliyo cuando yegue mañana.

—Para eso—respondió <d cura sin alterarse, compadeciendo en el fondo de su alma la inconsciente impiedad de aquellos exaltados—no puedo dejárselas a ustedes.—Y en seguida la finura del espíritu andaluz le sugirió el castigo de aquella impía audacia: un terrible latigazo en el amor propio de aficionados, más fuerte y doloroso que un anatema.

—Para el Chavalillo—les dijo con fina guasa—no puedo prestar a ustedes las andas. ¡Si fuera para llevar a

Romerita!…

¡Qué tío con más malaje! ¡Cura, home, cura!

El aire de la calle, lejos de templar los ánimos, caldeados en el ambiente dié horno del andén, los exaltó más con la comunicación del entusiasmo de los que fuera esperaban. Aplaudía y vitoreaba la gente en las calles del tránsito; saludaba con los pañuelos la que se apiñaba en los balcones…

En "calle Laurel” y “plasuda del Caño Quebrado” rebasó el entusiasmo los límites de la locura. Los balcones, adornados con pañuelos de Manila, colchas de cama, ricas y pobrés, o humilde percalina donde no podía ser más; las mujeres, piropeando al Chavalillo con alegría de madres o hermanas y orgullo de novias; murgas por todas partes toca que toca, y la muchedumbre increpando a la lejana e indiferente Gii'alda:

—¡Que repique la Girarán! ¡Que repique la Giraría, que entra en su casa er ChavaZiyo!

No hubo más nota discordante en este concierto que la de una mocita, desencantada al ver al héroe desgreñado, roto y molido llevado por los vaivenes de la multitud:

—i Osú, qué feo!

¡Ay! No fue ella sola. Otra boca, que era el anhelo de los sueños despierto de Currito, dijo lo mismo. ¡Lo había dicho tantas veces!…

—¡Es tan poquita casa, tan canijo!…

¡El, que llegaba con tanta impaciencia de verse ante ella, que hubiera querido volar desde la estación a casa de Carmona, que la turba le llevase en triunfo a la calle de Placentinos, para hacer a su dama caballeresca ofrenda de los laureles ganados pensando en ella!

—¡Por usté, mi reina!

¡La Feria!.^ ¿Qué le importaba a él la Feria? Sevilla no tenía más que una calle; menos aún: una casa. El mundo se

reducía a aquello. Allí hubiera querido él los vítores, las colgaduras, los aplausos, la locura…

El torero propone y sus admiradores disponen.

Hasta bien entrada la tarde, y escondiéndose, huyendo de la tiranía de la implacable admiración, como se escondía y huía de los civiles cuando merodeaba de capea en capea, no le fué posible a la pobre víctima de su popularidad ir adonde le llamaban sus ansias.

Nunca estuvo más locuaz, nunca puso tanto empeño en agradar y, queriendo ser gracioso, nunca dijo más tonterías. Parecía otro. Habló mucho; pero de aquello, nada. Cuantas veces tuvo la confesión en la boca otras tantas Enmudeció, acobardado ante la superioridad de esta mujer que a un tiempo le atraía y le imponía, haciéndole sentir más vivamente el agobio de su humildad.

-Cuando yo esté en lo arto, sí que me atreveré—se dijo, disculpando su cortedad y prometiéndose, como todos los tímidos, valor para luego.

Dejaría Rocío de ser mujer si no hubiera descubierto el amor que el inclusero manifestaba tan a las claras, si no advirtiese que todas las valentías en la plaza de aquel hombre, allí tan tímido, tan encogido, eran por ella…, y si, mujer al fin, al dejarse meoer por las ilusiones que alegran los sueños juveniles, su imaginación no pusiera por cima de todas las cualidades morales las prendas exteriores, suprema ratio del pajarito caprichoso que tienen las mujeres por corazón.

—Es muy bueno, un infeliz… ¡Pero tan soso, tan poquita cosa…, tan senificante!… E inclusero. ¡Pobre!

Y el infeliz, comprendiendo que le separaba de ella esta mancha, se jugaba la vida todas las tardes en la arena, venciendo esforzadamente su miedo, para enterrar aquél baldón bajo montañas de gloria, y subir por ellas a prosternarse ante el altar donde ponía a Rocío.

Y si hubiese más que un altar, allí la hubiera colocado, porque, más que amor, sentía por ella adoración, devoción religiosa. Nombrarla otra boca le parecía profanarla, y si alguna vez oyó aludir crudamente a sus encantos, los elogios del deseo le dolieron como a un hijo una ofensa al pudor de su madre. Ni aun viviendo en ese ambiente de sentimientos groseros que envuelve al torero, manchó su pasión un pensamiento sensual.

Si sor María del Amor Hermoso hubiera podido penetrar hasta el fondo en el alma del inclusero, encontraría mayores fundamentos a sus sospechas maternales, porque había en Currito una delicadeza, una nobleza de sentimientos, un aristocratisn.o espiritual reñidos con la humildad de su cuna.

Hasta lo denotaba en la plaza. No se parecía a ningún torero actual ni pretérito. Tenía un modo singular, suyo, sin abolengo, como él. Y, sobre la gracia y elegancia de su estilo, un señorío natural, que ganaba todas las voluntades. Aquella figurilla desmadejada, “senificante”, en la calle, con sus bracitos cortos, sus movimientos descuidados y su laxitud, se transfiguraba en la arena y adquiría una plasticidad estatuaria. Además era un revolucionario que se reía de las reglas, persiguiendo instintivamente la belleza.

—Inventa delante del toro—decían orgullosamen- te sus partidarios.

Bien supo Carmona lo que se hacía al buscarse este auxiliar, porque ¡cuidado si tiraban a dar sus enemigos!

Como torero no valía gran cosa su rival. Carmona lo había definido acertadamente:

—Un boi'racho que s’ha tirao de una talanquera der só a jasé er pelele.

Pero el “borracho” tapaba sus muchos defectos con una Valentía tan apuesta, que se llevaba consigo la admiración y d entusiasmo de los partidarios de la tragedia, acaso más lógicos y en la realidad que los otros aficionados, al buscar

la suprema emoción de la corrida en la bárbara esencia del sangriento espectáculo.

Además, Romerita tenía en su favor su tipo varonil y gallardo, su fuerte belleza de hombre. Y no hay que olvidar que la multitud es hembra.

Era un majo, un verdadero majo. De buena estatura, bien plantado, proporcionado, pelo rizoso, la color morena, los ojos negros, labios sensuales, andar gitano. En la plaza dominaba a los hombres, y hacía detenerse en la calle a las mujeres para contemplarle.

Hijo del famoso y presumido “cantaor” Teodoro Romera, que sé hacía anunciar en los carteles “Don" Teodoro, fué desde niño empujado al camino de la tauromaquia, criado para torero, y reunió en sí todas las cualidades, por fortuna cada vez más borrosas, de ese mundo plebeyo y grosero, también por suerte cada vez más reducido, que se agita entre el toreo, el cante, la juerga y la guapeza. Angel Romera nació “flamenco” a la hora en que hasta de los toros desaparece el flamenquismo, aunque, por una de esas paradojas tan frecuentes en el toreo, ponía todo su empeño en parecer un señorito, procurando imitar los modelos más elegantes o que a él se lo parecían, y vistiendo siempre a la última moda de París y de London.

—Como si er señorío estuviese en la ropa—apuntaba el buen sentido de Carmona—. Que va que dan ganas de preguntarle si están en casa los señores.

Criado en el culto de su persona y en la adulación idolátrica de los que desde muy joven se le rendían, adivinando en él una futura gloria del toreo, Angel Romera tenía la voluntad virgen y ocupado el corazón por entero con la devoción de sí mismo. El mundo empezaba en él y en él concluía. De ternuras y delicadezas sentimentales no tenía noticias. Su corte de admiradores adulones le envolvía continuamente en nubes del incienso venenoso, a través de las cuales veía la Humanidad. Atento egoístamente a la

conveniencia de sumar partidarios, ponía sin trabajo buena cara a la gente y sé divertía con sus amigos; pero sin sentir por ninguno la inclinación afectuosa que forma las amistades nacidas del corazón. Les permitía que le acompañasen, que le entretuvieran, que le celebrasen dichos y acciones. Bastante hacía.

Tampoco ellos merecían más, porque si se acercaban a él era para recibir el reflejo de su brillo; por aparecer, gracias a esta amistad, en un plano visible, en el que por sí mismos no podían colocarse; por la vanidad de ser vistos y mirados a par del ídolo; por parecer una partícula suya. En suma: no por cordiales, sino por vanidosos. Para Romérita todos eran iguales, y si establecía alguna preferencia era en favor de los que tenían idéntica plebeyez de gustos y de sentimientos. El día que Romérita se cortase la coleta, le volverían la espalda y se dispersarían para volar en busca de otro sol iluminador, ni más ni menos que habían hecho, hacen y harán todos los amigos “íntimos” de todos los toreros. Bien pagados estaban mutuamente.'

Su labia fácil y cierto desparpajo cínico habían, dado a Romerita fama de gracioso; pero sus gracias, palabra u obra, siempre hacían daño. No concebía diversión sino a costa de alguien. En los tentaderos él era quien metía el becerro en el dormitorio de la persona de más edad y menas vigor. Mujer que iba con él y sus amigos de jira al campo podía estar segura de recibir un baño en estanque, río o pozo, o de quedarse abandonada en mitad de una carretera lejos de poblado, mientras el automóvil, de que la hicieron apearse para reparar una avería imaginaria, desaparecía raudo, envuelto en nubes de polvo y carcajadas. Traicionaba a los amigos; maltrataba a las mujeres. Y las mujeres y los hombres le perseguían, le asediaban con el empeñado ofrecimiento de su deseo y su amistad.

Todo contribuía a popularizarle. La letra y la música. El “cante” estaba lleno de coplas y estilos de Romerita: había "seguirillas” de Romerita, malagueñas de Romerita, y una infinidad de pasodobles “toreros” de Romerita.

Hay que decir que el hombre hacía en la plaza honor a su popularidad, sin que le encogiesen el corazón el poder y él tipo de los toros y la fortaleza de sus rivales.

Altivo con los hombres, mimosa y suplicante con las hembras hermosas, y del toro delante despreciado!· sereno —como un Cíd—de la vida.»

A no cegar a Carmona la soberbia, hubiera podido plagiar la famosa frase de Lagartijo, cuando le pidieron su opinión sobre Frascuelo:

—Mira tú si será bueno, cuando lo acomparan conmigo.

No podía Romérita compararse ni de muy lejos con Manuel; pero algo y aun algos tendría para sostenerse frente al coloso. Mas Carmena, herido en su orgullo, injuriado en su historia y coloso de su prestigio, no perdonaba la irreverencia a su persona; y dolido, rabioso por la injusticia de que le pusieran enfrente, disputándole él cetro, un torero tan inferior a él como “el niño de don Teodoro", devolvía a su rival en desprecio, motes, agudezas h inertes —“puñaladas”—y juicios mortificantes toda la bilis que le hacían tragar los implacables partidarios del otro. No hay odio más rencoroso, más sañudo que el de la rivalidad.

El “niño del cantaor” sabía todo esto — ¡buenos eran sus amigos para no irle con el chisme, más de prisa cuanto más mortificante!—; y pagaba a Manuel en la misma moneda de odio y mal hablar. Pero bien le vengaban en la plaza y en todas partes sus alborotadores partidarios, más que amigos suyos, enemigos a muerte de Cannona. Enemigos taurinos, que es peor.

Ya podía Manuel volar cuan alto quisiera, que allí estaban los romeristas para negarle absoluta y rotundamente él momento actual y toda su historia, con ese

exclusivismo peculiar de la afición. ¿Qué valía ni qué representaba el pretendido arte de aquel bailarín, siempre a seguro de las cornadas?

—¡Eso no es un torero, es la Pinchiara!—le gritaban, desvirtuando el mérito de su trabajo con la evocación de la famosa bailarina, ya sólo recordada en los toros, e insultándole con la negación de su valentía.

—¡Hay que exponer-, ventajista!—le chillaban, sedientos de su sangre, oponiéndose a aquella seguridad del torero que, por un espejismo de su dominio, alejaba la idea del peligro—. ¡Esta es la fiesta del valor! ¡Usted es un torero pa las madamas! ¡Y nosotros somos aficionaos machos!

Y Carmona venga apretar y apretarse con los toros, y el odio del partidismo venga desatarse contra él. Nunca más volvió a gozar el soberano placer de la admiración unánime. “¡Embustero! ¡Embustero!” Los revisteros tenían que escribir al final de todas sus faenas: “Palmas y pitos.”

¡Ah, cómo le odiaba, cómo le odiaba! Y con él a aquel público tornadizo, irreverente e ingrato, que así olvidaba toda una vida triunfal. ¡Si él pudiera reducirlos a un solo cuerpo, para agarrarlo por el pescuezo y apretar, apretar!…

Pero ¿quién le mandaba a él, con sus millones, la alegría de su casa y su historia, continuar allí, a merced de aquellos sinvergonzones, que de pronto habían olvidado lo que sabían de toros?

¿Quién le mandaba?… ¡Ah, si fuera tan fácil irse del espejuelo del aplauso, si pudiese sin dolor sumirse en la obscuridad el que es centro de todas las miradas y motivo de todas las conversaciones!…

Y el pelele aquel, el borracho de la talanquera de sol, fomentando la enemiga y sosteniendo la lucha con sus desplantes de loco, sin arte, con más ganas, que de oir la música grata sobre todas, de proporcionar ocasiones a los suyos para denostar a Manuel. Porque a tales extremos

llegaba el encono de la pelea, que, antes que a aplaudir a su ídolo, atendían los romeristas en la hora triunfal a abofetear al oti'o.

—¡Aprende, Carmonilla!

Y a Carmona se le llevaban los diablos viendo cómo le ponían por ejemplo aquellas disparatadas negaciones del arte de torear, y muchas veces, sin ser dueño de sí, levantaba la cara hacia el tendido insultador, enseñando los dientes apretados y los ojos llameantes de ira.

—¡Tila! ¡Tila!—le contestaban, gozosos de verle sufrir.

Así tenía Romeríta el cuerpo de varetazos, palos, revolcones, heridas y cuentas de Retana, cuyo taller no descansaba cosiendo “cornás” en la ropa de Angel y haciéndole vestidos nuevos.

La aparición de Currito enconó aún más los ánimos. La sutil intuición de los aficionados adivinó la jugada y protestó airadamente contra la “incorrección” de los camionistas. ¿Dónde y cuándo se había visto que un partido pelease con dos toreros? ¡Bueno iba a ponerse el toreo de consentirse tal horror! Las reglas eran las reglas y había que respetarlas, aunque no estuvieran escritas. ¡Pues hombre!

Lo malo era que Currito no hacía caso de nada que no fuese torear a su gusto y para su gusto, levantando los colores de una bandera nueva, que impediría a Rom evita ocupar solo el trono de la tauromaquia el día que se retirase Carmona… si los toros dejaban llegar hasta allí al que un inconsciente, malsano deseo llamaba ”el torero de la tragedia”.

Para combatir a Currito, los romeristas adoptaron la táctica del desdén. Así no distraían fuerzas.

—¿El Chavalillo dice usté? ¿Uno que anda todavía en palotes? ¡Déjele usted llegar al Instituto, si llega, y entonces hablaremos! Aquí sólo nos ocupamos de los toreros; los párvulos son cosa de sus mamás.

Pero Currito volaba, y volaba cada vez más alto, imponiendo el interés de su nombre a todos los desdenes. Era una figura nueva, que se presentaba vigorosa, comenzando a volver loca a la Afición, que necesita bien poco para perder la chaveta.

Comenzó a tener partido. Le llovían las contratas, a lo que ayudaba Carmona poderosamente. Aumentaba de día en día el número de sus amigos y de los voluntarios de su escolta. El aceitunero tenía abandonados por completo sus negocios, ocupado por la tutela del “niño”, siempre de cerrado en cerrado viendo los toros que le encargaba Copita, o de feria en feria jaleando al Chavalillo, exhibiendo su amistad con él y vigilando que nadie atentase contra sus facultades. "A las doce, a la cama.” Nada de amistades femeninas. Nada de juergas. ¡Lagarto! ¡Lagarto!

Y Currito gozaba el placer inefable de la gloria, siempre con el pensamiento puesto en la que era norte de su vida, ansioso de que el fragor de los aplausos que le acompañaba en todas partes llegase hasta calle Placentines. Y al modo del personaje rchegarayesco, se decía a cada lance triunfal, en la seguridad de conquistarla con su arte:

—¡Si ella me viera!… jSi yo torease delante suyo!.,.

Capítulo IV

LAS ALAS ROTAS 193

TOREÓ “delante suyo”.

¿No habéis observado la poderosa fuerza de los deseos enérgicos tenazmente sentidos?

Fué en un tentadero de Zahira. Mas, aun sin ej colorido y el marco realzador de la plaza, el acompañamiento de admiradores y el coro de alabanzas debieron decir a Rocío hasta qué alturas había subido aquel pajarillo metamorfoseado en águila por el amor.

Uno de esos decretos arcanos que disponen la marcha de las cosas llevó a la niña de Carmona al tentadero del marqués de Zahira. en el cortijo de Torrebella. Cierta alcurniada dama, llegada por aquel entonces a Sevilla, que, tras largos años de nostálgica residencia en el extranjero, volvía a la patria anhelante de todo lo español, y mucho más de lo español pintoresco, quiso asistir al tentadero. Eí marqués invitó a la fiesta a la flor y nata de la torería, a los caballistas más diestros en el acoso y derribo de reses, y a otros amigos entre los más entendidos aficionados a estas faenas de campo. Llevó también a su mujer y a su hija, y éstas convidaron a otras damas y damitas, entre las cuales

se encontraba Rocío Carmona, a quien los marqueses hacían objeto de cariñosas atenciones, adorando por la peana el santo dé la buena venta de sus toros, y los dineros de papá, rondados para salir de un considerable apuro.

Con su airosa torrecilla en un ángulo, atalaya moruna desde donde se alarmaba a Sevilla cuando el cristiano aparecía por la lejana sierra, el cortijo de Torrebella, blanco, de tan insultante blancura que di- jérase charolado por los puños de un titán, alzábase en medio de una vasta y verde llanura, cuyo límite remoto parecía ser el cielo.

Era una de aquellas mañanas primaverales de Sevilla, en que todo es luz y alegría. Delante del cortijo, sentados en los poyos de ladrillo, o de pie en inconstantes grupos, continuamente deshechos para volverse a rehacer en seguida, los convidados del marqués lo llenaban todo de risas y donaires. De grupo en grupo iban los criados con grandes bandejas, ofreciendo bollos de aceite, polvorones, pestiños de Santa Victoria y copitas de incendiario Cazalla, o de Jerez, menos levantisco, o café, para las damas. Algunos invitados se metían en casa del aperador solicitando un trozo de pan, que, luego de rociado campesinamente con aceite, se comían oon golosina.

Imprescindible en estas fiestas, echando flores con chispeante y graciosa galantería andaluza* iba de corrillo en corrillo de muchachas, con su típico traje corto, que siempre vestía, rindiendo fervoroso culto al clasicismo de la tierra, el popular Juan Antonio Jacobo, “el último sevillano", como solía llamarse él, desmintiendo con su optimismo y su alegría la blancura de su pelo, y desesperando, con sus oportunas ocurrencias y el acogimiento amable que le hacían las muchachas, a Pepito Moratilla, un niño más empalagoso que una confitería, recién llegado de Madrid con su papá, el señor gobernador civil de la provincia, y también vestido de corto, tan pretenciosa *eomo desgarbadamente, dándoselas de todo sin ser “na" de “na”.

Allí estaban también “los tres estuches del toreo”, como los llamaban los revisteros, con desesperación de Carmona por verse metido en el saco de la igualdad con aquellos mequetrefes, majamente vestidos con lujoso traje de campo, a la andaluza; las airosas chaquetillas con coderas de terciopelo y cabetes de oro; ostentosas botonaduras de brillantes y turquesas en las bordadas pecheras; rica faja o ceñidor d.e seda de colorines; calzona, con botones áureos en las aberturas de los remates; labrados zahones de Coria; botos de cuero claro; resonantes espuelas vaqueras; blanco sombrero cordobés, y marséllés al hombro, aunque la templanza de la mañana rechazaba el abrigo. Cada uno rodeado de su grupo de admiradores. Currito, modesto, callado, metido en sí; Romerita, dicharachero y fachendoso; Carmona, hablando gravemente con los aristócratas y ricachones del valor de las tierras, del alza del ganado, de los contratos de arrendamiento y de la pavorosa cuestión social, que asomaba su asustante cara en el campo.

Continuamente llegaban automóviles con invitadas, muchos de ellos vestidos de igual modo y con igual lujo que los toreros. Algunos se habían hecho preceder por sus jacas, con las típicas sillas vaqueras de altos borrenes, magníficos ejemplares de Pablo Romero, Miura, Guerrero, Domecq y Aponte. La hija del marqués, la dama reina de la fiesta y una delicada señorita francesa que la acompañaba y tenía para todas las novedades que de continuo allí descubrían sus ojos una exclamación de asombro y gozo —"¡Ah! ¡Oh! ¡Tres joli!"—, vestían también gentilmente a la andaluza: cordobés sujeto por el barboquejo que les besaba dichoso la barbilla, cerquita de la boca; salerosa chaquetilla sevillana de terciopelo carmesí o azul turquí, camisa torera muy encañonada, pañoleta del color de la faja, y amazona airosamente recogida, pennitiendo ver los labrados botines jerezanos. La blonda francesita se tocaba graciosamente con un picaresco sombrero calañés.

¡Oh! ¡Tres jolie!

Distante un tiro de fusil del cortijo, no lejos de la vía férrea, alzábase la placita de la tienta, un enorme corral dividido en dos por los chiqueros, sobre los cuales se tendía una azoteílla con barandal de hierro, que servía de palco a los invitados.

Del cortijo a la plaza había una animada romería de jinetee y de coches de campo que iban y venían, conduciendo invitados, al trote largo de sus magníticos y cascabeleros tiros. Las tapias de aquélla aparecían coronadas de aficionadillos que todo lo miraban, comentaban y reían descaradamente, futuros Carmenas, Romeritas y Chavalillos, que los trenes, al pasar por allí cerca la noche anterior y aquella mañana, vomitaron inagotables, sin que nadie descubriese el matute, hasta que valerosamente, sin importarles la velocidad, saltaban a tierra y, luego de permanecer un rato aplastados contra el suelo hasta persuadirse de que no les venía daño del convoy en marcha, se levantaban, desceñían el capotillo que a manera de faja llevaban liado a la cintura; daban un burlón recorte al tren que se alejaba, y corrían hacia la placita, más que como alma que lleva el diablo, como aficionado que huye de los civiles.

Al galope de su jaca alazana, con la garrocha cruzada en la silla bajo el cuerpo, llegó al cortijo el mayoral y, parando en seco y descubriéndose respetuosamente ante el marqués de Zahira, esperó sus órdenes.

—Cuando vusensia mande, señó marque.

—¿Vamos, doña Luz?—dijo el de Zahira, pidiendo, galante, venia a la dama.

Montaron todos alegremente a caballo y, escoltando a doña Luz, a la damita francesa y a la hija del marqués, marcharon por la vasta llanura hacia el lugar donde las becerras que habían de tentarse se hallaban pastando, “arropadas” por los cabestros que hacían sonar

gravemente las zumbas colgantes de los collarones de lujo marcados con el hierro de!a ganadería bajo una corona de marqués. Entre las dos damitas, el de Zaliira y d conocedor iba gozosa doña Luz, llevando bizarramente al hombro la garrocha de derribar.

Llenaba los pulmones, los ojos y el alma el penetrante olor y la alegre vista del campo intensamente verde, esmaltado por millones de gayas florecidas en toda la dilatada llanura, que ensombrecían a lo lejos las manchas obscuras de los olivos y los naranjales, acusando fuertemente la blancura impoluta de los pueblos y caseríos —la clásica bandada de palomas— diseminados por la llanada interminable.

El sol de Andalucía lo bañaba todo de luz, templanza y optimismo.

Desde la azoteílla de la placlita sreguían los demás invitados, con ojos complacidos, la marcha de la pintoresca cabalgata. Ajeno a las bellezas de la mañana y de la fiesta, abajo, en la plaza, el tentador, un piquero de última fila, pero muy ducho y conveniente por eu flojedad de brazo en estas operaciones, concluía de asegurai’se los “hierros”, que llevaba al descubierto eii la pierna derecha, para impedir el daño de los cuernos, y miraba disgustado al cuai*tago que había de utilizar. En el amplio corral del otro lado los criados abrían de par en par las puertas fronteras, por las que había de entrar el encierro y salir rápidamente los guías, se cercioraban del funcionamiento de ios grandes picaportes y amarraban a ellos las cuerdas con que, tirando desde arriba, habían de cerrarse prestamente los pesados portones.

La cabalgata hizo alto a prudente distancia, cuando llegó al lugar donde estaban las reses, a un kilómetro largo de la placita, custodiadas de trecho en trecho por los vaqueros, que recortaban sus airosas siluetas ecuestres en el azul sin mancha de la lejanía. Destacóse el conocedor, caracolearon

sus caballos los vaqueros y comenzó a moverse el ganado. Los ladinos cabestros, apenas sin necesidad de voces ordenadoras, fueron rodeando y agrupando a las becerras, y cuando las tuvieron juntas las arroparon entre ellos, y, a una voz del mayoral, guiados por éste, protegido por los inteligentes cabestros de estribo—uno a cada lado del caballo—y como encunado en el "guión" o "trailla", partieron todos al trote. Doña Luz y el marqués precedían al encierro, algo delante del conocedor. Detrás de las reses iban los garrochis- tas y vaqueros, adelantado uno de éstos a cada lado del grupo comupetil—"Tú, Sagañota, has paré ahí"—, animando con sus gritos al ganado para que siguiera al cabestraje, primero sin prisa, y luego, dando un giro rápido, a un galope, más vivo al entrar en la mangada o vallado, hecho con troncos de árboles, que encaminaba el encierro al corral. Invitados y aficionadillos, enardecidos por la belleza del espectáculo, mezclaban sus voces a los gritos de los que hostigaban a las becerras para que no retrocediesen.

—¡Jop! ¡Hira! I Toro! ¡Hira! ¡Jop! ¡Jop!

Envuelto en nubes de polvo que doraba el sol, y aumentando el galope, a compás de los guías, entró el tropel en la mangada, apretándose en aquella estrechez. Las zumbas del cabestraje trocaron su gravedad bucólica en el agitado estrépito de los encierros. Agacháronse al ver éste cerca los mozos que en lo alto de las tapias tenían las cuerdas de los portones, prontos a tirar de ellas, y una gran confusión de polvo, cencerros y voces irrumpió en el corral.

—¡Sierra!—gritó una imperiosa voz así que las reses estuvieron dentro.

Y un brusco y retumbante portazo obedeció como un eco, dejando fuera a los garrochistas, mientras que los caballos de doña Luz, del marqués y del conocedor, arrancando chispas de las piedras, cruzaron veloces el corral en un último galope, con el que sacaron una pequeña

y bien medida ventaja al tropel comupetil y pudieron salir por la otra puerta, prestamente cerrada tras ellos—¡Sierra!—. Detenidas por el inesperado obstáculo, las reses se amontonaron ante la puerta, saltando las unas sobre las otras en el ímpetu de la contenida galopada, y se ensancharon luego como el agua ante un dique. Los vaqueros, que apeándose ágiles de los caballos se metieron tras el ganado en el corral, guareciéndose en los burladeros, sosegaban a las reses con voces, a las que se unía el aquietador sonido de los cencerros cabestróles.

—¡Hiraa, Jimenita, hiraá! ¡Hiraa! ¡Hiraa, Gorriona! ¡Bueno! ¡Bueno! ¡Hiraa!

Sudorosos y cubiertos de polvo, los garrochistas se reunieron en la azoteílla con los demás invitados, elogiando todos con entusiasmo la belleza de la pintoresca operación.

—¡Oh! ¡Tres joli! ¡Charmant! ¡Charmant!—gritaba la francesita.

—¡Si vu chanelase de esto, madame!…—le decía gozoso Carmona, dejándola boquiabierta.—Y luego a los demás:—Señores, que había que jasé aquí una plasa mu grande, pa que los afisionaos presumios, que no con os en de los toros más que lo que ven con papeleta, se enteraran de las cosas bonitas que tiene er toreo.

En tanto, y mientras que los traidores cabestros, engañando a las becerras, las enchiqueraban, el marqués, con su cuaderno de apuntaciones en la mano, metióse en un burladero de la plaza, acompañado por el mayoral, también armado de papelotes. Acomodáronse en los otros burladeros los toreros que habían de ayudar a la faena y los aficionados más ardientes, que no se conforman si no están muy cerca; gentes con mucha sangre torera y poca decisión, que se imaginaban estar allí cara a cara con el toro. Montó trabajosamente a caballo el tentador, ayudado por dos vaqueros, y, requiriendo la puya, se colocó en su puesto, casi enfrente y un poco a la izquierda del chiquero.

Sentáronse los de la azotea; rebulleron los aficionadlos de la tapia, anhelantes de torear; demandó el marqués silencio —“Vamos a ver si estamos todos muy calladitos”—y dieron suelta a la primera becerra.

Salían todas deslumbradas por la luz, tras el encierro en la obscuridad del chiquero, extrañadas de verse solas en aquel lugar desconocido. De pronto surgía de un burladero un hombre que llamaba su atención flameando un capote y en seguida se acogía al refugio, antes de que se arrancasen, obedeciendo la orden del marqués:

—¡Poco, poco! ¡Bueno! ¡Vete ya, que no vea a nadie!

Entonces la becerra descubría al tentador quieto y desafiante, y se encampanaba.

—¡Ya lo vió, ya lo vió!—exclamaban los espectadores con gozosa e impaciente curiosidad.

La becerra acometía al jinete y, afianzada sobre las débiles patas muy abiertas, pugnaba por derribar aquella mole que detenía su empuje pinchándola en el morrillo y apretando con aquel palo largo. Había becerras de tan brava sangre que se arrancaban codiciosas al tentador cuantas veces las desafiaba, sin rendirse al enemigo. Para probar, cuando ya habían recibido muchos puyazos, hasta dónde llegaba su bravura, el marqués mandaba usar con ellas el cuento de la garrocha, y cuando al fin las franqueaban la puerta de salida al campo, saltaban a él, todavía desafiantes, buscando guerra, hasta quet la apacibilidad del lugar y la vista de sus compañeras que por allí pastaban al amparo de los cabestros las sosegaba.

En la azoteílla y las tapias sonaban aplausos y voces felicitadoras, que el ganadero y el conocedor recibían orgullosos.

—Hay mucha sangre en esta casta, señó marqué— decía el mayoral a su amo—. Van a salí toros de esta Jimenita como pa que arresusite Joselito a torearlos.

—Superior es—replicaba contento el de Zahira, llenando ambos de palos, cruces y garabatos sus cuadernos.

En cambio, sobre otras becerras vertía el ganadero una sentencia infamante:

—Cortarla el rabo.

Carne mansa para el matadero, de la cual apoderábanse los vaqueros, sujetando a la becerra por cuernos y rabo, al modo de los pegadores portugueses, hasta derribarla en tierra y proceder a la infamante operación.

Luego permitía el marqués torearla a algunos de los “convidados” de la tapia, que alborotaban en demanda de esta fortuna, estirando hacia el ganadero un brazo, a cuyo término había una mano pedigüeña muy tiesa.

—¡A mí, señó marqué, a mí!

Y se consideraban felices cuando obtenían el anhelado permiso y se dejaban caer resbalando por la tapia a dar unos cuantos capotazos o pases de muleta.

—Vamo a ver, Tortillo—decía a uno el marqués—, j lósete ahí!

Y como no se luciese, y aunque se luciera, ya se podía preparar a oir los pitos y las chuflas de los suyos, molestos por su buena fortuna.

Los toreros también toreaban a casi todas las becerras, después de tentadas, animadas por la voz del marqués, quien no se cuidaba de ocultar sus preferencias.

—jA ver, Currito, que está muy buena!

Y, como en la plaza, se entablaban animadas competencias- para ganarse el aplauso y la admiración del concurso. Los que tenían inventiva—Carmona y Currito—ensayaban allí lances nuevos con que luego habían de dar mayores motivos de asombro a “los públicos”.

La operación duró casi todo el día, sin más descanso que el de la comida, ofrecida allí mismo, en la azotea, campesinamente, sin lujos de mesa ni refinamientos de comodidad, sirviendo las grandes rebanadas de las

sabrosas teleras de' plato para los grandes trozos de tortilla, las enormes chuletas empanadas, el jamón serrano, el pescado frito y el pollo, acompañado todo ello de aceitunas gordales y rodajas de embutido—comida ligerita—, y de un vinillo de Sanlú- car que no parecía sino que el sol, presidente de la fiesta, se metía con él dentro del cuerpo.

Y de postre, queso de Castilla y deliciosas naranjas de la tierra. Y de salsa, que daba a todo gratísima sazón, chistes, bromas, risas y algazara.

Las damas, coloraditas y alegres con lo poco que habían bebido, rehuían las copas de Manzanilla o Jerez que se obstinaban en ofrecerles los caballeros, y escondían la cara risueña tras el abanico o se hacían aire con brío, alborotando los ricitos de las frentes.

—¡Mirusté que tiene suerte su abanico!—les decía un galán.

—Pues a mí er abanico no es ér que me da envidia—contestaba Juan Antonio Jacobo.

—¿Entonses qué?—preguntaba la damita.

—Er aire que mueve. ¡Vaya viaje de recreo que hase er grandísimo ladrón!

Mademoiselle, deslumbrada por la fiesta, el sitio, el sol… y la manzanilla, lanzó al aire su sombrero calañés.

—¡Olle la Andalusie! ¡Le voilá! ¡Olle!—gritaba puesta en jarras.

Del lado de los “aficionaíllos” no era menor el bullicio y la alegría.

A la sombra de la tapia devoraban con los criados del cortijo la clásica y sabrosa caldereta, formando grupitos alrededor de cada cazuela, en los que .el que no .andaba listo perdía tajada y cuchara. Más brillantes'que si fueran de charol nuevecito quedaban dos calderos a fuerza de rebañones. Antes se cansaba el aperador, regente de aquel cotarro, de servirles una y otra vez que ellos de

reengancharse para todas las repeticiones a que hubiera lugar.

—Cabayeros—les decía el aperador, asombrado, pese a la costumbre, del apetito insaciable de aquella gente—, que seis ustedes capases de comerse de una jartá too er pan de Arcala y cr pueblo con arcarás y too.

—¡Vaya caldereta que se podía jasé con too eso! Danos usté más, que tienusté unas conversasioncs que aseleran la digestión y abren otra ves er apetito.

Al reanudar la faena fué imposible mantener el silencio que pedía el marqués. Frecuentemente llamaban la atención de las becerras, distrayéndolas, armoniosas risas femeninas.

—¡Niñas—gritaba el marqués desde su burladero—, que les voy a soltar a ustedes un toro en la asoteílla!

No hay que decir que Currito fué el héroe de la función taurina. Ganoso de hacerse notar y aplaudir, él llevó el peso de la faena y toreó de capa y muleta a casi todas las becerras, sacando a relucir el fondo de su grande y bien provisto baúl. No se cansaba de torear. Parecía imposible tanta resistencia en cuerpo de tan pocas chichas. Es mucha tau- maturgia la del querer.

Carmona apenas si se dignó dar de tarde en tarde unos lances, como catedrático que no quiere achicar a sus discípulos, interviniendo sólo en los casos difíciles, para enseñar. El toreo de emoción del niño del cantaor no era para estos juegos académicos; los otros toreros, un tanto cohibidos por la poca atención que les concedían, apenas eran notados y los arrollaba el saber, la fantasía y la gracia del Chavalillo, más despiertos que nunca. Y siendo suyo el campo, ¿hay que decir cómo lo aprovechó, sabiendo que ella estaba allí y'que él toreaba sólo para ella? La concurrencia no se cansaba de jalearle. El público femenino era el más entusiasmado. El calañés de la francesita rodó

qué sé yo cuántas veces a sus pies. ¡Estaba Carrito más orgulloso!…

—¡Qué bien torea ese hombre!—le dijo a Rocío la amiguita que estaba a su lado, dejándose llevar del entusiasmo general.

—¡Pobre! Si no fuese tan feo, tan senificante…—contestó la hija de Carmona.

—Mujer, no es tanto. Poquilla cosa sí es. Pero delante el toro se pone bonito—replicó la otra

—Qué exagerada eres.

—¡Cómo! Yo creí… Pues por Sevilla se dise que te ha pedido la conversasión y que tú se la das.

—¡Quita, mujer! ¡Un inclusero!…—contestó Rocío tocada de orgullo y crueldad—. Hasme un poquito más de favor. ¡Menudo dijusto si te oye mi papá!

—A mí—saltó otra muchacha—no me gustan los toreros para novios; pero si tuviese que elegir uno elegiría a Romerita. ¡Ese sí que es guapo y gra- sioso!

—¿Verdá que sí?—asintió Rocío, volviéndose con presteza a su amiga.

Fué en este momento, mientras Currito, metido en el toreo, atendía embebido a una doctoral lección de Carmona, seguida también con absorto interés por la concurrencia, cuando Romerita, que andaba mariposeando entre las muchachas, como quien nada tenía que aprender abajo, se acercó a la hija de su enemigo y, poniendo la mano en una silla desocupada junto a la de ella, preguntó gachonamente a la niña, descubriéndose con la mayor cortesía:

—¿Da lisensia su neá majestá pa que se yeve esta siya un pobre que no tiene aonde sentarse?

—¡Jesús, hijo!—respondió Rocío enrojeciendo—. Las sillas son para todos.

—Y diga usté…, mare, ¿sería mucho que er pobre pidiera permiso pa sentarse aquí mismo, a la vera suya?

—Aquí no están los asientos numeraos como en el teatro.

—Pues puede que no sepa usté qué localiá es ésta.

—No, señor.

—Er paraíso.

—Pues tenga usté cuidao no venga el angelito aquel con la espá de fuego y…

—Aquí no hay más espá que la mía, y esa lá pongo yo a los pies de usté pa que m’atraviese con eya si es su gusto.

—¡Qué horror! Yo ni pincho ni corto.

—Dise qué no con esos ojos, que debían meterlos presos pa que no hisieran más muertes.

—No sabía yo que tuviese usté vocasión de car- selero. ,

—De usté, sí.

—Perdone, por Dios, hérmamto.

—Antes hijo, ahora hermano; ya nos vamos asertando.

—¿Adonde?

—Ar sido.

—¿Otra ves? Por altura que no quede. Tampoco sabía yo que le tuviese usté tanta afisión a volar.

—Pues yo sí sé que es usté mu requetepresiosa y mu requotesalaísima.

—Pues requetemuchichísisimas grasias.

Y de aquí a reir y animarse más la conversación, y a bajar los dos la voz, y aproximarse las sillas, y a ponerse ella colmada, y a clavar en el torero aquellos ojazos negros, complacidos y escrutadores, y a ponerse seria repentinamente, y a bajar la vista, y luego a reir otra vez…, y el otro abajo venga torear y torear, feliz sintiéndose centro de todas las miradas y todas las palmas, atento sólo a esto, sin ver nada, porque, con femenino disimulo, Rocío mezclaba también sus aplausos a los de todos, y sin enterarse después, en los corrillos bromistas de las despedidas a los que se iban, ni durante la bulliciosa cena,'en el amplio > comedor que tenía cubiertas las

paredes de carteles de toros y cabezas de ejemplares famosos de la vacada, de la visible preocupación de la niña de

Carmona, que tan pronto reía largamente con las campanilleas de oro de su risa clara como se quedaba ensimismada, lejana de allí.

Después de la comida hubo, en obsequio de doña Luz y de los invitados que se quedaron para asistir al acoso de becerros al día siguiente, su ratito de fiesta flamenca. Criados y señoritos arrimaron diligentes la mesa a una pared; desaparecieron manteles y servicio y surgieron las bateas de cañas para la áurea manzanilla; rasguearon las guitarras de los mejores tocaores sevillanos; sonó la alegría de las palmas y de los palillos, y los jipíos del “cante jondo” se oyeron con igual respeto y recogimiento que si fuera la Novena sinfonía.

—¡Grasia!—jaleaban seriamente al hacer el can- taor la salida, como una contestación litúrgica en el coro, restableciéndose ipso facto religioso silencio hasta estallar en nuevos gritos de júbilo y aplauso a la terminación de la copla.

—¡Y ole! ¡Y ole!

—¡Vaya tela!

—¡Ahí los cantaorsitos con sentimiento!

—¡Tu cuerpo!

—¡Juyuyuy!

Y otras exclamaciones absurdas e incoherentes que el centaor recibía hierático y persuadido, y que llegaron al delirio cuando Romerita se dignó echar al aire las famosas "bulerías” de su señor papá.

—¡Tu vía!

—¡Tooooreeero!

Alguien descubrió a la reunión la habilidad de Rocío para el cante, y todos le pidieron que la luciese. La niña de Carmona se resistió ruborizada.

—Una saeta—propuso una de sus amiguitas—. Saetas es lo que mejor canta ésta. Como muy po- quititas en Sevilla—advirtió a doña Luz.

Rocío se excusó. No había allí ambiente para esa copla mística y popular, que pide la augusta solemnidad de la noche grande, templo con nave de estrellas, una imagen devota y la exaltación religiosa que produce el paso de las Cofradías.

—La saeta es sólo en Semana Santa—se disculpó Rocío.

—Pues jaga usté cuenta de que estamos toos en pasión por usté—la dijo atrevidamente Rom&rita, No sabemos, de tener el poder que quisieran las furiosas miradas de Manuel y Currito, cuál de las dos hubiera hecho polvo más fino al niño del cantaor.

Nadie lo notó, preso todo el mundo en la emoción de aquellas oraciones en copla, que se meten en el alma y suben hasta el cielo en alas de la fe sentimental que las canta, y que Rocío decía con dulce voz y expresión irresistible.

Las saetas de la niña de Carmona eran famosas en Sevilla. En la madrugada del Viernes Santo se llenaba de gente la calle de Placentines, para oir las que, en la oscuridad de su balcón florido, le cantaba Rocío al Señor del Gran Poder y a Nuestra Señora del Mayor Dolor y Traspaso, al cruzar por allí, cu el silencio y poesía de la noche redentora, entre su impresionante cortejo de fantasmas negros y mudos. Toda la rudeza y sequedad de Carmona deshacíanse entonces, bajo su antifaz de nazareno, en lágrimas silenciosas y agradecidas, al oir la voz de su “muñe- quilla” cantando, suspirando su amor y su dolor a Jesús escarnecido y a su Madre Dolorosa.

Aun sin la poesía, sin el misticismo del momento, impresionaba en esta ocasión el sentido canto de la niña del torero. Currito se escondió para no descubrir su emoción. Todos a porfía celebraron a Rocío. Doña Luz habló de

llevarla al Alcázar cuando fuesen los Reyes a Sevilla, para que la oyese la Reina, tan gustosa de todo lo andaluz. Rom evita tiró con desenfadado ademán su sombrero a ’ns pies de la niña —¡Viva la reina der cante!—gritó.

Lo cual provocó nuevas miradas fulminantes de Carmona, y una seca advertencia de éste en voz baja a Rocío, cuyo semblante alegre ensombreció de disgusto y contrariedad. A Currito se le subió el corazón a la garganta.

Mas cuando las guitarras rasguearon, irradiando alegría, “por sevillanas”, acompañadas del júbilo de los palillos y las palmas, y Romera anunció en voz alta que iba “a sacar a la mejor bailaora de siguiri- llas, pa que sé viese lo que era poñemera grasia”, e invitó, jaquetón, a Rocío —"¿Vamos, niña?”—, le contestó una negativa, devolviendo la vida al inclusero, que sufrió en aquellos segundos por toda una vida de celos y amor mal pagado.

El presumido mozo quedóse corrido; pero, atento al gesto, y haciéndose prontamente cargo, sonrióse y se conformó.

—Tiene usté rasón. La reina está mu arta en su trono pa un pobresito torero de na.

—Lo de reina — oyeran decir a Carmona los que estaban cerca de él—no es verdad—. Pero lo otro, sí.

E impaciente y a disgusto allí, anunció al concluir las sevillanas que se retiraba con sü hija a descansar. Al día siguiente había faena y, fiel a su costumbre, quería que le cogiera descansado para tener el brazo fuerte y ver si había guapo que quisiera vérselas con él. Y no cedió a ninguna súplica.

—¿Pero se va usté, sin oirme una copliya que le vi a echá a usté?—dijo a la niña, deséntendiéndose del furor paterno, Romerita, que tenía otra vez la guitarra en la mano, deseoso de hacerse admirar de Rocío y de molestar a Manoliyo.

—Sí, señó—le contestó éste agriamente—·;; se va sin oirle a usté. ¡Qué pena!

Y subió gruñendo las escaleras, camino de su habitación.

—¡Er gri'yo seboyero éste!—Y al entrar en el cuarto riñó ásperamente a la "Muñequilla”, que le siguió contrariada con el alma puesta en la copla que la fué acompañando.

Yo quería, yo quería
aqueya niña bonita
de la Cañaberería.

—¡'Ajolá y s’ajogara!—barbotó Carmona, arrojando violentamente la chaquetilla sobre la cama. Y otra vez riñó a su hija, que se dirigía a su alcoba—. Te he dicho ya que ni una roía palabra quiero que cambies con ese sinvergiiensa! ¡Pues home! ¡Estaría bonito!

—Pero, papá—se disculpó la niña en el umbral de su habitación—, ¿si me habló delante de gente, cómo quiere usté que no le contestase? Para que luego dijeran que no tengo educasión.

Mas el argumento, decisivo para Carmona en otras ocasiones, no tuvo eficacia en ésta.

—¡Puea ya le ha hablao usté pa los restos! ¿Te enteras? ¡Pa los restos!

Y aunque se quedó solo, al meterse en su cuarto Rocío disgustada, continuó vomitando injurias contra el rival odiado, cuya voz abaritonada y vibrante, que seguía llenando el cortijo de coplas, llevó a la alcoba de la niña una malagueña intencionada:

Arma tu gente una buya
pa que mi queré s’acabe…
No se saldrán con la suya.
¡Por la gloria de mi marel

—¡Ooo…le!

—¡Grasioso!

—¡Angelitosss ar sielo!

—¡Ajolá y s’ajogarais toos!—“jaleaba” Carmona, cambiando de postura con violentos saltos, a punto de hundir la cama—. ¡No había de ser yo toro un ratitol… ¡Hum!… Po aquí…—señalándose con dos dedos agresivos la yugular—. Se la iba a dá po aquí… Y tú, niña, es la última ves que vienes a una fiesta de estas. Las niñas en casita, a cosé con la mama. Tú eres de otra clase. ¡Pues, home, está buena mi niña con las proporsiones qué la salen! Un sinvergüensa y un cunero. ¿Pero quién se habéis figurao ustedes que es mi niña?—volvió a rezongar, dirigiéndose, como si pudiera oirle, a su hija, que encerrada en su alcoba, sin tener que disimular sus sentimientos, dejábase acariciar gozosa por el cante lejano, que ahora le brindaba las desgarradas false- tas de unas bulerías.

Tú me tienes que queré,
que entre tu cuerpo y er mió
nadie se puede meté.

—¡Juy!

—¡Torero!

Limosniibiya ar probe
dásela por Dió.
Que er probesibito viene mar jerío
der má dar amó.

En tanto, Currito, que, al retirarse Manuel Carmona y su hija, se había escurrido calladamente de la fiesta, jubiloso con él incidente de-1 baile, paseaba su contento por la vasta pradera bajo la solemne serenidad de la noche, colgando los alcázares de sus ensueños en los románticos rayos de la luna, arrullado por los mil ruidos silenciosos dél nocturno campestre, ,de vez en vez subrayados por la bucólica badajada de una zumba lejana.

El corazón se le salía del pecho, ansioso de comu- Inicar su alegría con la Naturaleza acogedora. ¡Qué feliz era! No cabía duda. Ella no estaba por el otro.

Aquello de aquella tarde, que aún le mordía en el corazón, fué un engaño suyo. Imaginaciones de los celos, que se complacen en torturar a los enamorados. ¡Flojo había sido el sofión cuando fué, tan fachendoso, el muy presumido, a sacarla a bailar! Se reía con un gusto al recordarlo…

—¡Señores, qué tortaso!—y se retorcía infantilmente de risa, palmeteándose los muslos—. Si le coge la cara se quea sin dientes.—Y turbó el silencio de la noche el detonar de una ruidosa carcajada— ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!…

Que él pillara una ocasión de hablarla…

Y "para cogerla", negóse al siguiente día a formar en las colleras de garrochistas, que montaron a caballo, para el acoso, bien entrada la mañana porque la juerga y las bromas de la noche anterior se habían prolongado casi hasta el día, a causa del trabajo que costó sacar de la casa la becerra que metieron en la alcoba de Juan Antonio Jacobo, y por lo que luego les entretuvo el susto de Pepito Moratilla, quien, oyendo sonar en la oscuridad de su cuarto un cencerro colgado debajo de su cama, se pasó la noche dando voces de miedo, sofocado por los colchones, entre los cuales se había guarecido, llamando en su auxilio a Carmona y a los demás toreros, pidiendo por Dios que se llevasen de allí aquellos toros, cuyo resuello sentía junto al lecho.

—No ensienda usté lus ni se mueva—le encomendaban desde fuera los bromistas—; que ahora vamos por los mansos.

Y, pasado un rato, un gran alboroto de cencerros, patadas y voces sonó a la puerta de Pepito, que al oirlo rezó el acto de contrición.

—¡Jop! ¡Toro! ¡Hira! ¡Toro! ¡Jop! ¡Jop!

El tropel ruidoso irrumpió con mayor estrépito en la habitación, a oscuras. Rodaron las sillas, la mesa de noche, el lavabo y, por fin, la cama, quedando Pepito debajo de ella

rezando desesperadamente x haciendo ofertas a todos los santos, sin atreverse a abandonar su refugio, encogido, éneo· gido, reduciendo hasta lo inverosímil su minúscula persona, que aun procuraba achicarse más cada vez que sentía cerca de sí el jadear violento de aquellas fieras, contando cierta la muerte por pateadura si libraba de las cornadas.

—iJop! ¡Toro! ¡Toro! ¡Jop!—seguían gritando los del pasillo.

Ni toro ni cabestros hacían caso. Tan a gusto se encontraban, que decidieron acostarse allí mismo, según hicieron constar los guasones, y poco a poco fué sosegándose el violento badajeo de los cencerros, hasta que cesó del todo. Pepito tomaba aire para respirar, cuando se lo cortaron las voces de los de fuera.

—¡Mardita sea! ¡Pues no sé han acostao con Pepito! ¡Pepito, ahora es la ocasión; dé usté un sarto, y véngase pa acá!

¡Un demonio, abandonaba Pepito su burladero!

—Apedrearlos pa que se levanten—propuso al> guien.

Y al punto cayó una lluvia de piedras en el cuarto de Pepito, y aun le dieron algunas a éste, sin que nadie se moviera allí dentro.

—Banderillas de fuego. Hay que ponerles banderillas de fuego—determinaron luego.

Y uno, dos, tres cohetes entraron en la habitación, voltejearon por allí y estallaron estruendosos, aumentando el ya enorme pánico de Pepito, que dio por seguro otro género de muerte más cálida, y cerró los ojos para no ver la guadaña y el asador que se esgrimían contra él. Y aunque sintió cómo huía por el pasillo el tropel cencerril, y todo vino al fin a quedar silencioso, obedeciendo a la voz del marqués que ordenaba acostarse a todo el mundo, Pepito no se atrevió a abandonar su refugio, hasta que la claridad del día le hirió en los ojos y vió la habitación libre de

visitantes y desordenada, cual si allí se hubiera reñido descomunal batalla.

Y aun fué lo peor que tuvo que asomarse al pasillo envuelto en las sábanas, para reclamar de los criados, a quienes los guasones impedían acudir al llamamiento, la ropa, que le había desaparecido.

—Se la habrá llevao enganchá argún toro, señorito, y sabe Dios onde estará.

Tuvo que ponerse serio el marqués, para que devolvieran al niño del señor gobernador su traje corto, que ostentaba varios cartdes cosidos en las diferentes prendas. “¡Huye, que te pilla un toro!”, decía el de la chaquetilla; “Pepito el valeroso”, el de los delanteros del chaleco, y “¡Pepito, báñate!”, el de la parte más ancha del entallado pantalón.

Cuando entró en el comedor, durante el desayuno, todas las muchachas acudieron a él muy compungidas.

—¡Pepito, qué susto anoche!…

—Pero ¿cómo tuvo usté valor?…

—Es usted muy valiente. ¡Aguantar allí con el toro a su lado tantísimas horas! ¡Aaay! Sólo de pensarlo me desmayo.

—Yo estuve resa que te resa para que tuviera usted una buena muerte.

—Pues yo pasé muy malísimo rato—terció Rocío—, porque oí dos o tres vese así como un alarido, como si le abrieran a usté en canal, y dije “¡Lo han matao!” Me puse nerviosísima. Mire usté, en la oscuridá de mi alcoba lo vi a usté por los aires h asiendo batimanes con los braso, como disiendo adiós. Vamos, que se despedía usté. Y dije pa mí; “Mira qué fino es Pepito.”

¡Su mare! La gracia que tenía aquella criatura… Como Currito pillara la ocasión y se atreviera…

Y por allí andaba aquella mañana, espiando el deseado momento, aunque sin acabar de atreverse, presa de la

timidez que se apoderaba de él en cuanto se veía cerca de ella.

—¿No vienes, Curro’—le invitó el marqués al montar a caballo.

—No, señó—le contestó el Chavalillo—'; yo me queo aquí, de público, pa aplaudiros o silbaros. ¡A ver qué haséis ustedes! Hoy me toca a mí.

Galoparon los jinetes, con doña Luz y la francesi- ta al frente, garrocha al hombro, hasta el lugar donde se encontraban los becerros; las otras damas hicieron palco de los altos coches y de los automóviles para ver en seguro la faena, en el mismo campo donde había de verificarse. El tentador se colocó no lejos de allí, apercibido a actuar cuando fuera preciso. Currito, los demás convidados que no tomaban parte en el acoso y los reporteros fotográficos, ineludibles también en estas fiestas, iban de uno en otro carruaje bromeando con las muchachas.

—Niñas—les decía Juan Antonio Jacobo, llegando a ellas con el jacarandoso contoneo de su juventud inacabable—: cuidaíto, que hay un toraco colorao muy malo, que como se escape y venga acá, ¡la catástrofe! Va a empesá a vorcá coches y vamos a tené er espertáculo.

—El espectáculo dé verle a usted perder los sapa- tos en la carrera, ¿verdá?—le contestó una damita burlona.

—¡Nooo! El espertáculo de verlas a ustedes ha- siendo de aviadoras. En seguidita me muevo yo de aquí, así me echen toa la ganaería. Tortícolis pa toa mi vía de tanto mirar a lo arto.

La cabalgata se había detenido allá lejos. Del grupo de jinetes se destacó la primera collera, formada por el dueño de la ganadería, a quien la costumbre otorga prelación en esta faena, y Manuel Carmona, que era tenido por el mejor garrochista de Sevilla. Los vaqueros apartaron hábilmente un becerro y lo echaron a la collera, que corrió tras él. Al sentir los jinetes cerca de sí, el animal salió disparado. Los

garrochistas lanzáronse en su persecución, garrocha en ristre, apoyado el cuento bajo el axila, y las chaquetillas ajustadas al cuerpo con un pañuelo de colorines anudado al pecho, para que el vuelo de aquéllas no estorbase el movimiento de los brazos. Era un galope desesperado, tan impetuoso que a veces parecía que los acosadores iban caídos, casi rozando el suelo con el hombro,

Hernmiioe de aquellos laceros que fueron centauros.

Un mal paso, un tropezón, y la “catástrofe”, que diría Juan Antonio Jacobo.

Los espectadores aplaudieron la belleza del lance y la arrogancia de los jinetes. Las muchachas eran las más interesadas en el juego.

—¡Corre!—gritaban a los jinetes, que no podían oirlas.

—¡Que se te va!

—¡Dale!

—¡No le dejes ir!

Corría Carmona por la derecha, “amparando”, cortando el terreno a la res y dando voces ordenadoras a su antiguo amo, que seguía de cerca al becerro—“¡Atajusté, marqué!”—, hasta que al fin pudo el de Zahira echar el palo al comúpeta y, de un violento empujón en las ancas, le derribó patas arriba.

—¡Bravo! ¡Ole!—aplaudieron los espectadores.

El becerro, apenas caído, se levantó furioso y se dirigió al de Zahira, que, alardeando de caballista, antes de dejarlo al tentador, lo sorteó hábilmente, •arrastrando ante el torete la garrocha, movida a modo de engaño, y galleando con quiebros y regates, que produjeron una explosión de entusiasmo en todo el campo.

—¡Ahí, los caballistas con sarsa y ersétera!

—¡Bravo, marqués, bravo!—aplaudían las niñas.

—¿Y dónde me dejáis ustedes la jaca, floresitas de Mayo? —apuntó otro de les espectadores, hombre de edad, pero

que no quería tenerla, que iba de un lado a otro con una batea de cañas en una mano, una botella en la otra y otra botella en cada bolsillo, convidando muy fino a la gente y obsequiándose él—¿Vamos a selebrarlo con una cañita, niñas? ¿No? No hay ná perdió. Me la beberé yo por ustedes.

Otras colleras acosaron otros becerros con igual destreza por su parte y gusto de los espectadores. Currito, en tanto, daba vueltas y más vueltas por allí, deseoso de decirle algo a Rocío; pero sin acabar de decidirse ni menos atinar con ninguna galantería ingeniosa que la pusiera en autos de lo que por él pasaba. Es que aquello era más difícil que matar un toro de una en lo alto, recibiendo.

Al fin hizo coraje, y se decidió. ¡Ole!

—¿Le gusta a usté esto, señita Rosío?

—¡Mucho!

—Es muy bonito, ¿verdá usté?

Para matarle. Rocío se mordió los labios para no reirse en su cara. ¡Sí que debía de estar subidita la sal en Sevilla el día que lo bautizaron! Ni grano. Que no le pusieron ni grano, ¡ea!

Y él tan feliz con aquella sonrisa, y con las miradas de Rocío, que fueron a caer distraídamente al sitio donde Currito estaba, y con otros mil menudos incidentes que nada decían, pero en los que su deseo descubrió significación conforme a sus anhelos. ¿Dónde no encontrará la confianza de un corazón enamorado leña con qué alimentar su hoguera?

El mundo era suyo.

Y desde allí vivió unos días esperanzados y dichosos, una época feliz de optimismo en que todo lo traducía a su gusto: las palabras de Rocío, el interés de Teresa y los consejos animadores de Car- mona.

El aplauso, que por todas partes le acompañaba clamoroso, alentaba sus ilusiones. Se tuteaba con media España. Contaba los amigos por millares, aurque de casi

ninguno sabía el nombre, y cuando alguien le pedía noticias de las circunstancias de alguno de ellos, Currito contestaba naturalmente:

—Es un admirador mío.

Todos, altos y bajos, eran a adularle y a disputárselo. ¡El día que él se decidiese y le hablase a Rocío!…

Nada alteraba su confianza en el porvenir. La alegría de su corazón desbordaba en bondad. Nadie se acercó a pedirle qué fuese rechazado. Su mano, pronta por natural inclinación a hacer el bien, tenía caritativa y cordial respuesta para todas las necesidades, ciertas o fingidas, que a él acudían.

Singularmente el Hospicio tuvo en este hospiciano su más pronto y generoso protector. ¡Experimentaba un gozo tan grande cada vez que la Madre le pedía algo, o dándolo él sin que se lo pidieran!

—Tome usté, mare.

Como los demás toreros a sus madres de veras.

—Pa usté y pa los chaveas.

—Tus hermanos.

—Sí, señora; pa mis hermaniyos, que no quiero yo que diga nadie que mi familia pasa hambre—respondía, satisfecho.

A veces, la monja, al recibir alguna cantidad considerable con que el cariño adivinador del inclusero se adelantaba a satisfacer un deseo no expresado, sentía reparos.

—Hijo, que me das mucho, y te puede hacer falta.

—Más se merese usté que ha sío tan buena conmigo. Usté rese pa que no me pase ná y pa que me sarga bien lo que yo quiero, que me la vi a yevá a usté conmigo y va usté a está mejó que la Reina en su palasio.

—Eso no puede ser—respondía ella riendo, gozosa de verse así querida.

—¡No ha de poer ser! ¿A quién hay que hablarle? ¿Ar Papa? Pues yo tengo amigos que le habla^ rán ar Papa; y er Papa, en cuanto se entere de que es cosa mía, dirá que sí y se hará amigo mío. Usté no sabe la inñuensla que tiene un torero.

—Deja al Papa en su solio, y retírate pronto, hijo; que tú no sabes las angustias que sufro, hasta aue me traen el parte, las tar des de corrida. Y como no sé fijamente los días que toreas, los paso todos llena de sobresalto. Gracias a que el sacristán tiene ese demonio de afición metida en el cuerpo, sabe cuándo tienes toros y me avisa para que encienda las luces a Nuestra Señora de los Desamparados. Pero yo siempre estoy intranquila. Retírate, hijo mío.

—Retirarme, no, madre, que aún me quea mucha tela. ¡Si usté supiera!... ¡Tengo una alegría!... M'ha dicho una gitana... No se persinie usté ni se ría, que es la chipén... M'ha dicho que tengo una estreyita muy buena, que se me va a dá too lo que deseo. Y yo la veo briyá en er sielo. Sierro los ojos y la veo tan arta... con tanta lus... ¡Estoy más contento!...

Y una noche en que la luna
no daba su luz tan bella,

como canta la guajira, vio Currito que se eclipsaba de pronto su estrellita, que el cielo y su alma se oscurecían.

A la reja de Rocío había un hombre.

Buen enamorado platónico, Currito no había perdido la costumbre de pasar por la calle de Placenti- nes todas las noches. Fuese como fuese, él encontraba modo de zafarse de sus amigos, antes de retirarse, para ir a contemplar, de paso, la casa del objeto de sus ansias, bien ajeno a tales horas de lo que ocurría ñiera. La calle estaba desierta siempre, siempre tranquila y siempre silenciosa. Siempre... hasta aquella noche.

Caminaba Currito a la sombra de la catedral por "calle Alemanes", con ligero paso de enamorado, que al entrar en

la de Placentines hacía más lento, cuando al llegar a la esquina se quedó parado y frío de sorpresa. “Allí” había un hombre.

—Un borracho de la taberna de la vuelta—quiso creer el inclusero. Mas el borracho no se movía, y el Chtivalillo tuvo que convencerse en seguida su voluntario error.

—Será por alguna criada—se dijo luego; pero al momento recordó que todas eran viejas.

Hasta se empeñó en creer que la que estaba en la reja era Teresa. ¡Ay!, todos fueron engaños de un segundo.

A buen paso desanduvo su camino y subió por la calle de Conteros hasta ocultarse en la esquina de la de Argotc de Molina, y asomar cuidadosamente la cabeza para descubrir quién era el ladrón que le robaba su dicha; mas no pudo conocerle. Incrustado en la reja, con el cordobés echado hacia atrás y la cara metida en los barrotes, bebía las palabras que dentro le decían. A veces ios oídos de Currito, dolorosamente aguzados, recogían una gozosa y contenida risa de ella.

Desesperado arrancóse de allí y anduvo volteando por aquellas solitarias y revueltas calles, tropezando, ciego, con las esquinas, los escasos transeúntes y los serenos.

—¡Vaya tajá que yeva er Chavalillo!—decían mirándole alejarse vacilante.

No pensaba; sólo sentía. Era un dolor agudo del alma; una sensación de aplastamiento; la impresión torturadora de un vencimiento definitivo; la puñalada homicida de un desengaño inesperado, de una traición cruel; el desplome de su vida. ¡Solo para siempre, inclusero!

De rato en rato volvía mecánicamente a la esquina de Placentines. Allí continuaba el otro, metido en la reja más que pegado a ella. Y seguía sonando el cristal de la risa de Rocío, que en el desgarrado corazón del inclusero tenía el eco triste de un clamor fúnebre… Sintió impulsos de irse a él, arrancarle brutalmente de allí y matarlos a los dos…

¡Malpocado! Luego se avivó en Currito la curiosidad dolorosa de descubrir quién era el otro… Después, cuando en su atontado voltejear por aquellas enrevesadas calles, se iba aproximando a “su esquina” se conformaba con saber que se había marchado,

Pero no. Allí estaba siempre, siempre, en aquella cruel noche; tan larga; dé años. ¡Qué angustiosa pesadilla!

—¡Aún está ahí!

Y sin acertar a alejarse, tornaba al ambular mareante, la cabeza estallándole y el corazón hecho pedazos, sintiéndose más abandonado que nunca. ¡AHÍ se acabó el mundo!

Y andaba, andaba, en un caminar incierto y zigzagueante de borracho, de vértigo, pasando cien veces por el mismo sitio, sin salir del laberinto de las calles de Abades, Don Remondo, Mateos Gago, Alva- rez Quintero, Estrella, Pajaritos, Angeles, etc., hasta dar por un lado u otro en la esquina de las de Argote y Placentines.

Al fin, en una de sus vueltas, cercano ya el día, sintió que la reja se cerraba con cuidado. Apenas tuvo tiempo de esconderse, incrustándose en el portalón frontero de la calle de Placentines, cuando vió pasar cerca de él la odiada persona de Romerita, que marchaba contento y descuidado jugando con el clavel que acababan de darle.

¡Qué mala costumbre era la de Currito de no llevar armas? Un revólver. ¡Ah, si él tuviese un revólver!… Mejor, una faca. Con la faca no se hace ruido, se llega a la herida con la mano y se puede ahondar y revolver, revolver hasta desmenuzar en pedazos invisibles el corazón, como se lo habían destrozado a él… ¡Infeliz! Ni aun acertó a moverse en largo rato, vencido de su dolor y de su humildad. Luego, cuando fué dueño de sí, se mordió los puños con rabia, injurió al cielo—¡cuitado!—y, al cabo, se arrancó de allí y se fué calle abajo tambaleándose,

—¡Gachó, qué purmonía lleva er Chavalillol— contó el sereno en la taberna donde descansaba, entre vuelta y

vuelta por la demarcación, el aburrimiento del oficio.

Y al día siguiente corrió per Sevilla que los guardias habían encontrado al ChavaMo "tajá perdió" y que pasaron “las negras y las morás” para hacerle entrar en razón. Lo cual confirmaron los que a la mañana le vieron en un banco de los jardines de Murillo, con los codos en las rodillas y la cara en las manos, fijos los ojos estúpidamente en el suelo.

Se acabó el Chavaliüo. Como un autómata le llevaban a torear aquí y allá. Salía a la fuerza; permanecía inactivo durante la corrida, con una apatía indignante. La hora de matar era la de “la catástrofe”; un par de mantazos con miedo, y una serie inacabable de cobardes pinchazos, hasta que el toro moría de cansancio o se lo llevaban los cabestros al corral, entre un desenfrenado vocerío de insultos, maldiciones y carcajadas, según el temperamento y el humor de cada miembro de la fiera del tendido. De plaza en plaza se comunicaba y crecía la indignación contra el malaventurado torero, que permanecía insensible a ella, aun en sus mayores extremos. Nunca se había visto caída tal.

—¿Pero qué té pasa?, imardita sea mi sangre!— le preguntaba desesperado Copita.

—Ná. Que estoy jarto der toreo, y no quiero más toros.

Los empresarios le volvieron la espalda; los amigos volvían la cabeza en la calle para no saludarle. Hasta le abandonó el aceitunero. Huyendo de los comentarios burlones que le perseguían por todas partes—"]Tü torero, el mejor!”—se metió avergonzado en su despacho, y allí se pasaba el día rumiando inconsolable el rabioso desengaño. Eso fue ganando el negocio. Muchas Empresas propusieron al Cha- valillo la rescisión del contrato, lo que no consintieron el apoderado, por los quince duros que le valía cada corrida, y Copita, porque se aferraba a la esperanza de que el “arrechucho” pasaría de pronto como había venido.

La gente iba a la plaza preparada para mofarse del Chavalitto, injuriarle y apedrearle hasta la crueldad. Hacían de sus tremendos fracasos un espectáculo divertido. Al entrar en el palco, los presidentes encargaban a los jefes de la guardia benemérita, encargados del servicio de orden:

—Mande usted dos parejas para proteger al Chavalillo a la salida.

Y muchas veces no bastaban y tenía que reconcentrarse alrededor del coche del torero toda la fuerza que había en la plaza. Y ni aun así se evitaba la pedrea.

Los revisteros romeristas pidieron que se prohibiese torear al Chavalillo por razones de orden público. La musa que otra hora inspiró coplas en su elogio hizo en ésta befa del torero, y los ciegos, al destemplado son de sus guitarras, se burlaban en las esquinas, con voces aguardentosas, del miedo del Chavalillo,

Las más de las veces le mataba los toros la cuadrilla, apuñalándolos traicioneramente con los estoques, que escondían en los capotes. Gazuza se hizo un verduguillo para herir a los toros en la barriga o el pescuezo cuando pasaban cerca de la barrera o de los burladeros, con lo cual echaba más lefia a la indignación del público, que no se conformaba con menos que con pena de muerte para el matador y su mozo de estoques. Así conoció Miguel Silverio gran parte de las cárceles de España, en donde a la conclusión de las corridas solían encerrarle, más que por castigo, para defenderle de las iras de la multitud. A veces le acompañaba Currito.

—¿Pero tú ves qué tíos?—quejábase indignado Gazuza—. De noviyero me enserraban en esta fonda porque no los mataba, y ahora me enchiqueran porque los mato. ¿Quién se entiende aquí?

Como las ratas navegantes a los barcos viejos, la cuadrilla fué abandonando poco a poco al Chavalillo. Sólo le permanecieron fieles Capita y Gazuza, desviviéndose por

encontrar la razón de aquella caída. Mas eran inútiles todos los esfuerzos, vanas las habilidades; el autómata permanecía obstinadaraente callado. Silverio aseguraba que Currito se había pasado un mes mudo. En los corrillos de toreros y aficionados se daba por cierto que el Chavalillo estaba “majareta perdió”. Hubo revistero cruel que pidió para el torero el manicomio. Carmona rompió despreciativamente con él, después de un violento monólogo de reproches, concluidos francamente en insultos, sin que Currito desplegase los labios.

—Está atontao—dijo el padre de Rocío por vía de responso.

El desastre final, la última paletada de tierra fué en Málaga, durante sus alegres fiestas veraniegas. Llevaba Currito quién sabe el tiempo, diez minutos, media hora, un año, un siglo, intentando golpe tras golpe, desde muy lejos, descabellar a un toro, rodeado de toda su cuadrilla, a la que la actitud amenazadora y resuelta del público impedía acercarse al enemigo para “aliviar al matador”, cuando, sin que nadie se percatara de su presencia en el ruedb, llegó hasta el corro un borracho, apartó de un empujón, por un traspiés, a un banderillero que le estorbaba el paso, se metió en la cuna y, apoyando el índice en el testuz, al cual ni con toda la longitud del estoque llegaba el Chavalillo, enseñó a éste:

—Aquí es donde tiés que dá. Aquí, y ¡pum!

¡La que se armó! Si no es por Juanito Cortés, el empresario, y Gazuza, que anduvieron vivos encerrando a Currito en los chiqueros, llevándose previsores la llave, .allí deja el Chavalillo la piel en manos de los iracundos espectadores, que hasta bien entrada la noche, cuando el cansancio pudo más que la indignación, tuvieron cercada la plaza y a Currito en su estrecho y maloliente encierro, oyendo confusamente los rumores de la enfurecida multitud, que al fin, con el buen humor allí imperante sobre

todo, acabó pidiendo que le entregasen el torero, para subirlo al Calvario y dejarlo en lo más alto, como un exvoto, con la coleta en una mano y un cencerro cabestril en la otra.

Desdeñado de todos, se recluyó en Sevilla, donde la oscuridad cayó sobre su nombre, que si alguna vez salía a plaza en las conversaciones era para hacerle funerales de mofa. Como la gente huía de él—los que antes le buscaban y se lo disputaban cual enamorados a una mujer—, él huía de la gente, y se pasaba los días en su casa oscurecido y silencioso.

—¿Estás ahí, Currito?—preguntaba a veces la madre de Copita, sorprendida al encontrarle en la habitación—. Me había querío párese que estaba sola. ¡Várgame er Señó der Gran Poé, y qué castigo me- rese la mujé sin arma que ha puesto así a este peaso e pan!

Todas las amistades del inclusero quedaron reducidas a Gazuza y Copita, ahora siempre malhumorado y gruñón.

—Si no fuera porque es un infelís, un santo, y uno l’ha toma o cariño…

Algunas tardes la "Abuela” o Gazuza conseguían arrancarlo de la misantropía de su encierro.

—Currito, vámonos de capea—le decía Silverio evocando la felicidad de los años mozos.

Iban siempre por lugares poco frecuentados de las afueras, largas caminatas “haciendo piernas”. Mientras marchaban por la ciudad sentían las risas burlonas que dejaban tras de sí, a las que tal vez se mezclaba alguna expresión de lástima, más dolorosa que las burlas.

El campo era un suave sedante para el desconsuelo de Currito. Tanto alivio fué hallando en él qué muchas veces, sin que nadie le llevase, salía a buscar la dulce compañía de su soledad.

En la melancolía del crepúsculo vespertino, a

Esa hora en que pasan los recuerdos

en rápido tropel
como espectros robados a sus tumbas
que corren a buscarlas otra vez

sentía Currito como una participación de la Naturaleza entristecida en su pena.

¡Soñar en tener el calor de un cariño, poner toda su alma, cifrar su vida en alcanzarlo, erigir con sus anhelos un alcázar áureo radiante de esperanzas e ilusiones, y verlo de pronto derrumbado, convertido en menuda arena; verse él despreciado, abandonado cruelmente de por vida al frío y la hosquedad de su desamparo!…

Un anochecido de mediados de Octubre regresaba Currito lentamente de un largo paseo, gozando la iniciación de la noche clara y templada, cuando cerca de la estación del Empalme se cruzó con una pareja que, a campo traviesa y de prisa, se dirigía a una casita cercana de aquélla. Sonaba alejándose el casoabeleo de un coche, que sin duda acababan de dejar. A Currito le dió un vuelco el corazón. Aunque la mujer recataba la cara con un boá de pluma, la conoció. ¡Ella! Ella y el ladrón aquel.

Pasaron presurosos, con cierto azoramiento, sin fijarse en el Chavalillo, desconocido en el desaliño de su ropa y bajo la gorrilla, que, echada sobre los ojos, le ocultaba la cara.

¡Otra vez!… ¿Pero era posible?… ¿No podría ser que su obsesión en pensar en ella le engañase? Seguramente. No era Rocío. No podía ser Rocío. De fijo sería alguna “gachí” del Salón Imperial o de Za- pico. Y aunque fuese la hija dé Carmona, ¿qué le importaba a él? I

Y con este engaño, que no le engañaba, esforzándose en permanecer indiferente, continuó su camino largo trecho… hasta que no pudo más y a buen paso volvió sobre los suyos y se dirigió anhelante y cauteloso hacia la casita donde Romerita y Rocío se habían refugiado.

Apenas si los fugitivos, porque de una fuga se trataba, permanecieron allí unos momentos, en la cocina de la casuca, nerviosos y asustados, pese a la entereza y despreocupación de Romerita, Un velón alumbraba con una luz opaca y corta, centro de un ancho círculo de sombra que se extendía unos pasos más allá sumiéndolo todo en vaguedad y confusión. Rocío, sentada de medio lado en una siila, el codo en el respaldo y la caía en la mano, se encomendaba a todos los santos de su devoción para que la sacasen con bien del trancé en que, con apasionada inconsciencia, la había puesto el amor. Romera paseaba impaciente por la cocina, golpeándose el pantalón con una varita. Sentado a la mesa, el mozo de estoques examinaba tranquilamente, a la luz del velón, unos kilométricos y hacía apuntaciones.

La dueña de la casa se acercó servicial a Rocío.

—¿Quierusté arguna cosa, señita?

—Grasias. No quiero nada—contestó la niña de Carmona con voz sorda.

—Que traigan café. Lo mejor es café—propuso Romerita por decir algo—. ¡Arsa tú a por él!—ordenó al mozo.

—Pero quítese usté esa corbata, hombre—le dijo Rocío, obediente a sus nervios excitados—. ¡Qué idea, venirse con esa corbata colorá!

El criado se encogió de hombros, sin comprender, y salió para volver inmediatamente metiendo prisa,

—Er tren. ¡Vamos!

Rocío se levantó vacilante, echó a andar y al llegar a la puerta retrocedió. Romera la tomó suavemente de un brazo, la atrajo hacia sí y la habló bajito. A la “Muñequilla” se le iluminaron los ojos llorosos y dijo algo, suplicante, también en voz baja, antes de decidirse a seguir. Angel contestó que sí con la cabeza y se puso la mano en el pecho, para dar mayor fuerza a sus promesas.

—¡Que sí, chiquiya! Que nos casaremos de seguía. To lo juro por mi madre y por quien quieras.

—¡Vamos!—apremió el mozo.

—¡Angel!…—suplicó ella todavía.

—¡Pero serás lilaila!—replicó el torero, tomándola de un brazo y arrastrándola dulcemente.

Así, prendida en esa frase estúpida y; hueca, se la llevó.

Currito llegó a tiempo de verlos subir precipitadamente al *sleeping* y sumirse en el primer departamento, cuya portezuela cerró rápido el criado de Romerita, colocándose ante ella de guardia.

El Chavalillo se quedó sin acción, paralizado, idiotizado, con un nudo en la garganta, que le apretaba hasta la asfixia, y una confusión en el cerebro, que impedía el discurso… Sólo cuando arrancó el tren recobró la sensibilidad, como si el estrépito le hubiese despertado y le comunicara acción el movimiento, y, codicndo a un impulso irreflexivo, corrió loco tras el expreso, dando estúpidamente doloridas voces que apagaba el fragoroso trajín de los hierros.

—¡Que se la yeva! ¡Que se la yeva!

Hasta que tropezó en un surco y cayó cuan largo era. Allí estuvo, ¿quién sabe el tiempo?, revolcándose desesperadamente como un epiléptico y mordiéndose con furor los puños, hasta que rompió a llorar y desahogó su dolor en copiosas lágrimas.

Luego se levantó y anduvo, anduvo, anduvo toda la noche como un autómata, sin saber por dónde, sin darse cuenta de nada, ni de un largo rato que, rendido, pasó arrimado a las tapias del cementerio, sin vivir y anhelando la muerte, ni de su paso receloso, como lobo que huye, por la calle de Placentines, cercano el día, hasta que por la mañana se encontró, sin saber cómo, en el Hospicio.

Instintivamente, como había llegado, el ansia de consuelo le llevó hasta sor María del Amor Hermoso, que se

asustó al veifle de aquella guisa, sucio, polvoriento, enmarañado el pelo, la cara y las manos ensangrentadas, y los ojos extraviados.

—¡Hijo!—exclamó con dolor maternal, tendiéndole amorosa los brazos, olvidada de la Santa Regla ante aquella pena.

—¡Madre! ¡Madre!—gimió el cuitado, acogiendose a esta ternura y rompiendo a llorar como un niño.

Como lo que era.

—¿Qué te pasa, hijo? ¿Qué tienes, pobrecito mío?

—¡Me la ha robao! ¡Se la yeva! ¡Me la ha robao!„. ¡Solo! ¡Estoy solo pa siempre!

—¡Me tienes a mí, hijo! ¡Me tienes a mí!

—¡No, Madre, no! ¡Solo! ¡Solo!—respondió el infeliz con inconsciente crueldad—. ¡Solo!

Y ni aun acertó a maldecir, porque, a medida que se alejaba más dé él, Currito la sentía más dentro de sí—fuera difícil discernir si por quedarse ella o por no dejarla él salir—, con ej vivo, sangrante y desesperado dolor de una irremediable desventura, agarrándose fuertemente al destrozado corazón, oprimiéndolo, estrujándolo… Pero allí por siempre.

¡Siempre! ··

Capítulo V

¡MUÑEQUIYA!.

DOS DÍAS después entraba violentamente Carmona en su casa e increpaba furioso, desesperado, a su mujer.

—¡Mi hija! ¿Qué has hecho de mi hija?

En vano don Ismael Sánchez Marquina, que, a fuer del mejor y más autorizado amigo de la familia, había cargado con la desagradable misión de ir a esperar a Carmona al Empalme, para sustraerle a la curiosidad de las gentes en la estación de Sevilla y darle poco a poco la dolorosa noticia, intentaba calmar con palabras prudentes la tempestuosa ira de padre.

Venía Manoliyo de torear en Jaén las dos últimas corridas del año; esa pelea final tan alegre y que se hace tan larga. El tren que le volvía al sosiego y la paz del hogar parecíale más pesado que una carreta, y, como si ellos fuesen culpables de las paradas reglamentarias, miraba fieramente a los pesados jefes de estación, que lo tenían detenido horas y horas. “¡Per- masos!” Ahora venía el invierno quieto, tranquilo y feliz en la intimidad de la familia, en su apacible cortijo de Montéllano, que él había comprado un poco lejos de Sevilla para tener a seguro de

amigos molestos la libertad de su persona, y por suyas, completamente, suyas, las horas que quería dedicar a su mujer y a su “Muñequilla”.

Precisamente para no privarse de este placer, tan deseado en los fatigosos días de la larguísima temporada taurina, había rechazado la pingüe contrata de Méjico, con la que todavía fueron a instarle a Jaén. ¿Para qué tantos trabajos? Ya había cruzado bastantes veces el mar, era rico, muy rico, mucho más de lo que sospechaba la gente, tan dada a preguntar con indiscreta curiosidad cuánto ganan a los que trabajan, y podía permitirse el lujo de este descanso invernal en el grato calor de la familia. Harto agitado era el incesante trajín de la temporada, cuando no en la plaza en el tren, para añadirle este otro de pasar el “charco” y repetir el trabajo en un país extraño. Los años que le quedaban de torero, y aún le prometía algunos su fortaleza, para desesperación de enemigos y envidiosos, quería pasarlos del mejor modo posible. Era todavía joven, y deseaba disfrutar de joven los sosegados placeres familiares, tan regateados a la febril actividad y preocupaciones toreriles.

Y, con los ojos más allá del raudo paisaje, sonreía pensando en sus carreras de chiquillo persiguiendo o haciéndose perseguir por la “Muñequilla”; en los largos paseos a caballo, con ella; en las cazatas a dos pasos del cortijo; en la alegría de su Teresa teniéndole allí feliz y sin cuidados, y en las partidas de lotería de cartones, jugadas de sobremesa, por las noches, en el abrigado comedor, en patriarcal democracia con la vieja servidumbre, que era como una parte de la familia. Y oía la voz de plata de su hija, burlándose donosamente de los amigos y conocidos dando su nombre a las bolas, que, según afirmaba muy seria, se les parécían mucho.

—El Catóme y don Enrique: el “disiocho”, papaíto. Los dos patosos: Juanito el de la Audiensia y el niño de don

Jerónimo. ¡Josú qué niño! ¡Don Ismael!, ¡ole!, el uno.

¡Sí tenía gracia aquella criatura!… A besos se la iba a comer cuando llegara.

¡La alegría de la casa, el amor fe la familia!…

Nadie sabe mejor que el torero, absorbido siempre por la preocupación del toro y del público y por la abrumadora compañía fe los admiradores, lo que es la dulzura y la paz del hogar. Los días quietos, iguales, silenciosos, gozando voluptuosamente en la larga contemplación de las tierras adquiridas con tan azaroso trabajo; los ratos “echados” al amor de la lumbre, junto a la chimenea cargada fe leña, al más grato calor de la familia, oyendo confusamente la charla de pájaros de su mujer y su hija; ese hablar íntimo de naderías, que suena tan bien, tan dulcemente, más que en los oídos, en el corazón del hombre que descansa, en que nada importa lo que se dice y lo es todo la música acariciadora de las voces queridas, armonía celestial para el alma que la goza. Y lejos, muy lejos, olvidado, el toro; y más remota la otra fiera, el público.

Ningún viaje se les hace a los toreros más largo que este último. Cada cinco minutos miraba Carmo- na, impaciente, el reloj para comprobar que no existía él retraso en que le hacía creer el que se le antojaba parsimonioso desfile de los palos del telégrafo. Mucho antes de llegar al Empalme, asomado a la ventanilla, sondeaba con ojos impacientes el espacio, queriendo atraer la ciudad que blanqueaba a le lejos, dominada por la torre gentil. Pero su alegría se vió turbada por la presencia en aquella estación de don Ismael, quien nunca acudía a esperarle en Sevilla, y por la seriedad con qué le abrazó y la prisa con que, sin soltarle, amparándole en su manteo, para sustraerle a la impertinencia y retardo de los amigos que venían en el tren, se lo llevó prestamente fuera y sé metieron en él automóvil del torero, que ios esperaba. Carmona, sin

sombra, inquieto, con el miedo del que teme la noticia de una desgracia, interrogó ansiosamente al canónigo:

—¿Qué pasa? Arguna saborisión en casa. ¿Un enfermo? ¿Mi Teresa? ¿Idi… mi hija?

¡Virgen del Rocío, cómo entró Manuel en su casa!

—¿Qué has jecho de mi hija, ¡mala madre?—preguntó iracundo a Teresa, que amedrentada por aquella furia se desplomó en una silla.

Quiso la infeliz balbucir una explicación, y las lágrimas la ahogaron. Dos días llevaba llorando sin consuelo.

Don Ismael trató dé imponer su autoridad, intentando apaciguar a Carmona. ¿Qué culpa tenía Teresa, tan castigada como Manuel?

—Que la hubiera s«lao, que esa es la obligasión de las madres. Yo tenía bastante con la faena.

“Almanzor” se lo llevó al despachó. No había culpa de nadie; era una desgracia, que, como todos los males, había venido sin que la llamaran. Lo importante era poner remedio al daño, ya que lo tenía, antes de que el escándalo, que ya comenzaba a alborotar en la calle, creciese.

—¡Los muy…, cómo me estarán poniendo por eurpa de esa mala jembral

El canónigo procuró calmarle con la perspectiva del arreglo. Todo quedaba reducido a que Rocío, temerosa de la oposición paterna, y fascinada por su amor, había elegido por sí «¡poso, cediendo a los irresistibles mandatos del tirano corazón.

—Pero ¿con quién se ha ido la grandísima…?

El mismo Carmona ahogó con un rabioso bofetón en la boca la quemante palabra.

—¿Quién ha sío er grandísimo bandolero, hijo de remalísima madre, que me la ha robao?

Poco a poco, a medida que fué, no calmándose, sino suspendiendo la ira su furor, le notició don Ismael lo que

sabía. Rocío salió de casa por la tarde a la de unas amigas, donde se celebraba un bautizo. A prima noche envió recado de que re quedaba a comer y al baile. Cuando, cercanas ¡as once, iba la madre a enviar a buscarla, trajeron una carta urgente. De ella. Como nadie sospechaba nada, la criada que salió a abrir no estaba prevenida y no hizo pregunta ni se fijó en el recadero. Inmediatamente que se repuso del golpe cruel, envió Teresa a buscar al canónigo, que acudió en seguida, arrancándose a la delicia del primer sueño. Indagó, averiguó…

—¿Quién es ese granuja? ¿Dónde están?—interrumpió la impaciencia de Carmona—. ¡Mardita sea y toa su ladronísima casta!

“Almanzor” no se atrevió a decirle toda la verdad de una vez, y salió en busca de la carta de Rodo. Carmona dejó caer un furioso puñetazo sobre la mesa, que tembló; escupió un sin fin de maldiciones, y, al cabo, desahogó en escaldantes lágrimas su dolor de padre y cayó vencido en un sillón.

—¡Muñequiya! ¡Mi muñequiya!… ¡Ingrata! ¡Mala hija!…

Ansiosamente, temblando a la injuriosa verdad, saltaron sus ojos por los renglones de la carta que le entregó el canónigo.

"*Mamaíta de mi alma—decía el fementido papel—: Perdóname y pídele a mi papaíto querido que me perdone; pero estoy loca por un hombre que papá no quiere, y si no mo caso con él me muero, y me voy con él a esperar vuestro perdón y vuestra bendición en cuanto nos casemos como Dios manda, que será en seguida, como yo quiero y como él quiere, que es muy bueno y me quiere mucho, como yo a él. Cuídate mucho, mamaíta; cuida mucho a mi papaíto, y cuando yo vuelva os querré mucho más. Perdonarme y recibir muchos, muchos besos de vuestra hija que os quiere muchísimo,*

Rocio.”

El torero estrujó con rabia el papel y esperó, non ojos anhelantes, fijos en el canónigo, el temido nombre.

—¿Quién es ese sarteaó de caminos?

—Romerita — se atrevió, por fin, a decir “Almanzor”.

Y se arrepintió en el acto. Tal miedo tuvo, al ver a Carmona, fuéra de sí, avanzar decidido centra él, con las manos extendidas hacia su cuello, que se refugió prestamente tras la mesa.

—¡Mentira! ¡Canalla! ¡Mentira! ¡Te ajogo! i Mentira!—rugió fuera de sí el torero.

—¡Manuel, que soy yo! ¡Mira lo que haces!—contestó precipitadamente don Ismael, esquivando la persecución—. ¡Quieto, Manuel! ¡Cuidado!

Y, de un vigoroso salto, ganó la puerta, sin enterarse siquiera del siete que hizo al sujetar la sotana uno de los clavos dorados de un sillón que estorbaba el paso, se puso en el patio v cerró do golpe, echando presuroso la llave.

—¡Manuel, respétame!

—¿Que te respete?...—rugió el otro, furioso, golpeando bárbaramente la puerta—. ¡Abre, curiana miserable, que te ajogo a ti y ar ladrón que s’ha llevao a esa púa! ¡Y a esa púa mardesía! ¡Sus ajogo! ¡Venir aquí, que sus ajogo! ¡Mardita, mar- dita, mardita!—gritaba, haciendo temblar la maciza puerta con formidables puñetazos.

Y cuando se cansó de golpear allí inútilmente volvió su furia contra los inocentes mueoles y la emprendió a patadas con ellos. ¿Qué fué, junto a la del torero, la furia de Wotan al conocer la traición de Brunhilda, la hija predilecta?

Rodaron los sillones; cayeron hechos añicos, de un puntapié, los cristales de la vitrina guardadora de la lujosa montura, lanzada de otra furiosa patada contra el pedestal de la estatua de Julio Antonio,, que se hizo pedazos al caer. Suerte fué que lo3 estoques no hubiesen vuelto al armario, porque, do otro modo, sabe Dios lo que habría ocurrido al saltar da' un par de bestiales puñetazos los cristales de la

librería, y encontrar franco Carmona ti camino de laa armas. Ni se enteró Manuel de las heridas que los vidrios hicieron en sus manos ni de la sangre que brotaba de ellas.

Al fin, el cansancio de la bárbara batalla, el abatimiento del alma le hizo caer rendido al suelo, y allí, luego de morderse larga y rabiosamente los puños, permaneció sentado, mejor tirado, en un rincón, los codos en las rodillas y la cara en las manos, rumiando su ira y el dolor de la tremenda y doble herida hecha a su amor de padre y a su gigantesco orgullo.

Todo podía habérselo perdonado a Rocío, su ligereza, su liviandad, la mancha que arrojaba sobre su limpio nombre, el baldón de que cubría su honradez; pero lo que no podía perdonarla, lo que no la perdonaría nunca, nunca era el agravio, la ofensa inferida a su desatado amor propio, despreciándole por el aborrecido rival, por el mal torero que con sus malas artes soliviantaba contra Manuel al voluble público, trocando en silbidos y denuestos las clamorosas ovaciones de antes.

¡Y era con ése, “con aquel borracho”, con la “máscara” aquella, con “ese visión”, que le traía a mal traer y se hartaba de llamarle “vieja rica”, poniendo en circulación con su pesada insistencia el bochornoso mote; era, en fin, con el rival aborrecido c«n quien se había fugado su joya, su pajarito cantarín, su “Muñequilla”… ¡la grandísima púa de su “Muñequilla”! ¡Qué asco!

—¿Qué te he jecho yo, Dios mío, vamo a vé? ¿Qué te he jecho yo?

Y descargaba su ira con salivazos de desprecio.

—¡Púa! ¡Irse con ése! ¡Con ése! ¡Premita Dios que te lo atraviese un toro por así!…—y cogiéndose brutalmente el cuello con las manos apretó, hasta sentir el dolor, con el ansia de una gran cornada—. ¡Y a eya… ¡Eya tié que yorar muchas, muchas lágrimas po er daño que ha jecho a su padre! Te digo ¡yo—dirigiéndose a la imagen de Cristo

sufriendo por todos, que desde un cuadro bendecía el despacho—te digo yo que si no la jases yorar tóo lo que debe te portas conmigo muy malitamente—y agregaba iracundo para convencerle—; ¡Ha sío muy mala, muy mala!.., ¡Irse con ése! ¡Con ése! ¡Por así! ¡Por así le tiene que ontrá er pitón y salirle por así!

Hasta que se quedó inmóvil, con la vista fija, aturdido, alelado, y, no sintiéndole, pasado bastante tiempo se atrevió a abrir la puerta, con mil precauciones, el canónigo, y se acercó a Carmona, quién no le sintió llegar, mientras que arriba, asistida por las criadas, se debatía la infeliz madre en las convulsiones de un espasmo nervioso.

Cuando mansamente, animándole con palabras cariñosas, se apoderó don Ismael del torero y le descubrió la cara, asustóse, más que del horror del rostro descompuesto y ensangrentado por las heridas de las manos, del fuego de la mirada. Instintivamente “ALmanzor” dió un paso atrás.

Manuel hizo un violento esfuerzo sobre sí mismo y se alzó lentamente, solemnemente. Un terrible puñetazo en la mesa fue el último movimiento de su cólera. Luego con voz opaca, pero firme ordenó con dolorosa serenidad:

—Que nadie, ¡nadie! vuelva a hablarme en jamás dé esa mujé! ¡Nadie mé la miente! ¡Nadie la miente en esta casa! ¡Esa mala jembra no es mi hija! ¡S’ha muerto der tóo pe nosotros! ¡Er que me la miente, no es mi amigo!… ¡Y si me la mienta mi mujé, no es mi mujé! ¡STia muerto pa los restos! ¡Pa los restos!

Y nunca consintió que nadie se la nombrara. Si alguna vez el dolor de la madre se permitió una alusión a la ingrata ida, o la tristeza de su mirada, o un suspiro dolorido delató el curso secreto de sus pensamientos, la fiera e irreductible actitud de Manuel la hizo recogerse acobardada en sí misma, e imponer silencio al inquieto que habla siempre dentro de nosotros, aunque no se le quiera oir.

Al siguiente día salió muy de mañana el matrimonio para el escondido cortijo del término de Montellano, en el automóvil que aún no hacía dos meses comprara Carmona para satisfacer los deseos de la “Muñequilla”. La servidumbre salió en el tren con igual dirección. Quedó la casa cerrada y muda como todos los años en tal época; pero ahora no iba la alegría de compañera de sus moradores.

Sin consultar con Manuel, salió aquella misma noche en el expreso, para Madrid, el canónigo.

Viaje inútil. Los pájaros habían volado para lejanas tierras. Apenas llegado a la corte, Romerita llamó urgentemente a Fermín, su guía y consejero en los casos difíciles. El “Joyero”, enterado del suceso por el mozo de estoques, se presentó en el hotel con ceño adusto y gesto grave.

—¿Tú sabes lo que has hecho?—le espetó a Ro- mcrita por vía de saludo.

¡Una menor e hija de quien era! Aquí le podía Carmona, y con la razón que le asistía y su omnímoda influencia le metería en la cárcel. ¡Tierra, tierra por medio! Tierra y mar. Y cogiendo por los cabellos la ocasión que se le presentaba de servir al amigo que le recomendó al empresario de Méjico, aconsejó a Angel la aceptación del contrato para la ex República de don Porfirio, que antes no quiso fiianar por no acomodarse a sus grandes exigencias, y la salida inmediata, en el mismo día, para embarcar en Cherburgo. Vestidos y avíos de torear ya se los llevaría la cuadrilla.

—A ella te la dejas aquí, y se la facturaremos a su padre.

—¿Aquí? Está usté mochales. ¡Con lo bonita que es! ¡Más tono me vi a dar con eya en Méjico!

Y allá se fueron aquella misma noche.

Los amigos de Romerita conocieron su contrato y precipitada salida al mismo tiempo que su paso por Madrid. Luego lo supieron todo, y durante unos días tuvieron larga materia de conversación, y pretexto para encomiar la

superioridad de su torero en todos los terrenos. Aquel' hombre tenía una suerte con las mujeres… Cada día hacía una conquista difícil, para olvidarla en seguida, como su predecesor y paisano Don Juan Tenorio. Con tal que ello no le restase facultades…

Carmona se encastilló en su destierro de Monte- llano, y, pasada la picante comidilla del escándalo, no se volvió a hablar de él hasta que allá por febrero, al ir la Empresa de Madrid a Sevilla a organizar la temporada, se encontró con la inesperada bomba de esta caita, contestación de "Manoliyo" a la amable invitación para conferenciar sobre el señalamiento de fechas:

"qerido amigo Retan a no Ase farta qe se molestei ustede en qe nos Beamo pues e resuerto de no borbé a Toreá y me a cortao la coleta ase cuatro meses su afertísimo amigo

Manuel carmona

La afición, se conmovió con la inesperada retirada de Manoliyo. Durante unos días tornó a ser el gran torero figura principal en las informaciones periodísticas y en las conversaciones de los aficionados. Se escribieron mil artículos elegiacos. Los periódicos lanzaron contra él a sus mejores reporteros, que tuvieron que volverse sin conseguir verle, contentándose con "interviuvar" a los individuos de la cuadrilla, no menos sorprendidos que el resto de la afición. Los chicos de teléfonos se cansaron de llevar a la casa cerrada "partes" de sentimiento, devueltos con la nota de "ausente". La rénta de Correos aumentó con las veinte mil cartas en que otros tantos amigos, que se creían con derecho a la intimidad del torero, lamentaban su resolución y se dolían de que no se la hubiera participado a tiempo, "para tener el consuelo de asistir al triste acto del corte de la coleta". Por todas partes se lloró la muerte del toreo a consecuencia del golpe definitivo que le aseataba Carmena.

Y en seguida le olvidaron. La afición vive de la actualidad, del apasionamiento del día. Carmona pasó a ser un recuerdo lejano, como Lagartijo, Frascuelo y Gucrrita, sus precursores.

El insaciable pozo del olvido se tragó otro nombre.